

Udar-Gea

Lupita Arciga

An abstract background featuring a complex, interconnected network of thin, glowing blue and white lines. The lines form a dense, web-like structure with various geometric shapes and patterns, creating a sense of depth and movement. The overall color palette is dominated by deep blues and bright whites, with some lighter blue highlights.

**Udar-Gea**

**Lupita Arciga**

# Capítulo 1

Udar-Gea

Día soleado. Una pendiente de arena pronunciada. De pronto, una adolescente con un puñado de hojas de plátano salta sobre ella y se desliza. Al mirar sobre su hombro, ve a una veintena de chicos de diferentes edades saltar sobre tablas de queratina, yendo tras ella. La chiquilla se desliza a gran velocidad, zigzagueando de un lado a otro para evitar que los hostiles la alcancen. Ve muy cerca de ella, rostros pintados y de gestos amenazantes. Ella desecha hojas de plátano, pero confía alcanzar el límite de aquella área y ponerse a salvo al llegar al estrecho. Uno de los hostiles, el mayor de todos: en edad, estatura y rabia alarga sus manazas a ella. Los castaños cabellos de la chiquilla cosquillean sus dedos. Está seguro de atraparla y derribarla sobre la arena. Entonces, esferas de plata caen a su alrededor, estallando en nubes densas de diversos colores. La adolescente ve una moto híbrida encontrándose con ella; da vuelta en U, emparejándosele.

—¡Salta! —le ordena su piloto.

Ella obedece y se afianza a la cintura del motociclista. Los hostiles continúan detrás, pero una duna les da la oportunidad de ampliar distancia. Se eleva y luego cae —como si planeara—, por cinco, ocho, diez metros hasta encontrarse con una masa de agua verde turquesa.

—¡Wow! —grita emocionada la adolescente.

Mira atrás a los hostiles, gritando, prometiendo que la próxima vez no habrá oportunidades. Ella, con la mano en alto, se despide.

El estrecho de Mind mide mil quinientos metros. En épocas pasadas se intentó unirlos con Open City, pero por falta de comunicación de un lado y del otro jamás pudo concretarse. Errores de cálculo y presupuesto.

Nuestra adolescente pone pie en el muelle. Cargada de adrenalina.

—¡Ese salto fue genial! —exclama con emoción— ¿Por qué no volamos de esa manera más seguido? La rampa natural debió elevarte...

No termina la frase. Una bofetada apaga sus palabras, sacude su abundante greña, derramándola por el bello rostro y revienta el labio inferior por su extremo derecho. Entonces el piloto se despoja de su casco

y una melena castaña se sacude con el movimiento.

—¡Me sacaste sangre! —reclama la chiquilla.

—¡Qué te he dicho de cruzar al otro lado! —la mujer de encendidos ojos verdes, espeta.

—Rompiste mi labio —saborea su sangre.

—¡Qué te he dicho de ir al otro lado, Aria! —insiste.

—¡Que jamás debo hacerlo! —responde levantando también la voz—  
¡Que es peligroso! Hay hostiles, convictos y ex convictos, prostíbulos,  
nidos de asesinos, estafadores, fracasados, monstruos y bestias que me  
devorarían en un bocado...

—Y si sabes eso, ¿qué demontres hacías allá?

—Eh... —evade contestar encaminándose a las cercanas oficinas de la  
policía de aquella área.

—Contesta, Aria —la sigue de cerca.

La chiquilla sigue en silencio, entrando al edificio oficial. Quienes  
trabajan en ese momento, las observan con discreción y la mujer pide  
sigan con su trabajo con ademanes. Aria va directamente al refrigerador,  
saca un refresco, lo abre y comienza a beberlo.

—Estás castigada —sentencia la mujer.

—¡Ash...! —tuerce los ojos con desdén. La mayor parte de sus días, lo  
está.

—Por lo que resta del año —continúa—. De la escuela y el trabajo con  
Arthie, irás a hacerle compañía a tu abuelo.

—¡Pero, mamá! —protesta.

—Debo ponerte límites más severos.

—Wagner y Butterfly me retaron.

—¡Ah, sí...!

—Dijeron que no tenía valor de ir a tierra de hostiles y conseguir ojos  
de pavo real...

—Wagner y Butterfly. ¿Por qué no me sorprende? Estás castigada.

—¡Mamá...! —ahora ella la sigue por el lugar con aire suplicante.

—Si me desobedeces te quitaré todo lo TECNO.

—¡No!

—¡TODO, Aria! Ahora ve a tu trabajo con Arthie. Y que sea directamente. ¿Me oíste? ¡Me oíste!

—Sí, mamá.

## Capítulo 2

Monta sobre una plataforma móvil que la lleva a Librería Doyle. Sobre la iluminada marquesina del local se lee en tonos azul eléctrico: <<Compro, vendo o intercambio libros>>. Al entrar al local, Aria ve flotando por el lugar a Arthie, que responde a una llamada en sus auriculares.

—En este preciso instante acaba de entrar —responde a la pregunta en sus oídos—. La encantadora y bella adolescente luce atufada... ¡ah, no! Aguarda, un labio hinchado la hace verse así. Claro. Tengo un sinfín de actividades que la mantendrán ocupada. Es un gusto, Allegra. Lo sabes. Ciao.

Corta comunicación y vuelve a suelo firme para ir al encuentro de Aria, que amolda a su cuerpo un chaleco que la identifica como empleada.

—¿A ver ese labio? —la revisa.

—Estoy bien —lo esquiva.

—Pues tu madre no —la sigue de cerca.

—Claro.

—Se oía a punto de las lágrimas. No quiso golpearte. Estaba asustada porque te atreviste a cruzar el estrecho.

—Siempre han dicho que el SE está prácticamente vacío. No creí encontrarme con nadie.

—Lo que digan del otro lado no siempre es lo real.

—¿Has estado ahí?

—Nací ahí, Aria.

—Nunca hablas de ello.

—Es... una época desagradable.

—¿Qué pasó?

—¡Ah! —suspira y mira hacia su pasado— Aquella era una noche de niebla. Había toque de queda por eso. Las calles vacías. Basura y panfletos regados sobre el asfalto coqueteaban con la fría cortina que los barría. Ratas de encendidos ojos rojos se daban un banquete con las

sobras del día. Allá, a lo lejos, una lámpara oscilaba al capricho de la brisa que el estrecho le enviaba...

—¿Cómo escapaste?

—¡Ah! —despierta de su ensueño— Mi familia y yo nos ocultamos en unos contenedores de basura y cuando el barco se acercó lo suficiente a Open City saltamos, nadamos hacia las luces limpias y aquí me tienes; como tu atractivo, simpático, amigo incondicional, consejero, atento escucha...

—Sí, sí, patrón genial y enamorado platónico de Allegra Christie, mi madre.

—Eh...

—¿Algún día se lo vas a decir?

—¿Tú cómo lo sabes?

—Estos ojitos de miel no pierden detalle de nada. La manera en que la miras y como suspiras te delata en todo Hawking.

—¡Hum! —suspira.

—Díselo. Si ella no lo sabe, ¿cómo va a empezar a fijarse en ti?

—¡Ah, el amor! Ese ente que muchos procuran y otros desprecian. No es sencillo, Aria.

—¿Por qué?

—Porque tu madre no olvida a tu padre.

—Pero él tiene muerto tantos años como yo de vida. Mamá sigue siendo joven y muy bonita. De todos los que la asedian... tú eres el que vale más.

—Gracias por el voto de confianza, pero... eh... ¿por qué no?

—Invítala a cenar o al cine. Le encantan las películas viejas. Las comedias románticas. Detesta las de acción. La ponen de mal humor.

—¿Sí?

—Será porque es la jefa de la policía.

—Tal vez.

Después de tres horas de trabajo y como se lo ordenara su madre, Aria se dirige a casa de su abuelo Ludwig, montada en su bicicleta Retro 20. Pedalea por la carretera alemana a la costa, hasta el área de islas de retiro. La estación de monorraíles del atolón Cousteau se encuentra vacío, como siempre. Desmonta ante la novena. Se quita la mochila al tiempo que acciona el botón de compresión de su bicicleta. En cinco movimientos queda reducida a cubo del tamaño del antiguo rubik y lo guarda en su mochila. Luego aborda el monorraíl señalando como destino la novena isla suspendida sobre el atolón. El trayecto es más lento que viajar en una plataforma; pero la gente de retiro no tiene mucho dinero para pagar un sistema tan vanguardista y siguen dependiendo de los viejos monorraíles. La panorámica es hermosa. Debajo, el azul turquesa del mar le muestra una familia de delfines que nadan veloces siguiendo el reflejo del deslizante. Saltan y dan graciosos giros. Siente como sube y baja, sesgándose de pronto a derecha e izquierda. Esquiva rieles distintos, luego ve el atolón magnífico del que se levantan colonias enteras de garzas, patos, ibis y muchas más que pueblan el lugar. Sonríe al reconocer el gran sauce llorón que crece sobre la isla flotante en la que su abuelo vive desde que se retirara. Ve la casa de dos aguas con tejas rojas, el austero jardín; el pequeño manantial y la enorme rueda de paleta que jamás deja de funcionar y que suministra energía a la isla. Aria nota que demasiadas raíces cuelgan y se tienden hasta alcanzar los bordes del atolón.

## Capítulo 3

El monorriel se detiene. Ve a su abuelo en el pequeño muelle con su caña en las aguas del manantial.

—¡Hola, abuelo! —saluda.

—¡Aria! —se levanta y le muestra con orgullo los pescados.

Se acerca a ella sonriente, abrazándola y colmándola de besos.

—¡Dios de mi vida! —espeta— Estás más alta que la última vez que te vi.

—Eso fue hace tres días, abuelo.

—¿Y qué importa? Estás más alta. ¿Me ayudas a preparar el pescado?

—Eh... —arruga la nariz— bueno.

Después de cenar, juntos levantan la mesa y lavan los platos.

—Tu madre me dijo que cruzaste el estrecho y una horda de hostiles te perseguía.

—¿Por qué no lo publica de una vez en el Acontecer de Open City? O lo sube a la RED y que todo Hawking y la galaxia entera lo sepa.

—Allegra sólo se preocupa por ti, cariño.

—No pasó nada, abuelo.

—Me dijo que te deslizabas por la arena sobre hojas de plátano...

—¡Eso fue genial! —lo recuerda y siente la adrenalina de nuevo.

—¿Hojas de plátano, Aria? Y ellos tenían deslizadores de queratina. Si tu madre no llega a tiempo te habrían atrapado.

—No pasó.

—Pudo pasar.

—¡Y no pasó, abuelo! Deja de regañarme tú también, por favor.

—No son regaños. Te expresamos nuestra preocupación ante tus actos



de temeridad.

—Lo siento. No está en mí.

—Aria...

—¡Es cierto, abuelo! Cuando Wagner y Butterfly me retaron, mi mente me dijo: <<No es buena idea. No los escuches, tendrás problemas con mamá. Concéntrate en lo tuyo>>. Pero no pude. Veía guiños de ojos de pavo real por todas partes.

—Igual que tu padre —mueve la cabeza negativamente.

Abandona la cocina e invita a la chiquilla a salir con él al portal y disfrutar la noche estrellada. Sagan y deGrasse, las lunas de Hawking, se levantan por el horizonte acuoso. Algunos girones de niebla que vienen desde abajo le recuerdan a Aria las raíces colgantes.

—¡Ah, sí! —consiente Ludwig— Ya me había dado cuenta. Balzac quedó de venir a recortarlas, pero supongo no ha tenido tiempo.

—Yo podría intentarlo...

—De ninguna manera, jovencita. ¿Quieres que tu madre me castigue también a mí?

—¿Por qué hace una montaña de todo lo que hago?

—Tiene miedo perderte.

—¿Cómo a papá?

—Hum... sí.

—Quiero saber más de él, pero cuando intento preguntarle...

—Lo sé.

—Contigo es diferente. Tú me has dicho que papá era un tipazo: audaz, responsable, el mejor en su trabajo...

—Así es.

—Jamás abandonó a uno de sus hombres y por eso fue que murió. Intentando no perder a ni uno.

—Sí —suspira y frunce los labios, mirando en torno.

Frota su barba crecida poniéndose de pie de pronto. Con cierta turbación.

—¿Pasa algo, abuelo? —inquieta pues nota un cambio extraño en él.

—¿Algo? ¿Qué? No, no... ¡ah! —bosteza y estira los brazos— Ya hace sueño. ¿No crees?

—Sí —deja escapar también un ligero bostezo.

Cada cual se retira a su habitación y la casa queda a oscuras.

## Capítulo 4

Aria despierta sintiendo su boca reseca. Está recostada en diagonal y hacia el lado contrario de la cabecera. Enciende la lamparilla en su buró, pero no está la jarra de agua, que su abuelo siempre le deja cuando duerme en casa. Somnolienta, con el cabello vuelto una maraña, deja su habitación, encaminándose a la cocina. Se frena y despierta por completo al oír la voz de su abuelo. No es la que usa cuando divaga consigo mismo; habla con alguien. Pone atención.

—No, no —advierte inquietud también—. No puedo estar confundido. ¿Crees que voy a olvidar tan fácilmente esa horrible efigie de la hermandad de la muerte? El bote que estuvo rondando por el atolón, la tenía pintada en su proa. El rostro esqueletizado, la túnica negra... ¡eran ellos!

—¿Abuelo? —se hace visible y Ludwig arranca de su cabeza el auricular, ocultándolo a su espalda.

—¿Qué pasa, cariño? ¿Por qué te levantaste?

—No tengo agua en mi cuarto —se finge muy amodorrada

—¡Oh, sí! —palmea su frente contrariado y ella advierte que el auricular titila en una luz azul, la línea sigue abierta— Perdóname, cariño. Lo olvidé por completo.

—Deja, abuelo —sacude su mano ante él—, yo la lleno. ¿Por qué no estás durmiendo?

—¡Ah! Así somos los viejos. Me metí a la cama y no pude pegar ojo un largo rato, así que me levanté y vine aquí a... a leer un poco —toma las revistas dispersas por los sillones—. Son del siglo pasado, pero igual entretienen o te ayudan a dormir.

—No te desveles tanto, abuelo —va hasta él y lo besa en la mejilla.

—No, cariño —promete.

La sigue con la mirada hasta que entra al pasillo. De inmediato se coloca el auricular.

—¿Sigues ahí? Tenemos que vernos y hablar. ¡No, Simpson! No te quiero aquí ahora. Mi nieta está conmigo. Sí, sí me parece bien. Te veré entonces en la mega plaza Churchill, a la diez, en <<El paraíso de los

helados...>>.

Corta comunicación y sintiéndose más relajado vuelve a su habitación. Aria, que ha escuchado todo, regresa a la suya con rapidez, sin que él la descubra.

En su mini cuper de colección, Ludwig deja frente a la escuela a Aria en un perfecto aterrizaje. Ella finge entrar al plantel, pero sale de inmediato, apenas él, conduciendo sobre el asfalto, se retira. Re ensambla su Retro 20, la monta con agilidad y pedalea con fuerza hacia la mega plaza. Cortando por callejones y pequeños prados, llega, incluso antes que su abuelo. Hasta logra comprar su helado favorito.

—De arándanos, por favor.

Busca un sitio apropiado para ocultarse de la vista de Ludwig, pero ella tener vía libre para observarlo a él. La planta alta le parece ideal.

## Capítulo 5

El timbre en la secundaria Milenio se escucha y el alumnado acude a sus aulas en orden. El dintel de cada entrada examina al alumno y su mochila. Al detectar TECNO no autorizada, como auriculares y holofones, éstos son requisados y entregados a la dirección. Wagner y Butterfly pasan revisión sin mayores problemas. Se extrañan y preocupan al ver el pupitre de Aria vacío.

Oculto tras el menú del local, Aria ve llegar a su abuelo. Consulta la hora en su reloj Retro 21 y observa su alrededor. Al parecer, Simpson, quien sea que sea, no está allí. Pasan cinco, diez, veinte minutos y Ludwig no puede seguir esperando. Sale apresurado. Más nervioso que nunca. Aria va tras él en su bicicleta, pero casi al instante, ella es seguida, a su vez por un vehículo oscuro.

—¿La biblioteca central? —la chiquilla se extraña al ver a su abuelo entrar al sofisticado recinto. Ella deja su bicicleta en un callejón y sigue tras él.

La biblioteca central es un edificio que abarca más de diez mil metros cuadrados, con un acervo exorbitante, que diariamente es visitado por un millón de personas. Cuenta con tres auditorios, en los que se imparten foros, diplomados, conferencias de distintos rubros. Aria observa maravillada los millares y millares de libros dispuestos cronológicamente no sólo por temas, también por milenios. Los que flotan por ahí y por allá son bibliotecarios y guardias de seguridad. Descubre a su abuelo en la tercera plataforma y camina aprisa para alcanzarlo, pero lo pierde en el área de arqueología y antropología galáctica. Lo busca por todas partes. De nuevo lo ve abajo, pero no solo. Una mujer de bata blanca lo acompaña en pasos apresurados. Ella también apura los suyos, pero los pierde en un área de poco tránsito. Abre algunas puertas: son baños del personal o cuartos para guardar utensilios de limpieza. Recorre la zona de nuevo. Por uno de los ventanales ve a su abuelo afuera, abordando su coche y retirándose.

—No —espeto contrariada.

Sale de inmediato. Al entrar al callejón es sorprendida por un par de androides uniformados

—Policía escolar —se identifican—. Quedas bajo custodia Christie, Aria.

La llevan contra el muro y después de revisarla y colocarle esposas de velcro, la suben a la discreta patrulla escolar. Aria, sólo entorna la mirada.

En el juzgado educativo, antes de ser presentada al juez, le toman sus huellas, la fotografían de frente y de perfil, asignándole un número. Luego, la remiten a una celda, que en lugar de barrotes tiene una red de energía con el voltaje prudente que la mantiene sentada en aquella banca, sumida en sus pensamientos.

—Espero que estés reflexionando sobre tus acciones —la comandante Allegra Christie se presenta ante su celda.

A una indicación suya, la androide celadora, apaga el flujo de energía y la red desaparece permitiendo a la chiquilla salir. Quiere hablar, pero su madre levanta la palma de su mano ante ella, conminándola a no hacerlo. Ambas se presentan ante la juez en turno.

—¿Puedo saber la razón por la cual no asististe a la escuela, Aria?  
—interroga la mujer.

La chiquilla se resiste a contestar. Allegra respira profundo, liberando el aire lentamente. Su cabeza, imagina su hija, debe estar inundada de mantras. La jueza toma de una charola un trozo de papel.

—Las oficiales educativas te encontraron el ticket de mega plaza Churchill. Por un helado de arándanos.

—¡Ah! —suspira la jovencita— ¿Cómo no lo eché al incinerador?

—¿Escapaste de la escuela por un helado?

—Tiene la evidencia en las manos.

—He leído tu expediente escolar y a pesar de estar lleno de observaciones y reportes de parte de tus maestros... tus notas son sobresalientes.

—Señoría es que sí me gusta la escuela. Sólo... que en ocasiones una tiene días malos.

—Entiendo.

## Capítulo 6

La jueza la mira fijo por unos momentos y Aria la mira a ella también. Puede observar que no es mayor que su madre. Su piel de chocolate le parece maravillosa y el cabello crespo, que se desparrama por su cabeza, le dan un marco perfecto que realza su belleza.

—Asumo, pues está usted aquí sola con su hija, comandante que no hay un señor Christie.

—Es correcto, señoría. Duncan mi... el padre de Aria falleció el mismo día que ella nació.

—Lo lamento.

—Eh... sí. Gracias.

—Bien, señorita Christie te informo que estás dentro del sistema de ofensores educativos. Si consideras la escuela una prisión, no tienes idea de lo que es eso. Por ser tu primera vez te dejaré ir a casa sólo con una advertencia. Aun con el esfuerzo de todos, tenemos chicos que no saben leer y escribir. Tú eres afortunada al tener los medios para estudiar. No lo subestimes. ¿De acuerdo?

—Sí, señoría.

—Es todo —sonríe con simpatía.

—Gracias, señoría —Allegra sujeta a Aria por la nuca para sacarla de ahí.

—La advertencia también es para usted, comandante —la voz de la jueza la detiene.

—Entiendo —consiente.

Dejan el sobrio edificio de la Secretaría de Educación.

—Sube —señala la patrulla.

—Mamá...

—No —dice sentándose ante el volante y conduce rumbo a su hogar.

—Quiero explicarte...

—Ahora no, Aria. Estoy molesta y no quiero empezar a gritarte.

—Pero...

—Ni una palabra más —conmina entre dientes.

La chiquilla golpea su muslo y se limita a mirar por la ventana. No entiende a su madre. La falta no es tan grave en realidad. Otros han cometido peores y siguen ahí, como si nada hubiera pasado. La mira por el rabillo del ojo. Toda ella en tensión, como una vara de árbol a punto de romperse. El silencio que las acompaña no le gusta. Busca encender la radio y su madre lo impide, manoteándola. Deja escapar un suspiro resignado, al tiempo que enreda sus brazos contra su regazo. Llegan a casa.

—Sube a tu cuarto y no quiero verte en toda la tarde —ordena.

Aria quiere decir algo, pero su madre le da la espalda, quitándose su chaqueta de comandante. La chiquilla sube a su habitación más molesta. Allegra va a la suya. Se desnuda rápidamente y entra a la ducha. Bajo el chorro tibio de la regadera, comienza a llorar.

\*\*\*

—A veces siento que mamá me odia —dice Aria.

Está tumbada en su cama, mirando al techo y con sus pies descalzos en la pared.

—¿Por qué? —Butterfly se sienta a su lado y Wagner al otro.

—Siempre me preguntaba lo mismo y no tenía una respuesta, pero... creo que hoy, ella misma me la dio.

—¿De qué forma? —inquiere el chiquillo.

—La hubieran visto cuando la jueza preguntó por mi padre. Mamá se hizo un lío y terminó diciendo que papá había muerto cuando yo nací.

—¿Y no es verdad?



—Sí, pero... su voz, la expresión de su rostro, me pareció... que me culpaba de ello.

—¡Vamos, Aria...!

—¿Por qué vas a ser culpable?

—No conozco los detalles de su muerte. Fue el mismo día en que nací. Tal vez estaba demasiado lejos y por querer estar allí...

—¿Se accidentó?

—No lo sé.

—Era militar, ¿no?

—Tenía su propia unidad.

—¿De rescate o qué...?

—¡No sé, Wagner! No puedo preguntar. Cuando lo hago, mamá se pone mal. La escucho llorar en su recámara. Se pone triste y no me gusta verla triste.

—¿Y qué hacías en la mega plaza?

Las adolescentes miran al chiquillo.

## Capítulo 7

Relajada por el baño tibio, Allegra se tiende en su sofá para leer unos minutos, antes de preparar la cena. Su comunicador de pulsera vibra.

—¿Sí? —contesta.

—¿Allegra?

—¿Quién habla?

—Yo... Conan.

—¡Ah, hola! Te envié un mensaje para avisarte...

—Sí, sí... lo recibí. ¿Todo bien?

—Estoy pensando seriamente enviarla fuera de Open City. Desde que cumplió los quince siento que se me escapa de las manos, Arthie.

—Sí. Eh... ¿te gustaría que lo habláramos mientras cenamos? Digo... si es posible. Si te gustaría...

—¡Claro que sí, Arthie! Creo que necesito espabilarme. A las ocho está bien. Te espero. No. Gracias a ti.

Ve la hora. Tiene el tiempo preciso para alistarse, escoger un peinado adecuado y maquillarse como hace años no lo hace. Abre su guardarropa y se queda impactada al verlo lleno de uniformes de policía.

—No puede ser —espetta.

Sale corriendo de su pieza y de igual manera va escalera arriba. Se frena a medio camino al oír que su hija habla con alguien. Con aire molesto entra de pronto a la pieza. Aria está sola en ella.

—Qué —le dice con la cabeza colgando ligeramente de la cama.

—Creí oírte hablar con alguien.

—Sí. Conmigo misma. Trato de convencerme de no ser tan estúpida.

—Aria —se tumba a su lado—. No eres estúpida, hija. Sólo... algo imprudente por tu falta de madurez.

—¿No será mejor por falta de padre?

—Aria...

—¿Por qué jamás quieres hablar de papá?

—Porque me cuesta demasiado.

—Pero yo necesito conocerlo a través de ti, mamá. Por favor.

—Claro, cariño. Pero no ésta noche. Arthie me invitó a cenar.

—¿De veras? —se sienta, emocionada.

—Sí, pero no tengo ni un solo vestido en mi armario.

—¡Oh, mamá...!

—¡Está lleno de uniformes!

Toma de inmediato su scan del buró y lo pasa por su madre de pies a cabeza, enviándolo a la mejor boutique de Open City. Al instante recibe respuesta y apuntando el artefacto a ella la viste con los mejores modelos de la temporada.

—¿Cuál te gusta más? —ella modela con exagerado glamour.

—Todos. Eres muy bonita, mami.

—Pero no tengo todo el día para sentarme a escoger.

—El azul. Contrasta muy bien con tus ojos. Arthie se irá de espaldas cuando te vea.

—Que envíen el azul entonces.

—¿Tienes zapatos?

—Los zapatos...

—Del seis, ¿verdad? —teclea con agilidad— Listo...

Termina de hablar y llaman a la puerta. La chiquilla corre a la ventana y ve a la entrada principal un dron con los paquetes solicitados.

—Servicio, Elite —anuncia Aria.

Allegra consiente y baja apurada. Al cerrarse la puerta, las imágenes holográficas de Wagner y Butterfly aparecen de nuevo.

—¿El tipo de la librería y tu mamá? —inquiére Wagner con picardía.

—Qué —Aria le muestra su puño.

—No, nada —retrocede temeroso.

—Con ese vestido lo volverá loco —asegura Butterfly.

—Esa es la idea.

## Capítulo 8

Al verla, Conan Arthie se siente como en las nubes. Siempre ha sabido que Allegra es una mujer bella, pero enfundada en sus desangelados uniformes de jefa de la policía, cualquiera lo olvida de vez en cuando.

—¡Hola! —Allegra no puede evitar mostrarse un tanto nerviosa.

—Ninguna princesa, reina o emperatriz, con sus ricas pieles y rutilantes joyas, se vio más bella que tú en estos momentos.

—Arthie, por favor.

—¿Podrías llamarme Conan? Al menos por ésta noche. Arthie suena tan insignificante.

—Pero es tu nombre, ¿no?

—En realidad es mi apellido, pero como todos me llaman por él...

—¡Ah! Entonces no hay problema... Conan.

A través de su ventana, Aria los ve partir. Hay una sonrisa de satisfacción pintada en su adolescente rostro. Arthie es el hombre que le gustaría conquistara a su madre.

—¿Se fueron? —inquieren sus amigos.

—Sí. Ojalá y haya reacción.

—¿Qué hacemos ahora? —inquiére Wagner.

Allegra, entre confusa y halagada, toma asiento ante una mesa del Júpiter Bistró.

—¿Te gusta el lugar? —inquiére Arthie, mientras les ofrecen un aperitivo.

—Sí. Se ve... acogedor.

—A mí me encanta. Está en un buen punto, hay vista hacia la bahía, música agradable, no muy ca... eh... buen servicio...

Ella consiente, riendo. No por la imprudencia del hombre sino por la manera en que su rostro estalló en colores carmines. Había olvidado que

existían hombres a los que aún les sucedía eso.

—Eh... —juega con la servilleta a su alcance—, ¿qué piensas de mi idea de enviar a Aria fuera de la ciudad?

—¿En verdad lo quieres? ¿Separarte de ella? ¿Separarla de ti, de su abuelo y sus amigos? No olvides que estoy entre estos últimos. No concibo Open City sin Aria Christie.

—Tampoco yo, pero... atravesó el estrecho por una estupidez, no fue a clases para comprarse un helado. ¿Qué va a hacer mañana? ¿O pasado?

—No te mortifiques —alarga su mano para tomar la suya.

Allegra mira la nervuda mano sobre la suya. Recuerda otras manos de hombre recorriendo su piel, encendiéndola.

—Eh —la aparta con sutilidad—, me parece que en Asterix VIII hay excelentes colegios de alta disciplina. Aria necesita ser disciplinada.

—Lo que ella necesita es más tiempo con su madre.

—¿Qué?

—¿Cuándo fue la última vez que tuviste vacaciones con tu hija?

—Jamás hemos tenido vacaciones juntas.

—¿Qué posición juega en el equipo de soft?

—¿Es un deporte activo todavía?

—¿Obtuvo un lugar en la feria de ciencias de la primavera pasada?

—Aún estamos en primavera. ¿O no?

—¿Quieres bailar? —sonríe.

—Es lo mejor, sí —se pone de pie y entran a la pista.

Se mueve como una tabla entre los brazos de Arthie, pero conforme él la conduce, se relaja e incluso apoya su cabeza en el pecho del hombre.

—Soy un monstruo, ¿verdad? —suspira.

—No. Sólo permites que tu trabajo te absorba demasiado y no te das

cuenta que te aleja de tu hija.

—Pero siempre estoy al pendiente de ella.

—También es necesario que estés con ella, Allegra. ¿Por qué no te das un tiempo de la jefatura de policía?

—Soy la comandante en jefe.

—También pueden tomar vacaciones. ¿O no?

—Sí, pero... no. Open City se desquiciaría.

—¿Acaso no hay elementos capaces...?

—Sí, pero no sin mí.

—Debes empezar a delegar, Allegra

—No es sencillo, Conan.

## Capítulo 9

La pieza termina y vuelven a la mesa. Ordenan su cena. Comen en silencio, aunque en sus mentes las preguntas se desbordan. Después, al dejar el restaurante, Conan la invita a su departamento sobre la librería Doyle, para charlar con más intimidad. Le sirve un café.

—¡Qué hermosa vista! —sonríe Allegra mirando las luces de la ciudad reflejadas en las aguas de la bahía.

—Por eso no dudé al comprar el piso —se sienta a su lado.

Ambos se miran. Se esquivan con timidez, tamborileando los dedos en sus tazas. Prueban la infusión.

—Está muy caliente —protesta él dejándolo en la mesita de centro.

—Demasiado —acepta riendo ella.

Conan se le acerca un poco más. No retrocede. Sabe sus intenciones y no quiere escapar de ellas. Sus labios se encuentran.

—Estoy enamorado de ti, Allegra —confiesa.

—Arthie...

—Conan.

—Conan. Yo... no sé... quiero decir, ya lo imaginaba, pero...

—¡Sshh...! —vuelve a besarla.

Ella no puede rechazarlo. Un delicioso calor comienza a envolverlos.

—Aguarda. Aguarda —contiene ella cuando el hombre busca el cierre de su vestido—. Creo que es momento que me vaya...

—No, por favor —la detiene—. Si te dejo ir la magia va a diluirse y tal vez no vuelva a presentarse.

—Es que no debo...

—Ésta noche he encontrado el valor suficiente. No tengas miedo.

—No es eso, sino... tengo una hija.



—De quince años. Tan hermosa como su madre. La conozco bien. Me enamoré también de ella desde la primera vez que la vi, tomada de tu mano, entrando a mi local. Entonces tenía ocho años y buscaba el cómic de la Señorita Cometa.

—¡Oh, por Dios! —ríe— Me volvía loca con esa maldita historieta.

—Es un clásico de todos los milenios. Agradezco al cielo que hayamos tenido en existencia todos los números. De no ser así, no las habría vuelto a ver.

—Open City no es una metrópoli desquiciada.

—Claro que no. Pero tal vez no habrían venido cada semana por los nuevos números. O tú buscando alguna novela interesante; o que de pronto, Aria me pidiera trabajar algunas horas. Tú maldices a la señorita Cometa. Yo la bendigo desde esa maravillosa tarde.

La besa de nuevo. Ella lo besa y se olvida de su deseo de marcharse. No quiere irse. En ningún momento lo quiso en realidad. Se abandona totalmente en los brazos de él. Hacen el amor.

Después del calor y la pasión, ambos miran extasiados al techo.

—Es maravilloso —asegura Allegra.

—Sí —consiente con una sonrisa de felicidad en el rostro.

—¿Cómo lo lograste?

—Contacté al arquitecto original del edificio —se vuelve a ella.

—Las estrellas se ven tan claras —ella sigue mirando a través del tragaluz en el techo.

—Me cercioré que no hubiese lámparas que contaminaran la noche.

—Y cuando hay tormenta, ¿no es molesta para ti?

—No. Sólo hago esto y listo —oprime un botón oculto en el buró y el tragaluz se cubre con una cortina de látex.

—Pensaste en todo —se vuelve también a él.

—Detalle a detalle —acepta y Allegra frunce el ceño confusa.

Está a punto de decir algo cuando entra una llamada a su auricular.

—Christie —responde sentándose en el lecho.

—Perdón por despertarte, jefa

—¿Qué sucede, Columbo?

—Tenemos un cuerpo.

—¿Qué? Repite eso.

—Tenemos un cuerpo, jefa.

—No es posible —deja el lecho—. No tenemos cuerpos desde el 625.

—Bueno —el detective se acucilla junto al cadáver y revisa las estocadas en el pecho—, pero en definitiva es un cuerpo. Tres puñaladas en el pecho.

—¿Dónde está?

—Unos pescadores lo encontraron entre las rocas del s. LV

—Entonces flotó desde el otro lado del estrecho.

—Quizás, pero yo no lo creo.

—Voy para allá —corta comunicación—. ¿Puedo usar tu baño?

—Es todo tuyo.

## Capítulo 10

Se asea y parte de inmediato hacia la escena del crimen. El área ya ha sido acordonada y los equipos forenses hacen su trabajo.

—¿Sabemos quién es? —aborda al detective a cargo.

—Veamos —revisa su pantalla de notas—. Simpson. Matt Simpson. Cincuenta y cinco. Divorciado, sin hijos. Consultor...

—¿Dijiste Matt Simpson?

—Sí, jefa —la observa—. Bonito vestido.

—No es posible —se encamina hasta donde el cuerpo permanece todavía, cubierto por una manta.

Con su bolígrafo levanta una parte y mira las facciones.

—¿Lo conoces, jefa?

—Sí. Este hombre trabajó mucho tiempo con mi padre. Cuando él salía en sus expediciones. Pero... él me dijo que...

—¿Qué cosa?

La claridad de un nuevo día rompe el hilo de sus pensamientos.

—Quiero confirmación de la identidad del cadáver y el informe del forense cuanto antes.

—Sí, jefa. ¿Tuviste una cita...?

Aborda rápidamente su auto sin responder. Mira la hora en su reloj. Tal vez Aria continúe dormida. Se quita los zapatos y entra apresurada.

—¿Dormiste con Arthie? —la adolescente la sorprende, llevando en sus manos un tazón con cereal.

—¡Claro que no! —espeta con nerviosismo mientras estruja sus zapatos.

—Y... ¿por qué entras a casa con tanto sigilo?

—Eh...

—Si estoy dormida jamás me entero si entras o sales.

—Eh...

—¿Te gustó, mamá? —sonríe con aire travieso.

—Termina de desayunar y vete ya a la escuela —conmina sin respirar.

Atraviesa la sala rápidamente hasta entrar a su recámara. Al cerrar la puerta a sus espaldas, respira de nuevo. Luego, recuerda su noche con Conan y sonríe un tanto ilusionada.

Vestida de nuevo con su uniforme gris, vuelve a sus oficinas oficiales. El detective Columbo entra, siguiéndola de cerca.

—Matt Simpson. Confirmado —abre una pantalla ante el escritorio de Allegra—. Recibió tres golpes con la hoja de una cimitarra modificada. Un poco más grande y ancha que una daga común. La primera estocada lo mató en el acto. Las otras dos las recibió ya caído.

—¿Detalles de su vida laboral?

—No hay información. Su ID no había estado activa hasta hace unos días.

—¡Qué extraño!

—Bastante.

—¿Y su familia?

—Era huérfano y la esposa no volvió a tener contacto con él después del divorcio.

—Comunícame con mi padre, ¿quieres?

—En un segundo —teclea en el tablero de fibra de vidrio.

—¿Diga? —reconoce la voz de su padre en el ambiente.

—Buenos días, papá —agradece al detective y le indica la deje a solas.

—¡Hola, mi amor!

—¿Estás en casa?

—No. Es martes y los martes visito el mercado orgánico.

—Ven a mi oficina, por favor. Necesito hablar contigo.

—¿Pasa algo? ¿Aria se metió en otro lío?

—No. No se trata de ella. Te quiero en mi oficina en cuanto termines tus compras. ¿De acuerdo?

—Me preocupas, Allegra.

—Te espero —corta comunicación, para no entrar en detalles.

Ludwig, el padre de Allegra, se presenta en su oficina cinco minutos después.

—¿Tu mini cooper tiene aplicaciones de vuelo?

—Me dejaste intrigado. ¿Qué sucede?

—Siéntate —ordena poniéndose de pie.

## Capítulo 11

Mientras habla se acerca a cada muro levantado en fibra de vidrio, por el que puede ver a todo su personal y ellos a ella. Roza puntos específicos, opacándose los muros en colores neutros, hasta cubrir todos los flancos y volver a su escritorio, frente a su padre.

—¿Aún tienes contacto con tus antiguos empleados de las expediciones?

—Sí. Con pocos, pero... sí. ¿Por qué?

—¿Recuerdas a uno de ellos? De tu última expedición fuera de Open City.

—No sé...

—Simpson.

—¿Cómo?

—Matt Simpson. ¿Lo recuerdas, papá?

—Simpson —talla con cierto vigor su barba muy tupida—. Sí, sí... algo.

—¿Qué fue de él?

—Pues...

—No estoy segura si me dijiste hace algunos años, que precisamente él, se había enrolado en el proyecto "Arca de la nebulosa".

—Sí, sí... claro.

—Me contaste que incluso fuiste al campo espacial para despedirlo.

—¡Oh, sí, sí! Ya recuerdo.

—De eso pasan... ¿cuántos años, papá?

—Eh... doce, trece...

—Trece, sí. Trece años que la misión "Arca de la nebulosa" partió de Hawking, rumbo al exoplaneta Maddona. La que se presume concluirá en cincuenta años. Los que partieron ya no van a volver. Ni sus hijos, ni sus

nietos...

—Tal vez la cuarta o quinta generación.

—Tal vez. A lo que voy es que si Matt Simpson partió en esa misión... ¿por qué su cadáver fue encontrado en la playa, cerca de los cimientos del puente s. LV?

—¿Cadáver? ¿Simpson está muerto?

—De tres puñaladas en el pecho —confirma y luego, en su pantalla le muestra el cuerpo.

—¡Oh, por Dios! —aparta la mirada.

—¿Cómo explicas eso, papá?

—¿Yo qué sé, cariño? ¿Lo asaltaron?

—No me refiero a los motivos de su muerte. Sino al hecho de que un hombre que se supone fuera de nuestra galaxia aparezca en Hawking... en Open City... muerto a puñaladas.

—Sí. Pues... ¿qué puedo decirte? Se arrepintió en último momento.

—Por favor, papito. No tengo tres años para buscar engañarme con fantasías.

—Bueno... la única explicación coherente es que Simpson me engañó.

—¿Para qué?

—No sé. Acababa de divorciarse. Quizás...

—¿Rehuyendo algún pago de manutención?

—Tú eres la policía. Investiga.

—¡Ah! —suspira resignada— Sí, papá. Lo haré.

—¿Aria fue a la escuela?

—Sí.

—Me llegó un mensaje notificándome que la policía educativa la había sorprendido. ¿Le dieron algún castigo?

—Sólo una advertencia.

—¿Cómo se justificó?

—No lo hizo en realidad, pero le confiscaron un ticket de la mega plaza Churchill, por un helado de arándanos.

—¿Un helado? —se endereza en su asiento.

—Por un estúpido helado está ahora dentro del sistema, como ofensora escolar.

—Esa no es nuestra Aria.

—Claro que no, pero es la Aria en la que se está convirtiendo. Estoy pensando seriamente...

—No vas a enviarla fuera. Ni de la ciudad ni de tu vida.

—Siento que es necesario, papá.

—Y estarías cometiendo el error de tu vida, cariño. Te hace falta tiempo con ella. Desde que eres comandante jamás me visitan juntas en mi isla de retiro.

—¿En serio?

—Tú vas a verme de entrada por salida. Aria, al menos, pasa algunos fines de semana conmigo.

—Lo siento, papá. No me había dado cuenta. Te prometo que...

—El buen juez por su casa empieza. Presta más atención a tu hija. No la mandes lejos.



## Capítulo 12

Se despide de ella, dándole un beso en la mejilla.

—¡Ah, señor Ludwig! —se cruza con Columbo al salir— ¿Cómo le va?

—Bien. Creo.

—¿Ya sabe que la jefa tuvo una cita?

—¿En serio? —se vuelve a ella, pero está entretenida revisando, vía satélite el área cercana al s. LV— ¿Con quién?

—Aún no lo descubro.

—Avísame en cuanto lo sepas.

—Con mucho gusto.

—¡Me siento feliz por ti, cariño! —se despide de nuevo y se marcha.

—¿Por qué dijo eso? —inquiere Allegra.

—Es un maravilloso día, jefa. A de ser por eso.

—¿Alguna novedad?

—Todavía están rastreando la playa y los buzos el estrecho.

—¿Dónde vivía?

—Temo que no aquí.

—No...

—Staten Dark figura como su último lugar de residencia.

—¡Uf...!

—El asunto está tomando mal olor, ¿no, jefa?

El estadio se encuentra a su máxima capacidad. Aria saluda con entusiasmo mientras se prepara para iniciar la carrera. Toma su marca. Está lista y al oír la detonación, corre con agilidad por la pista. Libra los cien metros con buen tiempo; luego entra a la carrera con vallas.

Conserva su récord y el tablero le otorga su segunda medalla de oro. Avanza por el salto de longitud, el de altura y termina con el de garrocha. Su marcador se divide, pero continúa con un buen récord. Ahora compete en la alberca olímpica, es un verdadero pez en el agua y gana todas las competiciones. En clavados se lleva de calle las pruebas de trampolín; pero el vértigo le impide destacar en los de plataforma. Gracias a su madre es una notable judoca y aventajada esgrimista. El tiro con arco se le complica también. Su adrenalina se dispara cuando está ante el volante. Maniobra con destreza y esquiva los obstáculos en el camino, sin cometer infracciones. La prueba final: el maratón Open City. Aún no puede ganarlo, pero siempre llega dentro de los primeros quince lugares.

—Bien hecho, señorita Christie —felicita el médico de la escuela y la ayuda a quitarse el equipo de realidad virtual—. Excelente condición física.

—Gracias, doctor —sonríe, aceptando la toalla para limpiar su sudor.

—No puedo decir lo mismo de ustedes, Wagner y Butterfly. Pésimo desempeño.

Ambos continúan tendidos en el piso jadeando, mientras que frente a sus ojos pasan imágenes del abarrotado estadio en el que da inicio la prueba física.

—Más bicicleta y menos plataformas móviles —recomienda el médico.

Después de una refrescante ducha y ropa limpia, los tres adolescentes dejan el plantel escolar.

—¿Qué haremos hoy? —inquire Wagner.

—¡Películas de terror! —sugiere Butterfly— “Un día en la tierra” es escalofriante.

—Será otro día —dice Aria escuchando en su auricular—. El abuelo me envió un mensaje. Quiere verme.

—¿Y tu trabajo en la librería?

—Le diré a Arthie que no iré hoy.

—No nos has dicho cómo le fue a tu mamá con él.

—No llegó a dormir, ¿eh? —sonríe con picardía Wagner, pero ante la expresión seria y ruda de la chiquilla se contiene.

—¿Nos llamamos ésta noche? —se despiden.

—Sí —despliega su bicicleta y la monta—. Nos vemos.

## Capítulo 13

Sus amigos toman plataformas móviles, alejándose hacia puntos distintos. Al acercarse al atolón de las islas flotantes, Aria nota una embarcación justo bajo la de su abuelo. Imagina es el encargado de recortar las raíces que se cuelgan, pero no advierte las insignias propias de la empresa dueña de las islas. Toma el monorriel. Mientras avanza hacia el hogar de su abuelo, ella continúa observando la embarcación. Cinco individuos a bordo, ¿limpiando cubierta y preparando arreos de pesca? Cree notar que uno oculta un arma larga. No le agrada. Al tocar muelle se comunica de inmediato con su madre.

—¿Mamá? Estoy llegando a la isla de retiro del abuelo. Hay un bote extraño bajo ella.

—¿De qué tipo? —deja su asiento de inmediato.

—Creí que era de la compañía, “Su retiro feliz”, pero no veo por ningún lado sus logos. Uno de los tripulantes parece estar armado.

—¿Dónde está tu abuelo?

No responde. Al rodear la casa, ve cómo un personaje de ropajes oscuros entierra un arma de afilada hoja en el cuerpo de su abuelo.

—¡No! —grita corriendo hacia ellos.

—¿Qué pasa, Aria? —al oírla gritar, Allegra se pone en movimiento.

—¡Abuelo! —llega hasta él, mientras que el extraño personaje huye y salta de la isla.

Lo vuelve sobre su espalda. Ludwig sangra profusamente.

—¡Háblame, Aria...!

—¡El abuelo está herido, mamá! —llora buscando contener el sangrado.

—¡Ya voy en camino!

—Abuelo...

—Tranquila, cariño —esboza una sonrisa—. Voy a estar bien.

—¿Quién era ese? ¿Por qué te hizo esto?

—Aria —la sujeta de pronto con fuerza, mirándola a los ojos—. Busca a tu padre.

—¿Qué?

—En... Staten Dark. Que destruya... el ídolo.

—Abuelo...

—Busca a tu padre... y que destruya el ídolo. ¡Ah...!

—No, abuelo. ¡No!

Fallece entre sus brazos.

—Abuelo —llora.

A su alrededor, varios helicópteros sobrevuelan el área. Su madre salta de uno de ellos y corre angustiada hacia ambos.

—¿Papá? —cae de rodillas agitada.

—¡Está muerto, mamita! —espeta en llanto.

—¡Papá! —lo llora también.

## Capítulo 14

Minutos más tarde, en el hospital principal de Open City, Conan Arthie llega a la vacía sala de espera, en la que una muy atribulada Allegra Christie se encuentra.

—Allegra —llama su atención.

—¡Oh, Conan! —se permite llorar de nuevo— Mi padre...

—¿Qué pasó? —la abraza condolido— ¿Por qué estás aquí?

—Aria tuvo una crisis nerviosa. Se puso frenética, gritando...

—¿Qué?

—¡Absurdos, incoherencias! Tuvieron que sedarla. Por el momento duerme, pero luego van a evaluarla los psiquiatras.

—¿Qué pasó? —la sujeta del rostro para que lo mire de frente— Dime.

—Aria me llamó para decirme que había bajo la isla de papá una embarcación sospechosa. Dijo que había un hombre armado. Luego, la oí y gritar y me informó que papá estaba herido. Cuando llegué... él ya había muerto. Mi padre está muerto, Conan

—Tranquila —la abraza.

—Aria lo vio morir.

—Es una niña fuerte. Va a estar bien.

—Mi gente no encontró la embarcación. No había señal de ni una en kilómetros a la redonda... no entiendo.

—Las respuestas van a llegar —asegura pensativo—. Lo prometo.

—¿Señora, Christie? —se acerca una enfermera— Su hija despertó y la llama.

—Ve —anima sonriendo Conan.

Tres días después ambas presiden el funeral. La asistencia al mismo es numerosa. Además de su madre y Arthie, Aria está acompañada por Butterfly y Wagner. También de algunos maestros y compañeros de su escuela. Arthie observa su alrededor. La seguridad en torno al sepelio es

impresionante. En el cielo, drones de generación Elite monitorean el área, sin perder el mínimo detalle. La policía también está atenta en sus puestos. Representantes del gobernador dan el pésame a la máxima autoridad de Open City y su hija. Toman turno el director de la biblioteca y su asistente. Al verla, Aria recuerda a su abuelo, perderséle en la biblioteca en compañía de una mujer. ¿Podría ser ésta misma? No deja de observarla y seguir sus pasos. De espaldas, está segura es la misma.

—¿Por qué miras así a la señora Lucca? —inquire Butterfly.

—¿La conoces?

—Es la tipa de la biblioteca central. Si fueras más seguido a ella en lugar de llevarte metida en la librería Doyle, también lo sabrías.

—El tipo con el que va es el director Rodelo —interviene a su vez Wagner—, pero todos dicen que Lucca es la verdadera mandamás. Ahí hay gato encerrado. Tú me entiendes, ¿no?

Luego, con aire malicioso hace con sus dedos un anillo, pasando por en medio su dedo.

—¡Oh, Wagner! —regaña con un mohín de asco Butterfly, manoteándolo.

## Capítulo 15

Después del funeral, esa misma noche, Allegra acompaña a su hija en su habitación. La abriga y besa su frente.

—Perdona, cariño —aparta de su rostro algunos mechones desordenados— Tu abuelo tenía razón. Me he dejado absorber por el trabajo y te he descuidado. Pondré todo en orden en la oficina y renunciaré.

—¿A tu trabajo de toda la vida? No, mamá...

—Tú eres más importante que mi trabajo, Aria.

—Pero Open City vive en paz gracias a ti.

—El detective Columbo es un excelente elemento. Voy a promoverlo para que ocupe mi puesto. Luego, tú y yo viajaremos una temporada a Copérnico. ¿Qué te parece?

—Sin el abuelo no va a ser lo mismo.

—Aria —la atrae a ella para abrazarla—. Sé que no es fácil, pero debemos superar ésta pena.

—No la merecemos, mamá.

—Lo sé, pero...

—Ese hombre extraño lo mató.

—Lo estamos buscando y lo encontraremos. Te lo prometo. Ahora... duerme, ¿sí?

Ella consiente. Allegra la cubre de nuevo, la besa y deja la habitación. En cuanto sus pasos se apagan bajando la escalera, Aria salta de la cama, se viste de inmediato; de su armario saca una mochila y sale de su hogar por la ventana. Abajo, Arthie ve algunas fotografías de Allegra, vestida de novia y del brazo de un atractivo militar.

—Fuiste una novia muy hermosa —la recibe.

—De eso hace tanto tiempo ya...

—¿Aria se durmió?



—Sí —suspira profundo.

—Sigues preocupada por ella.

—No puedo evitarlo.

—¿Qué te dijeron los psiquiatras?

—No concluyeron nada. Quieren seguir tratándola. Aria se niega a las terapias... tengo que estar con ella al cien por ciento, Conan. Voy a renunciar.

—Dudo que el gobernador o la ciudad lo quiera.

—Pues no me importa. Mi hija me necesita y quiero estar con ella. Si no lo hago puedo perderla como perdí a mi padre. Si llegara a pasar...

—¡Sshh...! —la abraza.

—Me volvería loca, Conan —solloza—. No puedo con tantas pérdidas en mi vida.

—No imagines de más. Aria está bien. Duerme allá arriba, en su habitación. Tranquila.

Comienza a besarla y ella a él.

—¿Puedo... quedarme? —solicita. Allegra consiente.

Lo toma de la mano y lo lleva a su habitación.

## Capítulo 16

Esa noche, las lunas de Hawking: Sagan y deGrasse, no brillan en el firmamento; pero sí las estrellas. Más nítidas que nunca. Aria llega hasta el 1020 de la calle Vía Láctea. Trepa con facilidad por la tupida enredadera hasta alcanzar el balcón y entrar a la habitación. En la cama ve a Wagner dormido. El chiquillo de quince años está enfundado en un mameluco de lana, con las lunas de Hawking brillando en él. Entre sus brazos tiene una almohada, con la forma del conmemorativo transbordador: Kepler XXV, el primero en llegar a Hawking. Además, tiene en su boca el dedo pulgar. Aria no duda, le toma una fotografía y de inmediato la envía a Butterfly, citándola allí mismo. La chiquilla sólo tiene que cruzar la calle para llegar. Ambas ríen mirando a su amigo. Es cuando Wagner despierta con sobresalto.

—Aria. Butterfly. ¿Qué hacen aquí?

—Dijiste que dormías desnudo —reclaman a una voz saltando al lecho.

—¡Cla-claro que sí! Sólo... que... ¿cómo entraron?

—Tu ventana estaba abierta —señalan.

—Siempre olvido cerrarla. Y no han respondido a mi pregunta.

—Aria me llamó.

—Chicos, necesito su ayuda.

—¿Para qué?

Mientras Allegra duerme, Conan no deja de mirarla. Besa con ternura el hombro desnudo, enreda entre sus dedos el castaño cabello. Aspira con fruición el delicado aroma de su piel.

—Aria —espeta de pronto despertando.

—¡Sshh...! —sonríe él besándola— Aria duerme.

—¿Estás seguro? ¿Subiste a verla?

—No, pero...

Deja la cama y se envuelve en su bata, saliendo apresurada.

—Allegra —la sigue con su pantalón en la mano—. Está dormida.

Entran a la pieza y al encender la luz encuentran vacía la cama.

—¡Por Dios! —exclama la mujer yendo a la ventana abierta y después al armario— No está su mochila. ¡Se fue, Conan!

—Pero, ¿a dónde?

—A cumplir la encomienda de su abuelo —sale corriendo.

—Espera, Allegra —corre tras ella y la detiene a media escalera—. ¿De qué encomienda hablas? No me dijiste nada.

—Porque no lo consideré relevante —escapa de él continuando sus pasos—, pero creo que Aria sí.

—¿De qué se trata? —entran de nuevo a la recámara.

—Sólo delirios de papá.

—¡Pero qué fue! —levanta la voz volviéndola a él con cierta brusquedad.

—¡Desvaríos de mi padre, Conan! ¡Moría...!

—¡Qué fue lo que dijo, Allegra!

—¡Le pidió a Aria que buscara a su padre! ¡Eso le dijo!

—¿Por qué no me lo comentaste?

—¡Porque es un absurdo! Duncan está muerto.

## Capítulo 17

Termina de vestirse y va hasta el armario donde guarda sus armas.

—No me explico por qué papá dijo eso —solloza, ajustando a su cintura la funda con su revólver— ¿Por qué no simplemente se despidió de ella y le dijo que se cuidara, que fuera una buena persona? ¿Por qué pedirle, busca a tu padre?

—Supongo ha llegado el momento —escucha tras ella con gravedad.

Aquella voz a su espalda la estremece de pies a cabeza. Se vuelve con sobresalto. Ante ella no está más Conan Arthie, sino un hombre muy distinto, con la misma altura y estructura ósea, pero con mucha más masa muscular, cabello al rape, salpicado ligeramente de canas.

—¡Hola, amor! —le sonrío con timidez.

—¿Qué es esto? —inquieta sin salir de su estupor y al pronto saca su arma, amagándolo con ella— ¡Qué demontres es esto!

—Tranquila, Allegra. No alucinas, no sueñas ni eres víctima de una broma de mal gusto. Soy yo.

—¡Quién...!

—¡Yo! Tu esposo. Duncan Christie. Teniente coronel adscrito a la base militar 69, en Open City.

—No es cierto. Duncan Christie, mi esposo murió hace quince años.

—No fue así.

—No te acerques —conmina, sujetando con mayor firmeza el arma.

—Fue necesario, amor. Mi equipo y yo descubrimos una conspiración en contra de la raza humana...

—¿Conspiración? ¿De qué hablas? ¿Quién eres y qué quieres en realidad?

—¡Soy Duncan!

—¡Duncan está muerto! ¡Mi padre lo identificó!

—¡Tu padre hizo lo que yo le pedí!

—¡Qué! ¡No! ¡No pudo engañarme durante todos estos años!

—Por la seguridad de ustedes sí, Allegra.

—¡No des un paso más! ¡Las manos en alto!

—¡Por Dios, amor...!

—¡No me llames así! ¡Al suelo!

—Allegra...

—¡Al suelo ahora!

Él se tumba en el piso y lleva sus manos a la espalda para que ella lo espose. Luego, la ve ir a su armario y sacar un maletín.

—¿Qué vas a hacer? —inquire— ¿Una prueba de ADN? Si la metes al sistema nos matarás a los dos. Creo que hay infiltrados en la Federación.

—Tú no eres Duncan. Te ves y hablas como él, pero no eres él.

## Capítulo 18

Toma una muestra de sangre.

—En mi departamento de la librería —le dice—, cuando hicimos el amor y hablamos del tragaluz sobre la cama. Dije algo que movió tus recuerdos. No las palabras en sí, sino la manera en que las dije. El tono usado. ¿Las recuerdas? Tú dijiste...

—Pensaste en todo.

—Detalle a detalle, te respondí, no como debió haberlo hecho Arthie, sino como te lo decía yo: Duncan.

—No es suficiente —gruesas lágrimas escapan de sus ojos.

—Bien —cierra los suyos, evocando algún momento íntimo—. Los últimos meses de tu embarazo. Cuando íbamos a la cama y buscábamos nombres para la niña, siempre terminábamos discutiendo, porque tú querías uno y yo otro. La noche anterior a mi partida te dije que tenía uno definitivo y no cambiaría de opinión, aun te transformaras en una tormenta cósmica. Tú insistías en llamarla Tierra y yo te propuse...

—Aria —dicen ambos a una voz.

Hace a un lado todo su equipo para pruebas y se arrodilla ante él para tomar su rostro, tocarlo, examinarlo concienzudamente.

—¿Duncan? —dice entre lágrimas.

—Perdóname por no decírtelo antes...

Aún habla cuando ella lo besa largamente.

—Mi vida jamás volvió a ser la misma sin ti.

—Tampoco la mía.

—Si pude salir adelante fue sólo por Aria.

—Lo sé. Lo he visto desde lejos.

—Duncan —lo abraza con fuerza—. Te amo. Te amo tanto...

—Y yo a ti, amor —ríe feliz—, pero tenemos que encontrar a Aria.

—Sí —le quita las esposas—. Lanzaré una alerta ámber...

—No, Allegra —la detiene—. La pondrás en peligro si lo haces.

—Pero...

—Esto es lo que vamos a hacer. Yo iré a Staten Dark por mi lado, como Conan Arthie y tú lo harás como la comandante Christie, que solicita la colaboración de las autoridades del otro lado del estrecho, en busca del esclarecimiento de un crimen.

—Claro. De esa manera puedo llevar a la gente que sea necesaria...

—Pero no exageres que los Supra sabrán que algo no está bien.

—¿Supra? ¿Te refieres a esa raza extraordinaria capaz de cambiar su apariencia en un pestañeo y se supone se extinguieron hace cien años?

—Nunca han estado extintos, amor.

Mientras habla, gesticula y ejercita la mandíbula de cierta manera, lo mismo que sus articulaciones y su apariencia vuelve a ser la del sencillo vendedor de libros: Conan Arthie.

—¿Cómo haces eso?

—Nanotecnología —salen de la casa y se encuentran con Butterfly y Wagner.

—Señora, Christie...

—¿Han visto a Aria?

—Fue a casa —consiente Wagner— y nos pidió ayuda.

—¿De qué manera?

—Algo de dinero, comida...

—Y que de ninguna manera le dijéramos a usted que iba a Staten Dark, a buscar a su padre.

La pareja intercambia miradas.

—Pero Staten Dark es peligroso —siguen los chiquillos— y más para alguien que no lo conoce.

—¿Dónde iba a cruzar? ¿Cómo?

—Tiene el mini cooper de su abuelo.

—Entonces sí tiene aplicaciones de vuelo. Vuelvan a sus casas, chicos y no digan a nadie más sobre Aria y sus intenciones. ¿De acuerdo?

—Está bien.



## Capítulo 19

Suben al auto de Arthie y se van a toda velocidad.

—¿Por qué el tipo de la librería estaba con la madre de Aria?

—Y casi a las dos de la mañana —consiente Butterfly.

Se miran y el chiquillo hace de sus dedos un anillo y la chiquilla lo deshace a manotazos.

Aria no ha tenido problemas para cruzar al otro lado del estrecho. Vuelto el mini cooper un cubo cualquiera, lo guarda en su mochila. Mira su desolado alrededor. La escasa iluminación sobre la cinta asfáltica ante ella. Vuelve los ojos atrás; hacia el puente inconcluso y en la lejanía, las luces de Open City. Ruidos de ramas la obligan a volverse con sobresalto a un costado. Luego, escucha los maullidos de los gatos que al parecer pelean por alguna presa. Lleva una mano a su pecho. El corazón le late tan de prisa que piensa saldrá de su torso y continuará corriendo por aquella desolada calle. Camina por en medio de ella, sin dejar de mirar a su alrededor. Hasta su oído llegan cantos de insectos, aves nocturnas, croar de ranas; muy lejos, el ladrido de un perro y de pronto, un escalofriante gruñido. A sus espaldas. No va a mirar. Lo ha decidido y corre todo lo rápido que le es posible. Sobre la cinta asfáltica queda un pequeño felino de expresivos ojos dorados que mira cómo desaparece en medio de la noche. Él, lame su pata para limpiarla de un poco de miel que ha estado comiendo.

Aria no se detiene hasta perder el aliento. Jadea agotada, apoyadas las manos en sus rodillas. En una charca, ve el reflejo de las luces de colores. Levanta la cabeza. Ante ella un letrero: "BIENVENIDOS A STATEN DARK. POBLACIÓN: EN AUMENTO". Luego, las primeras viviendas, vehículos, ruido, personas yendo y viniendo; hurgando en contenedores de basura; otras encendiéndola para calentarse. Gritos de jóvenes, amenazas de viejos, respuestas con groserías que ella jamás ha escuchado. Sigue diferentes aromas. Reconoce el de algunos alimentos e infusiones, pero otros, demasiado desagradables le producen náuseas. Allí, la basura se apila por doquier: en las esquinas, en las puertas de los locales, en los callejones y diversos pares de ojos rojos le invitan alejarse en el acto. Llega a una placita y se sienta en una banca para reflexionar en sus siguientes pasos. De su mochila saca un emparedado y una botella de agua. Al fondo de la calle otro luminoso letrero le indica dónde se encuentra la Estación de policía. Patrullas con neumáticos de caucho circulan entrando y saliendo. Recuerda a su abuelo pidiéndole buscar a su padre. ¿Por qué había tanto apremio en sus palabras? Y el extraño de la túnica negra, ¿quién podría ser? ¿Buscaría también a su padre? ¿Su abuelo le diría también que no estaba muerto? ¿Por qué fingir que sí?

¿Qué tenía que ver en todo eso la señora Lucca o el director de la biblioteca central?

—¡Hola, bomboncito! —oye de pronto muy cerca.

Le llega un extraño hedor y mira al trío de muchachos que la rodean.

—¿Por qué tan solita en el parque? —inquieren, quitándole la botella de agua y el emparedado.

—¡Puaj! —lo escupe el muchacho de extraño corte de cabello, pintado en rosa, azul y amarillo, además de incontables tatuajes— ¿Qué rayos es esto? ¿Sándwich de hierba?

—Es de germen de trigo, verduras y un poco de mayonesa libre de grasas.

—¿Y se come?

—Eres muy linda —asegura el tercero.

## Capítulo 20

Alarga su mano para tocarla, pero Aria lo sorprende sujetándolo con fuerza, le tuerce la mano y da un certero puntapié en sus partes nobles, dejándolo tirado y sin aliento. Corre para escapar de los otros, que después de salir de su sorpresa la siguen y llaman con silbidos a todos los de su banda. Varios muchachos le cortan el camino, obligándola a ir por otra ruta. La chiquilla salta con agilidad una banca y algunos montones de basura; bajo ellos duermen personas que se molestan porque no los dejan dormir. Cinco chicos se acercan a ella por la derecha y se desvía a la izquierda. Un trío más la frenan por ese lado. No puede volver sobre sus huellas. El resto de aquella banda de veinte se aproximan irremediablemente. Ve un local abierto a unos cuantos metros y no duda en entrar a él. Todos los muchachos se detienen y retroceden con aire contrariado. Aria no quiere arriesgarse. Se adentra cada vez más, hasta dar de lleno con un muro humano. Ante ella, la hebilla del cinturón más grande que jamás haya visto. Levanta la cabeza, pero no se encuentra con otra, sino con un tórax ancho. Levanta más la cabeza y entonces ve los hombros rectos y un poco más arriba una cabeza y un rostro impávido. Las enormes manos de aquel hombre de más de dos metros de alto la sujetan, levantándola hasta tenerla de frente. Pero Aria duda que el sujeto pueda ver algo con aquellos ojos lechosos.

—¿Qué quieres? —la sacude— ¿Robar?

—No, señor —asegura pedaleando el aire.

—¿Qué buscas.

—Sólo entré para escapar de esos muchachos. Como veinte que huelen horrible.

—¿Cómo te llamas?

—Aria, señor.

—¿Qué edad tienes, Aria?

—Quince.

—Tu voz es dulce y educada. No eres de Staten Dark, ¿verdad?

—Bueno...

—No me mientas.

—No, señor. No soy de aquí.

—¿Open City?

—Sí, pero no se lo diga a nadie, por favor.

—¿Por qué?

—Porque podría ponerme en peligro.

—No entiendo.

—Y creo que yo no puedo explicarlo. Simplemente lo sé.

—¡Hum! —consiente y la baja lentamente.

La toma de un brazo, conduciéndola hacia la parte trasera del lugar.

—No puedes volver por donde llegaste —dice—. Esos buenos para nada te esperan por ahí. Ve hacia el N. No puedo decirte que allí están mejor que aquí las calles, pero es zona de ricos y la policía vigila un poco más. Pero tampoco puedes fiarte mucho de ellos. La mayoría están corrompidos. ¿Sabes lo que significa?

—Sí, señor.

—Bien. Si por alguna razón vuelves por aquí y necesitas refugio, la losa del escalón puede desprenderse y dentro hay una llave. Es la de mi departamento —señala arriba—. Yo no lo ocupo por el momento. Está limpio y siempre con la nevera llena de comida.

—No lo olvidaré. Muchas gracias, señor...

—Todos me dicen, pequeño César. Puedes llamarme igual, Aria.

—Gracias, señor César.

—Cuídate, pequeña.

## Capítulo 21

Sigue el callejón hasta salir a otra calle poco transitada. Del cielo comienza a bajar una niebla rosada que pronto lo cubre todo. Ella se pone su chaqueta y cubre su boca y nariz con una malla especial para noches de niebla. Encuentra algunos hoteles a su paso, pero ninguno de ellos tiene vacantes. Ve cómo algunas personas hurgan en los contenedores de basura, extraen de ellos papel, cartón e improvisan un lecho en las aceras para dormir. Tal vez ella pudiera hacer lo mismo por lo que resta de la noche. Arregla su mochila a la espalda, sus ropas y tragándose su vergüenza, va al contenedor más cercano, removiendo en la basura.

—¡Ah, qué asco! —espetta— ¿Por qué esa gente lo hace tan sencillo?

La densa niebla borra por completo el otro lado del estrecho. Conan asegura el cable que tendiera desde la zona más alta del puente y revisa su arnés.

—¿Cómo vamos a comunicarnos? —Allegra quiere saber.

—No podemos. Aquel es territorio Supra y monitorean todas las comunicaciones. Yo te encontraré —la besa—. Concéntrate en lo tuyo.

—De acuerdo.

—Te amo.

—Y yo a ti.

Engancha su arnés y se desliza por el cable. Allegra lo pierde de vista desde el primer metro. Consulta la hora: tres de la mañana. Aria tiene casi dos horas en Staten Dark. ¿Dónde y cómo?

Por más que lo intenta, Aria no logra dormir. El suelo es duro, frío, húmedo y además apesta. Se sienta en el cartón, con su espalda contra el muro y el papel le sirve de cobertor. Cierra los ojos buscando dormir, pero algo entre sus cabellos comienza a cosquillear. Abanica un poco, sin abrir los ojos. La molestia persiste. Aria pasa la mano por su cabeza y siente algo en ella. Se lo quita y al mirar se encuentra con cientos de ojillos destellantes de una araña; luego, nota que hay más bajando por el muro, tendiendo hilos dorados por doquier.

—¡Ah! —grita lanzando arácnidos lejos de ella.

Manotea sacudiéndose todas las que caminan por su cuerpo.

—¡Largo, largo! —grita, pateando animales aquí y allá.

—Las ojonas no hacen nada, bomboncito —de pronto se encuentra de nuevo con el chico de la plaza.

Intenta huir, pero tropieza con otro muchacho y varios más la rodean sin dejarle espacio para escapar. La chiquilla toma posición de defensa, sin embargo, es sometida al ser atacada al mismo tiempo por cuatro de los jóvenes.

—¡Suéltense! —forcejea— ¡Auxilio! ¡Auxilio!

Ante sus voces los chicos ríen divertidos.

—No cansas tu garganta —se burlan, arrancándole la mochila para revisarla—. Te quedarás afónica.

—¡Devuélvemela...!

—Quieta... —no la sueltan.

—¿Qué es esto? —saca los cubos cromados que son su bicicleta y el coche de su abuelo.

Revuelve el interior. Encuentra algunas golosinas que reparte entre los suyos, pero todos las escupen casi de inmediato.

—Sólo traes porquerías.

—Devuélvemela...

—Pero tal vez me den algo por esto con Monkey —vuelve los cubos a la bolsa y se la cuelga a la espalda.

## Capítulo 22

La sonrisa en su rostro se congela. Se acerca a Aria y la despoja de la malla en boca y nariz. Aparta el pelo que cae en su rostro. Se acerca a ella y aspira profundamente.

—Hueles muy bien —dice.

—¡A limpio! —ríen los otros.

—Vamos a ensuciarte un poco, ¿de acuerdo?

—¡No...! —forcejea.

La arrastran al montón de basura cercano.

—¡No...! —grita más fuerte.

Entonces de la basura apilada, emerge de un salto una figura oscura que se les pierde entre la niebla.

—¿Qué fue eso?

—Era demasiado grande para una rata.

Sin excepción, todos sacan de sus ropas navajas de enormes hojas. Aria nota que ninguna de ellas se parece a la del asesino de su abuelo, pero sí que son del mismo tipo. Todos miran en derredor. Arriba, a los costados.

—¡Ah...! —uno de los jóvenes grita y cae al suelo con la frente sangrante.

—¡Da la cara, cobarde! —espetea el líder.

Más de los suyos son halados hacia la niebla y escuchan pelear: golpes, lamentos. Luego, silencio. Un extraño zumbido llama su atención a sus espaldas.

—¿Qué es eso?

—No sé...

El que responde recibe un fuerte impacto y cae inconsciente.

—¡Mars! —otro va hasta él.

—¿Está muerto?

—No. Sólo desmayado.

—¡Quién eres!

—¡Muéstrate y pelea frente a frente!

Algo se enreda con fuerza en la pierna del líder y lo derriba. Sus gritos sorprenden a los suyos.

—Grita como mujer —dicen.

Aria retrocede hasta el muro. No distingue lo que pasa. Identifica los golpes: puñetazos al rostro, el vientre dejando sin aliento a los contrincantes; la torcedura de un brazo y una pierna rota.

—¡Ah...! —aquel alarido la angustia.

Los lamentos se multiplican a su alrededor. De pronto, una mano fuerte toma la suya y la arrastra entre el banco de niebla.

—¡Qué pasa! —espeta.

—¡Tú no dejes de correr! —ordena una voz— ¡Sube, sube!

—¿Qué es esto? —desconoce la extraña consistencia de aquel bulto que monta.

—¡Sujétate bien! —le engancha las manos alrededor de su cintura.

—¿Por qué...?

—¡Vamos, Sera! —grita y avanzan en confusas sacudidas.

—¡Qué pasa!

—¡No hables! ¡Aspira profundo!

—¡Para...!

Aún habla cuando de pronto caen en agua y se sumergen.

—¡Ah...! —grita Aria al salir a la superficie.



Siente el viento rozar su cara, luego que caen de nuevo y se sumergen con cierta sincronía, pero que ella no comprende.

—¡Ah...! —no deja de gritar.

—¡Respira, no grites!

—¡Dónde...!

Los movimientos de su montura le indican que se trata de alguna bestia acuática. No entiende cuál. La acción se repite constantemente, hasta que al fin salen a la orilla y ella cae agotada sobre hierba fresca, vomitando agua. La niebla se ha disipado, gracias a los primeros rayos del sol. Antes de perder el sentido, Aria ve a un elefante marino balanceándose feliz, mientras que un joven extraño lo premia con sus caricias. Después se acerca a ella, quitándose la ropa. Se desmaya.

## Capítulo 23

En una embarcación oficial, Allegra llega al muelle de Staten Dark. En él la recibe el comisionado de la zona: Zeus Molina. Un tipo de aspecto bonachón, pero carácter de troglodita. Su figura menuda se pierde entre sus hombres que lo rodean.

—Bienvenida a Staten Dark, comandante Christie —ella sólo escucha su voz.

—¿Comisionado?

—Hazte a un lado, idiota —golpea al detective que lo tapa.

—¡Ah, comisionado! —se acerca con la mano extendida, pero el hombre no la acepta— Eh... le agradezco la oportunidad de estar en su zona e investigar juntos éste horrible crimen.

—Horrible para usted —comienza a caminar de vuelta a la ciudad—. La verdad es que aquí Simpson era una pesadilla.

—¿Alguna idea de quién lo asesinó?

—Las opciones son ilimitadas, comandante: deudas, drogas, tráfico de influencias, armas...

—¿Armas?

—Quizás un marido celoso, un novio celoso; la amante despechada... píense cualquier actividad para delinquir y Simpson la había probado.

—Resulta sorprendente que un hombre como él, consultor muy solicitado hace más de quince años, entre ellos mi padre, haya caído tan bajo.

—Algunos divorcios suelen causar ese efecto, comandante. También soy prueba de ello.

—¡Oh... cuánto lo siento!

—¿Conoce a mi mujer?

—No...

—¿Me conoce a mí?

—No en realidad...

—¿Por qué dice entonces que lo siente?

—Eh...

—Olvidelo —le cede el paso para que aborde su coche oficial—. Mientras está aquí, le daré mi oficina para que trabajen en ella usted y su gente. Pero de ninguna manera le daré mi cama y mi comida. Esa, usted y los suyos tendrán que proveérsela solos.

—No hay problema.

—¿Conoce Staten Dark, comandante?

—No, señor.

—Aquí no puede usar esa frase. En Staten Dark... todo es problema.

Hay un choque a su paso. Los conductores pelean, mientras uniformados buscan separarlos. Jóvenes desarrapados aprovechan la distracción para robar cuanto pueden de los coches. Un corto circuito enciende el combustible y una explosión lanza a todos lejos y revienta los cristales de los locales cercanos. El parabrisas del coche del comisionado se desquebraja, sorprendiendo a Allegra. El chófer no se inmuta. Teclea un tablero junto a su pierna y el vidrio se restaura.

—Aplicaciones viejas —gruñe Molina—, pero útiles todavía.

A lo lejos, se escucha una sirena de bomberos.

## Capítulo 24

De vuelta en Staten Dark, Conan debe olvidarse de sus ropas limpias y siempre combinadas. Calza botas viejas, manchadas de grasa y polvo. El pelo enmarañado también luce sucio; así como la chaqueta deslucida de una campaña electoral de muchos años atrás. Al cinto, en su espalda, lleva una pistola fajada y dos cargadores extra. En las botas oculta más armas. Nada que proceda de manos de Allegra o la corporación.

No advierte cambios significativos en la ciudad. Sólo más menores vagos. Las escuelas vacías al 90%; las prisiones sobrepobladas. Las autoridades, fingiendo hacer su trabajo; aceptando sobornos de los grandes mafiosos, entre ellos Edar Nobel. Pocos, como él, saben que Nobel es el líder Supra, además de comandar "La hermandad de la muerte", principal organización criminal de Staten Dark. Estos son fáciles de identificar. Todos ostentan al reverso de la muñeca el tatuaje del busto de la muerte, con una túnica negra.

Desde su llegada, Conan ha recorrido la ciudad sin suerte alguna, hasta que su bota golpea una botella con agua y va a dar a la calle, donde un coche la aplasta. Al acercarse a ella, el hombre ve como el artículo con agua para beber se degrada y desaparece en el asfalto.

—Aria —mira a todos lados.

Se mueve con rapidez y al pasar ante un local, se frena de pronto, atrayéndole algo en el aparador. Ve los cubos cromados en exhibición. Entra y pregunta por ellos.

—No sé qué son ni me interesa, pero dame mil por cada uno y son tuyos.

—¿Cómo vendes algo que ni siquiera conoces? —paga sin discutir.

—Un banda Kuarz los cambió por droga.

—Descríbelo.

—Diez y ocho, alto, fortachón, policromado de la piel y el cabello. Orejas, labios y nariz perforados.

—¿Venía solo?

—Sí. Dudo que tenga una mamá o un papá.

Toma los cubos y sale del lugar. Debe encontrar al chico, pero en

Staten Dark, todos los Kuarz se parecen.

## Capítulo 25

La oficina de Molina es la cuarta parte de la de Allegra en Open City, Su equipo afana para acomodarse en tan reducido espacio. Tres oficiales locales entran, llevando cajas de plástico con expedientes que dejan ante la comandante Christie. Tras ellos, el comisionado, con sus manos enredadas a la espalda.

—Allí tiene todo lo que hay sobre Simpson. Hasta una multa por escupir en la banqueta. Ya no está penalizado, como muchas otras cosas, pero no hay tiempo para actualizar los archivos. Si necesita algo más... sólo dígalo.

—Sí. Muchas... gracias.

—Revisar todo esto nos llevará días, jefa —comenta Columbo.

—Está bien —consiente—. Divídanse el trabajo y aparten lo relevante. Si surge una pista segura, la seguiré yo.

—Bien. A trabajar, muchachos.

Mientras su gente se activa, Allegra va hasta la ventana para mirar la ciudad. Lo que alcanza a ver le parece enorme. En algún punto, entre esos cientos de kilómetros, debe estar su hija. ¿Dónde? ¿Con quién? ¿Está a salvo? ¿No? Aprieta puños y cierra los ojos para apartar esos pensamientos. Ella tiene que estar bien. Aria está bien.

Una espiga roza la nariz de Aria. La chiquilla la aparta de un manotazo, pero no abre los ojos. De nuevo, la espiga la roza y busca entrar a una de sus fosas nasales.

—¡Ah...! —la aparta molesta y al abrir los ojos, ve a su lado a un jovencito de cabello recogido sobre la cabeza, de manera que al caer parece una fuente derramándose.

Se aparta de él asustada y al notar que está desnuda, grita y hala la piel en la que estaba recostada. El muchacho, de tal vez diez y seis o diez y siete años, la mira confuso.

—¡Qué me hiciste! —solloza.

—Nada —responde levantándose.

Es más alto que Wagner, pero menos que Arthie. De constitución atlética, manos grandes, fuertes. En su piel hay tatuajes de olas, ojos de pavo real y una roca con forma de rostro; o quizás, un rostro con forma de roca.

—¿Por qué estoy desnuda entonces?

—Estabas empapada. No podía dejarte con ella. Te habrías resfriado.

Se acerca a ella y Aria lo esquiva, rodando envuelta en el cobertor por un piso de madera.

—¡Para! —conmina él y de pronto la chiquilla siente como la sujeta de un brazo y queda colgando al borde de una cornisa.

—¡Ah! —grita al ver la cañada abierta bajo ella.

Suelta el cobertor para asirse del brazo del jovencito. Él la sube de nuevo al piso.

—¡No me veas! —grita buscando en aquel lugar dónde cubrirse.

—¿Por qué? —él la sigue.

—¿Quieres lastimarme?

—No.

—¿Por qué me acosas?

—No lo hago. ¿Qué tienes? ¿Estás loca?

—Tú debes estarlo. Quiero mi ropa.

## Capítulo 26

Él consiente y sale con agilidad por una ventana. Aria mira el lugar. Es amplio, circular, asentado al borde de un precipicio y sobre la copa de un árbol. El tronco del mismo atraviesa aquella estancia y hay una escalera en espiral que sube a otra habitación. El muchacho regresa, entrando por otra ventana. Le entrega a Aria su ropa, incluso la interior que la chiquilla le arrebató con el rostro encendido. El muchacho se turba más ante su reacción.

—Voltéate —pide—. No me mires.

El consiente.

—¿Cómo te llamas? —inquire cruzando sus brazos.

—Aria —responde.

—Yo soy Karut.

—Tu nombre es raro.

—El tuyo también. Jamás conocí a alguien que se llamara Aria.

—Tu nombre ha de ser muy común, ¿no?

—Así llamaban a los guerreros antiguos. Significa fuerza de Arut.

—¿Arut es tu dios?

—Arut es la muerte.

—¿Y tú eres su fuerza? ¿Es lo que quieres decir? ¿Eres un asesino?

—No —frunce el ceño.

—¿Dónde estamos? —va hacia lo que parece una terraza.

—En mi casa.

—Pero, ¿dónde...?

Se queda muda al ver la inigualable belleza de aquella jungla ante sus ojos. No hay zona en la que no resplandezca lo verde. Muy cerca advierte por lo menos una media docena de saltos de agua y muy potentes. El cielo muy azul, con algunos jirones de nubes grises. Invasión de aves. Algunas de ellas desconocidas, que jamás ha visto ni por parques o



campos de Open City.

—¿Y la ciudad? —mira a todos lados.

—Lejos —señala un punto perdido—. Muy lejos.

—¿Cómo llegamos aquí?

—Montados en Sera, un elefante marino. ¿No tienes hambre? Yo sí.

Vuelve adentro. La chiquilla no. Recuerda la noche anterior. La pelea. La huida y luego zambulléndose quién sabe cuántas veces.

—Quiero que me devuelvas a la ciudad —entra también.

—¿Para qué? ¿Quieres que esos Kuarz te violen?

—¡No!

—Yo te cuidaré. Aquí estás bien.

—Pero no puedo quedarme. Debo encontrar a mi padre.

—¿Se te perdió? ¿Cómo una moneda que cae de tus manos?

—No. Hasta hace unos días lo creía muerto.

—¿Por qué?

—No sé. Siempre me dijeron que había muerto en acción.

—Muerto en acción. Entonces él era militar.

—Sí. El abuelo me dijo que estaba en Staten Dark y debo encontrarlo.

—La ciudad negra es peligrosa.

—No me importa. Debo encontrar a mi padre.

## Capítulo 27

Va de un lado a otro de la pieza.

—¿Por dónde se sale de ésta cosa?

—Tú sola no puedes regresar.

—Soy la mejor en mi clase de supervivencia.

—¿Conoces la jungla?

—No.

—¿Sabes hacia dónde dirigirte?

—Tengo una brújula —busca su mochila y recuerda que el Kuarz se la quitó—. Sólo dime hacia dónde ir.

—Y al siguiente día ya no sabrás por dónde seguir. Aquí estás segura.

—¡Pero no puedo quedarme! ¿No entiendes? Había una profunda inquietud en mi abuelo cuando me pidió que buscara a papá. Es importante que lo encuentre.

—Aquí estás segura.

—¡Ay! Eres más tonto que el tonto de Wagner. Llévame a Staten Dark. Por favor. Te pagaré si lo quieres.

—No tenías dinero contigo cuando te desnudé.

—¡Te pagaré después entonces! Tengo mi propia cuenta bancaria en Open City.

—¿Open City? ¿No eres de Staten Dark?

—¿Luzco como alguien de Staten Dark?

—¿Y qué hacías en ese callejón sucio con todos esos Kuarz?

—¡Ah...! —suspira resignada, sentándose en el suelo.

## Capítulo 28

En aquel terreno baldío lleno de basura, escombros y hierba, casi un centenar de jóvenes se reúnen en sus vehículos, retándose en peligrosas carreras; bebiendo licor, drogas. Algunos arman peleas callejeras por unos cuantos billetes. Los captan a través de lentes de cámaras digitales que transmiten en vivo por una red privada y exclusiva de Staten Dark.

Conan se mezcla entre los jóvenes, en busca del que le describiera el vendedor. Cree distinguirlo entre varios que encienden fogatas con basura, aceites y neumáticos. Escuchan música a todo volumen, gritan, se embriagan. El que el vendedor llamara policromado juega de sus tirantes la mochila de Aria. Tiene toda la intención de lanzarla al fuego, pero no llega cerca de las llamas al ser interceptada por la agilidad de Conan.

—¡Oye! Arruinas la diversión. —espeta el chico.

—¿Dónde está la dueña de ésta mochila? —indaga el hombre.

—¿Y quién quiere saberlo?

—Tengo horas sin dormir, muchacho. No colmes mi paciencia, ¿quieres?

—¡Huy...! —se burlan— Tengo algo que puede mantenerte despierto por horas.

—Y yo una Z4 que puede mandarte al limbo con una sola descarga y dejarte allí por siempre —saca su revólver, amagándolo con él.

—¡Hey, hey...! —adelanta sus palmas a manera de escudo, mientras todos los suyos salen corriendo asustados.

—Te preguntaré de nuevo, ¿dónde está la chiquilla que traía ésta mochila?

—Y... ¿yo qué sé? La encontré tirada en la basura.

—No te creo. ¿Quieres probar mi revólver?

—Luce apetitoso, pero ahora no. Gracias.

—¿Dónde está la chiquilla?

—Por allí en la ciudad...

Conan dispara en medio de sus pies y la detonación hace un boquete que queda humeando. El joven grita espantado, cayendo en el agujero.

La detonación atrae a los que filman las peleas. Uno guía su lente a Arthie, enfocándolo y transmitiendo en vivo. Sólo la imagen que sube hasta el satélite de Staten Dark y desciende a los monitores de todos aquellos que están conectados. Un espectador solitario se siente atraído por la figura del hombre que amenaza al Kuarz tirado. En el reverso de su mano, el busto de la muerte con una túnica negra. Toma el auricular a su alcance.

—Sube ahora —ordena.

## Capítulo 29

\*\*\*

—¿Por qué tienes ésta mochila?

—¡La encontré!

—La robaste. Se la quitaste a la niña que la llevaba. ¿Dónde está? ¿Qué le hiciste?

—¡Nada!

—No me mientas —lo levanta y le da un puñetazo al rostro.

El joven cae, escupiendo sangre. Entonces ve su oportunidad de contraataque. Embiste a Conan y lo obliga a soltar la mochila. Le da un par de golpes al rostro también, pero son nada comparado a sus puños. Se lían a golpes de nuevo. El Kuarz dirige su puño a él y de pronto éste vuela en pedazos por un disparo.

—¡Ah...! —grita con horror el joven. Sangra profusamente.

Varios vehículos entran al terreno, disparando sin ton ni son. Los que allí se encuentran se desperdigán sumamente asustados. Conan responde al ataque con discreción, ocultándose entre los escombros. Estos vuelan aquí y allá ante diversas detonaciones. El hombre salta, evitando ser blanco directo de ellos. Más de una docena de sujetos, de negro completo dejan los vehículos para ir tras él. El joven Kuarz se revuelca en el suelo, desquebrajándose en alaridos. Nadie lo mira. Conan es su blanco. Él ubica a los que se acercan y dispara con certeza, derribando a dos, tres contrincantes. El resto descarga sus armas sobre el cúmulo del que salieron los fogonazos. Arthie se interna en el monte y nota cómo de pronto una luz roja se eleva, abre sus alas y después baña el área de una potente luz blanca.

—¡Allá! —lo señalan y van tras él.

Conan corre con agilidad. El dispositivo espía no deja de enfocarlo. Las descargas pasan más cerca de él. Sabe que debe derribar al dron o lo matarán. Se protege tras el tronco de un árbol y centra en su mira al espía volador. Con un solo tiro lo hace estallar. La potente luz desaparece, dejando momentáneamente ciegos a sus perseguidores. Arthie lo aprovecha para rodearlos, dejarlos avanzar y volver a la ciudad. Corre hasta perder por completo el aliento. Entonces se duele también de un

costado. Siente la humedad en su ropa, que se extiende rápidamente.

—¡Maldición! —espetea contrariado.

Mira alrededor para orientarse y se interna en la ciudad.

## Capítulo 30

Casi una hora después, el área del baldío está acordonada y llena de policías, yendo de aquí para allá como animales enjaulados.

—No parece que conozcan los protocolos de una escena del crimen  
—Columbo levanta las cintas para que Allegra entre al área.

—No les interesa —afirma la comandante.

Unos ambulantes llevan en la camilla un cadáver. A su paso los detiene un hombre de la policía local y levanta un scan del rostro del muchacho muerto. Cerca de una fogata que se extingue, Allegra reconoce la mochila de su hija. Siente un vuelco en todo su ser, pero controla su deseo de correr a ella, levantarla, apretarla contra su pecho y llamar a gritos a su hija.

—¿Quién era? —inquire con el perito forense.

—Su nombre era Runa Vigo —le muestra su ficha dentro del sistema penal—. Delinquiría desde los ocho. Huérfano de padre y madre, pero vivía con un tío que lo trataba peor que a un animal. Prefería las calles. Entraba y salía del centro de corrección por delitos menores: robo, drogadicción, peleas...

—¿Causa de su muerte?

—Se desangró. Le arrancaron la mano de un tiro. Casi no quedó nada de ella, así que ha de haber sido una Milenium Winchester. Ésas son letales.

—Era un niño todavía. ¿Por qué no llegó ningún servicio de rescate? Atendido a tiempo habría sobrevivido.

—Sí, pero aquí a nadie le importan los Kuarz. Mientras menos hayan... mejor. Llévanselo.

Allegra deja escapar un suspiro lastimero.

## Capítulo 31

\*\*\*

—¡Ah, ya voy! —espeta el hombre dejando la cama al oír que golpean su puerta— ¡Quién demontres llama de esa manera...!

Al abrir, Conan se derrumba casi en sus brazos.

—¿Arthie? —dice el sujeto, arrastrándolo adentro— ¿Eres tú?

—Ayúdame, Rocha —jadea con el rostro perlado en sudor—. Siento que me quemo.

Lo ayuda a sentarse en una silla y el hombre actúa de inmediato. Le arranca la camisa y ve la herida en el costado. Tiene un leve resplandor rojizo en ella y no deja de sangrar.

—Te alcanzó una Sigma de magma. Si no fuera porque eres tú, no habrías tenido tiempo de llegar aquí. No tengo nada para darte y apagar el dolor.

—Está bien. Haz... lo que tengas qué hacer.

—Muerde esto —le entrega una toalla a su alcance.

Conan así lo hace y el hombre usa entonces un bisturí y corta un poco más de la herida sangrante. Luego, hunde en ella unas pinzas. Conan grita de manera desgarradora mientras el sujeto alcanza el proyectil citado y busca removerlo. Arthie se afianza como con garras a la silla, buscando vencer aquel espantoso dolor; pero no lo soporta. Pierde el sentido.

Con la tecnología de su lado, el hombre con la muerte tatuada en la muñeca, limpia la imagen digital de aquella señal y obtiene una clara fotografía de Conan Arthie. Luego, la escanea y la introduce en el sistema identificando al sujeto.

—Arthie Conan. Dueño de la librería Doyle. Open City. Cuarenta y cinco años, originario de Staten Dark. Por supuesto.

Sonríe mientras teclea unos momentos y entonces tiene en pantalla una fotografía del teniente coronel, Duncan Christie, muerto en acción quince años atrás. Juega un poco con sus controles, separa las imágenes,



las coloca en un nuevo plano y luego las superpone: Coincidencia, 98%.

—Puedes cambiar tus facciones, pero no tu estructura ósea, estúpido.  
Eso... sólo los Supra.

## Capítulo 32

Al recuperar el sentido, Arthie se encuentra solo en aquella habitación. De inmediato deja el lecho, doliéndose menos de la herida. La revisa. El proceso de cicatrización está en marcha. Se asoma discretamente por una ventana. Hay un nuevo día allá afuera. Se viste y baja al primer piso. Rocha llega de la calle. Se sobresalta al ver a Conan de repente. Eso alerta al hombre.

—¿Dónde estabas? —inquire, oprimiendo botones ocultos por diversos puntos de la pieza para tener armas.

—Recolectando tu rastro de sangre y desviándolo lejos de aquí —le muestra el bastón especial para ello— ¿Cómo te sientes?

—Mejor. Gracias.

—Creí que no volvería a verte.

—Yo también.

—¿Qué pasó?

—Mataron al profesor Ludwig. Él, en su agonía le dijo a mi hija que estoy vivo.

—¿Qué?

—Por el modus operandi de los asesinos, creo que fueron enviados de Raka Arut.

—Imposible.

—No encuentro otra explicación, Arnoldo. Ludwig juró jamás revelar a mi familia que sigo vivo. A menos que sucediera algo extraordinario.

—Y qué fue.

—Matt Simpson. Lo encontraron muerto en una playa de Open City, con tres estocadas en el pecho.

—La firma de Raka Arut...

—Mi hija está aquí. Perdida y preguntando por mí...

—Pero Raka Arut está muerto.

—Lo mismo decían de mí.

—Yo vi como su nave estallaba.

—Pero no quedaron restos suficientes para identificarlo. Además, pudo haber sido cualquiera de los suyos tomando su lugar.

—No volvimos a saber de él.

—Tampoco de mí —palmea su hombro, despidiéndose.

—Oye, Arthie —lo detiene y él lo mira—. No vuelvas, ¿sí?

—Lo intentaré. Cuídate.

Consiente con nerviosismo. Apenas se cierra su puerta, corre a ella y coloca todos los seguros.

## Capítulo 33

Con ropas más limpias y mejores, además de anteojos oscuros y un sombrero, Conan vuelve a mezclarse con la ciudad. En los diarios locales se habla del tiroteo de la noche anterior y se filtran algunas escenas del mismo. Su calidad es pésima, pero sabe que es a propósito. Acomoda al hombro su mochila y continúa su búsqueda.

En su oficina atestada, Allegra examina las escenas del tiroteo, con el detective Columbo respirando en su hombro derecho y el comisionado Molina en el izquierdo.

—¡Ah! —exclama con cierta frustración.

—Nuestro sistema satelital es pésimo —dice el comisionado—. Lo sé. Tiene en órbita casi doscientos años.

—¿Doscientos? —todos dejan de hacer su trabajo para mirar al hombrecito.

—Puede verificarlo cuando quiera. Somos una caca de mosca en los lujosos anteojos de nuestro gobernador. No recibimos del presupuesto anual ni la cuarta parte de lo que en verdad necesitamos.

Allegra consiente, mirándolo fijamente. Duda que el comisionado exagere.

Aria ha encontrado la manera de bajar de la casa de Karut. Mientras él está fuera, aprovisionándose de alimentos, ella alcanza el suelo y de inmediato busca alejarse. Se interna en la selva en la que percibe muchos ruidos, gritos de animales y cantos de pájaros. Atiende bien los sonidos en torno. Separa y opaca el de los animales, los pájaros y las ramas de los árboles. Escucha entonces correr de agua.

—El río —sonríe y se encamina con decisión hacia él. Sabe que encontrando el río puede seguirlo y llegar a la ciudad.

Camina unos metros y luego le sale al paso el enorme elefante marino. Gruñendo y amenazándola con sus filosas fauces.

—¡Ah...! —Aria retrocede asustada.

## Capítulo 34

Tropieza con una rama y cae de espaldas viendo aquel monstruo, blandiendo la enorme cabeza, acercándose torpemente a ella.

—¡No, Sera! —Karut se interpone entre ambos y la bestia replica como pidiéndole se aparte del camino— Ella no es peligro para nosotros. La trajimos aquí juntos. ¿no la recuerdas?

El elefante emite sonidos amenazantes, alargando más su corpulencia.

—¡No, Sera! —conmina el muchacho con autoridad— No vas a lastimarla. ¡Ella me gusta!

—¿Eh...? —la chiquilla lo mira confusa.

—La cargaste sobre tu lomo la otra noche. Sólo mírala bien. Es frágil como las mariposas. No me va a lastimar.

—Yo no soy frágil...

—Cállate —conmina—, intento salvar tu vida. Sera... tranquilo. Ven aquí —alarga su mano a la chiquilla—. Debe olerte de nuevo. Con cuidado, sin movimientos bruscos.

Él toma su mano, luego su codo y por último sujeta con suavidad su talle, acercándola al animal, para que la olfatee.

—¡Iuu...! —hace un mohín la chiquilla— Apesta.

—¿Ya la recuerdas? —advierte al animal relajándose— Vamos.

Sujeta a Aria con fuerza del brazo, arrastrándola de vuelta a la casa del árbol.

—No vuelvas a hacer una estupidez igual —la arroja al lecho—. Tú sola en la selva no sobrevivirías ni medio día.

—Eso no puedes asegurarlo.

—Lo sé. Tus clases de supervivencia son excelentes, pero no pasan de ser simulacros virtuales. Ésta es la selva real. Aquí, las bestias y los peligros que oculta, no son parte de un programa escolar bien diseñado. ¿Qué sentiste cuando Sera te salió al paso?

—Me petrifiqué —acepta.

—Si yo no llego te habría aplastado.

—Salvaste mi vida. Gracias.

—Allá afuera hay bestias más peligrosas que Sera. Los quitis, por ejemplo. Si te encuentras con uno, tu reacción no se parece en nada a la que experimentaste con Sera. Un quití, es adorable. Te inspira ternura y confianza. Cuando te acercas a él, te parte en tres de un zarpazo y te conviertes en su comida del día.

—Sólo quiero volver a la ciudad y encontrar a mi padre. Por favor, Karut, llévame a ella.

Toma su mano y el muchacho baja la mirada para ver cómo se posa en la suya. Sonríe halagado. Alarga la suya al rostro de Aria, acariciando su mejilla.

—Primero debo llevarte con Zuna, mi abuela.

—¿Para qué? —lo mira confusa.

—Para que te conozca.

—¿Y luego me llevarás a la ciudad?

—Sí. A donde tú quieras.

—Está bien.

Él sonríe con ojos brillantes. Ella también.

## Capítulo 35

A través de su circuito cerrado, Rocha ve entrar a su callejón a Conan Arthie. Confuso y a la vez contrariado, imagina que ha tenido un problema. Le abre y lo deja entrar.

En un estallido de agua, Sera emerge en medio de aquella traslúcida masa acuosa. Aria grita y al sentirse en tierra firme tose y vomita agua.

—Tienes buenos pulmones —la ayuda a levantarse Karut—, pero te falta controlar tu apnea.

—Sera es demasiado rápido en el agua. No me daba tiempo de halar más aire.

—Por eso mismo. Te falta controlar tu apnea. Ya tendrás tiempo para practicarla. Ven.

La toma de la mano, caminan un corto tiempo por la selva y luego ven abajo un pequeño conglomerado de chozas, levantadas entre profusas copas de árboles. Al verlos, los niños salen a su encuentro.

—Karut —lo saludan con gusto.

—¡Hola! —él toca cabezas y enmaraña cabelleras.

Las mujeres en la zona los miran con curiosidad. Aria nota que la mayoría son viejas, de cabellos grises, blancos y el rostro pintado con líneas negras, guindas y moradas. Suben a la choza apartada de las demás.

—¿Abuela? —el muchacho entra.

—Karut —una anciana de largos y blancos cabellos, pero con el rostro libre de tatuajes, lo recibe abrazándolo con sumo cariño—. Pensé que ya no volverías, hijo.

—Debía hacerlo —sonríe y atrae a él a Aria, plantándola frente a la anciana.

—¡Qué hermosa niña! —la mira— ¿Quién eres?

—Me llamo Aria. Aria Christie.

—¿Christie? Ese no es apellido Supra. Ella no es Supra, Karut.

—No, abuela.

—¿Onegi? —lo mira con cierto reproche.

—Abuela...

—¿Una onegi, Karut? ¿Después de lo que hemos sufrido con tus padres?

—Ve abajo, Aria. ¿Sí? —la lleva afuera.

—¿Qué pasa?

—Nada. Baja, yo necesito hablar con mi abuela.



## Capítulo 36

Apenas escucha las voces de ambos desde abajo. Cree que la anciana llora y Karut también. ¿Por qué? ¿Qué sucedería con sus padres? ¿Qué significaba ser onegi? Los niños allí la miran con curiosidad. Las ancianas, en cambio, con recelo.

—¿Y sus papás? —inquieta jugando con ellos.

—En la gran urbe. Entrenando duro.

—¿Sí? ¿Para qué...?

—Aria —la llama Karut y le pide que suba.

A su lado, lo mira fijo, pero no advierte señala en sus ojos de que llorara; igual con la anciana. Su actitud es distinta: sonrío afable y prepara lo necesario para darles de cenar. No tarda en tener frente a ella un tazón de aromática y humeante sopa. Aria nota que la anciana no sirve lo mismo para ellos. Mira el bol ante ella y luego a nieto y abuela, expectantes. Remueve con la cuchara la mezcla y el vapor que expele llega directamente a su nariz. Sin advertirlo, la chiquilla aspira con fruición. Un sopor muy agradable la acoge de pronto y clava la nariz en la sopa, profundamente dormida. Karut la toma en sus brazos. La lleva a la pieza de su abuela; a su lecho.

—Esto no me gusta, Karut —dice la anciana y limpia el rostro de Aria.

—Yo sé lo que hago, abuela —espetea el muchacho con el ceño fruncido.

En otro bol mezcla algunos pigmentos hasta formar una pasta manejable entre sus dedos. Luego, se la entrega a Zuna.

—Karut...

—Hazlo, abuela —ordena.

Ella recibe el bol y mira el rostro dormido de la chiquilla.

Allegra aparta la mirada al ver cómo Conan rompe el cuello de Rocha en tomas guardadas en el sistema de seguridad del hombre.

—Arnoldo Rocha era un conocido delincuente en Staten Dark —informa Molina—. Tenía manos prodigiosas según algunos de sus clientes. Hacía falsificaciones de documentos oficiales indetectables. Al revisar sus archivos encontramos una visita de Matt Simpson, hace poco

más de tres meses. Sólo le dio un poco de dinero, el que usó para rentar una Híbrida que hasta el momento no ha sido localizada.

—Debe estar en alguna parte de Open City.

—Quizás. El asesino ya fue identificado —deja a su alcance una foto impresa para boletín—. Se llama Conan Arthie. Natural de Staten Dark, pero al parecer residente de Open City. ¿Lo conoce... comandante?

Allegra no responde, tomando la fotografía para mirarla bien.

—Que buena resolución le dio a este equipo su satélite de doscientos años —es un tanto irónica.

—Suele pasar —acepta el hombre—. ¿Lo conoce?

—Por supuesto —no puede mentir—. Su librería es muy popular entre los niños y adolescentes de hoy.

—¿Sabía que estaba en la ciudad?

—No, comisionado. Eso no.

—Lo boletinaré de inmediato. Es un asesino a sangre fría, armado hasta los dientes... parece que iniciará una guerra en la ciudad. Luce sorprendida.

—Bueno, comisionado, he conocido a Conan Arthie por unos... ocho años y jamás mostró tendencias violentas. Este... video me resulta impresionante. Increíble. Abominable. ¿Cómo una persona que ha llevado una vida ejemplar se transforma en... eso?

—Tal vez porque usted y su comunidad ha sido engañada por todos esos años. En Staten Dark, Conan Arthie tuvo, la mayor parte de su vida, muchos encuentros con la autoridad. Desde los ocho emigró de un hogar adoptivo a otro sin acoplarse jamás a la vida familiar. Mal terminó sus estudios básicos cuando inició su carrera delictiva. A partir de ese momento, entraba y salía de correccionales como si de tiendas departamentales se trataran. A los veinte, todo aquel precisara un arma buscaba a Conan Arthie. Estuvo implicado en muchos motines, de todas las prisiones de Staten Dark. Liberó a varios de los criminales más peligrosos, que según supimos, emigraron a Open City y fueron los protagonistas de los años más sangrientos que ha tenido su ciudad, desde que los colonizadores llegaron. ¿No es así?

Allegra consiente sin dejar de mirar las fotografías, informes y expedientes que el hombrecito ha arrojado sobre el escritorio mientras

hablaba.

—Arthie también es un peligro, comandante. Tras su apariencia afable se oculta un asesino cruel y sanguinario.

## Capítulo 37

Con aire de satisfacción, el comisionado deja su oficina. Ante la marcada expresión de decepción de su superior, el detective Columbo pide al resto de sus compañeros dejen la oficina. Al quedar a solas con ella, cierra la puerta. Acerca una silla, sentándose a su lado. Afloja el nudo de su corbata mientras busca la manera de hablarle.

—La noche que encontramos el cadáver de Simpson —inicia—, él era tu cita, ¿verdad, jefa?

—¿Toda ésta información es real, Columbo? —esparce por su escritorio fotografías y expedientes.

—Sin duda alguna —consiente, moviendo también documentos.

—Su vida aquí era oscura.

—Como la mayoría de la gente. Staten Dark es una cloaca y de las cloacas sólo pueden salir los peores animales.

—Sí.

—Te ves cansada, jefa. ¿Por qué no vas al hotel, te das un baño y duermes unas horas?

—Sí —endereza la espalda y se pone de pie—. Creo... que tu consejo es bueno. Si surge algo importante...

—Te llamaré.

—Gracias, Columbo.

Karut remueve la careta de oxígeno en el rostro de Aria y da palmadas en sus mejillas para espabilarla. Cuando la chiquilla da muestras de conciencia, la deja y va hasta donde Sera, con la mitad del pesado cuerpo sumergido en el agua, espera.

—Bien hecho, muchacho —el joven lo soba con afecto—. Vuelve abajo, pero no te alejes demasiado, ¿entiendes? Vete.

Le señala el agua y el elefante marino se pierde bajo la masa líquida. El vuelve con Aria, que sujeta su cabeza con ambas manos. La ayuda a

ponerse de pie y le entrega una túnica de amplias mangas y capucha.

—Vístete —le ordena, desnudándose para hacer lo mismo.

Aria observa la ropa, pero no sabe exactamente qué hacer con ella. Ve al muchacho quitándose la suya y vistiéndose otra. Sonríe como burlándose de sí misma y se quita la blusa.

—No, no —va a ella Karut deteniéndola—. Ésta prenda va encima, no necesitas desnudarte.

—¿Y tú por qué sí? —inquire balanceándose como si estuviera ebria.

—Yo soy hombre. Un hombre Supra. Tu mujer y además onegi.

Le arregla la túnica, le cubre la cabeza con la capucha, de manera que su rostro no es visible para los demás.

—¿Qué significa onegi? —se deja arrastra por él.

—Cuando estemos en el monorriel te lo explicaré. Casi todo. Vamos.

La obliga a caminar a su paso, pero la chiquilla se tropieza consigo misma. Dejan la selva; salen a un camino trazado perfectamente. Atraviesan la carretera hasta un edificio cercano: una estación de transporte. Mientras Karut compra boletos, Aria mira en torno. Aquella es una estación amplia, con personas yendo aquí y allá. Nota algunas túnicas muy parecidas a la suya, que caminan con pasos menudos tras otras y cargan paquetes o arrastran pequeños carros con paquetes y hasta infantes. Ella mira sus ropas, alisándolas con sus manos. Nota las holgadas mangas. Las sacude como si de alas se trataran; atrae la atención de la gente. La miran desaprobándola.

—Deja de comportarte así —regaña el muchacho.

—Me siento extraña. Como si éste no fuera mi cuerpo. ¿Vamos a Staten Dark?

—No. Staten Dark está demasiado lejos de aquí.

—¡Pero tú lo prometiste! —se suelta de él molesta.

Todos cuantos están allí, los miran con aire confuso, especialmente a Karut. El muchacho guarda en el bolsillo de su chaqueta los boletos. Todos los ojos están puestos en él. Convierte su mano en un puño y no duda golpear con él el rostro de Aria. La jovencita cae al suelo. A través de la capucha, Karut sujeta su cabello y la arrastra por el piso, yendo hasta el andén. Todos en la estación recuperan tranquilidad. Al entrar en su

compartimento, Karut arroja al suelo a Aria, mientras le entrega los boletos al conductor.

—Si el señor necesita un látigo —le dice el hombre—. Tenemos en venta un variado surtido.

—No ahora —corre las puertas y cierra el cortinaje.

## Capítulo 38

De inmediato va a la chiquilla quitándole la capucha. Su puño ha abierto el pómulo izquierdo de Aria. Gruesas lágrimas resbalan por las encendidas mejillas y arrastran consigo gotas de sangre.

—Lo siento —él de inmediato la limpia y busca curarla.

—¿Por qué me pegaste? —no puede dejar de llorar.

—Debía hacerlo. Todos lo esperaban.

—¿Por qué?

—Porque eres una onegi, Aria.

—¿Y es malo?

—Para ti sí —pasa con cuidado su pañuelo por la herida—. Para los Supra, los onegi son el lodo donde los cerdos se revuelcan y defecan.

—¿Por qué?

—Porque ustedes vinieron de otra galaxia y se adueñaron de nuestro planeta, eliminándonos casi por completo.

—Eso no es cierto.

—Claro que sí. Les dábamos pelea al tú por tú y los habríamos expulsado de no ser porque ustedes nos infectaron con sus enfermedades. Miles murieron en poco tiempo. Si no nos rendimos habríamos desaparecido en menos de cinco años.

—La historia dice otra cosa...

—Sí. Lo que conviene a sus intereses.

Va a su asiento con aire molesto y a ella la deja tendida en el suelo.

—Si fue como tú dices no puedes culparme a mí de lo que otros hicieron. Yo también nací en Hawking.

—Udar-Gea. Ese es su nombre real, no Hawking.

Aria se levanta y busca sentarse en uno de los asientos.

—Permanece en el suelo —conmina Karut.

—No —replica la chiquilla—. No dejaré que me trates como onegi.

—No puedes retarme, Aria —se pone de pie—. Aquí, tú no puedes ganar más que castigos. Quédate en el suelo y no hagas que te golpee de nuevo.

—Eres un cobarde.

—Sólo para ti y cómo eres onegi tu opinión no vale nada. Vuelve al suelo.

La chiquilla permanece de pie.

—¡Al suelo! —Karut levanta el puño. Aria lo encara.

El joven contiene su mano, pero en un rápido movimiento, mete el pie en el de la chiquilla, derribándola. Aria busca levantarse. Karut cae sobre ella, sometiéndola.

—¡Suéltame! —forcejea.

—¡Mi abuela me advirtió que pasaría esto! ¡Yo jamás lo dudé, pero tenía que arriesgarme! ¡Compórtate...!

—¡No...! ¡Eres un mentiroso!

—Tú una estúpida por arriesgarte a caminar en terrenos que no conoces.

—¡Sólo quería encontrar a mi padre! ¿Por qué nadie puede entenderlo?

—Eres onegi.

—No —llora luchando con él—. Soy Aria Christie. Hija de Allegra Christie, comandante en jefe del departamento de policía de Open City. Nieta del profesor Ludwig Aragón, reconocido arqueólogo, decano de la universidad Tierra Antigua. Soy estudiante sobresaliente de la secundaria Milenium. He reprobado dos años consecutivos la materia de cocina, pero odio que mis manos se impregnen de zumos de verduras, lácteos y carnes. Nunca conocí a mi padre. ¿Tú sí?



## Capítulo 39

El consiente y se aparta de ella. Abre un poco su chaqueta, la que no suele usar y se siente incómodo.

—Era onegi como el tuyo —confía.

—¿Qué? ¿Onegi y te atreviste a golpearme?

—Yo soy hombre, Aria. Y mi madre era Supra. Si hubiera nacido mujer... tal vez estaría muerta. Como ellos.

La chiquilla lo mira interrogante.

—Mi padre era un piloto onegi —explica—. Según me ha contado la abuela, él fue derribado por uno de nuestros cañones y su nave cayó cerca de la cañada en que está mi casa. ¿Recuerdas?

—Sí.

—Ella y mi madre lo encontraron muy malherido. Lo cuidaron.

—¿A sabiendas que era onegi? —se adosa a la pared del coche.

—En esos momentos sólo era una vida en peligro. Lo ayudaron, lo escondieron y curaron. Mi madre se enamoró de él. Él de ella y cuando mi abuela se dio cuenta... yo ya había sido engendrado. Nací en el tiempo preciso y vivimos en la casa del árbol por tres maravillosos años. Cuando mi tío se dio cuenta, esa dicha familiar desapareció. Él... es un Supra conservador. Mató a mi padre e hizo que mi madre se cortara el cuello ella misma.

—¿A su propia hermana? —abre sus ojos mucho más y él consiente con la cabeza.

—A mi abuela la desterró junto conmigo, al sitio ese en que la vimos. Allí están los huérfanos, las prostitutas ancianas, las viudas solas y aquellas que la familia no quiere porque son un estorbo.

—¿Por eso ella no tiene tatuajes en su rostro?

—Para mi tío ella está muerta y enterrada. Es una rut. Un fantasma. Tan repugnante como un onegi.

—Pero... tú también lo eres.

—Sí. Pero la sangre de mi madre al final se impuso a la de mi padre.

—No entiendo.

—Los Supra poseemos habilidades que ustedes jamás podrán imitar...

Mientras habla, Aria ve cómo su figura cambia totalmente. Se transforma en su abuela, en una mujer más joven, en un hombre atractivo y vestido como un militar de Hawking; en otro de aspecto fiero e intransigente. Se ve a ella misma, uno de los tantos chicos que la persiguieran y con los que él peleara. Totalmente igual en figura, gestos, habla.

—Podemos adoptar la imagen de cualquier ser vivo y tú nunca lo notarías. Esto, fue lo que me sacó del exilio y me devolvió a la casa del árbol y se lo debo a la sangre de mi madre. Mi relación con mi tío no es buena, pero al menos él ya me ve y algunas veces me escucha.

Llaman a su puerta.

—Deben ser los alimentos —cierra la chaqueta y vuelve a su asiento—. Recíbelos. No digas nada y sírveme.

Aria lo mira fijamente por unos segundos y obedece.

## Capítulo 40

El ascensor deja en su piso a Allegra. Casi arrastrando los pies llega a su habitación. Por la pantalla en su puerta pasa el código en la muñequera que le dieran en recepción y la puerta se abre. Se descalza, arrojando su chaqueta contra el sillón. Deja el rastro de su ropa rumbo al cuarto de baño. Se queda bajo la regadera, hasta que al agua se vuelve insoportable de lo fría. Se envuelve en una toalla y deja el baño. Una sombra la sorprende por la espalda. Le cubre la boca con una mano enguantada apesotosa a aceite. Ella forcejea con la intención de liberarse y pelear contra el desconocido.

—Soy yo —susurra a su oído Duncan.

Busca la luz que entra por la ventana para que lo vea.

—No maté a Rocha —asegura—. El de ese video no soy yo.

Allegra lo mira confundida.

—¿Vas a gritar si te libero?

Ella niega con la cabeza y él la libera. En un rápido movimiento, Allegra alcanza su arma y lo amaga con ella.

—No de nuevo —suspira él, levantando las manos.

Al pronto está en el suelo para que la comandante lo inmovilice con sus esposas.

—Amor, soy yo —dice con tranquilidad.

—Ya no estoy tan segura —se envuelve en una bata.

—Rocha era mi amigo. Yo no lo maté.

—¿Qué vas a decirme? ¿Qué quien lo hizo fue Conan Arthie? Porque el de ésta imagen es Conan Arthie. Tú eres Conan Arthie.

—Conan Arthie el verdadero, murió hace quince años. Era mi informante.

—Sí, claro.

—Pon atención, Allegra.

—Me cuesta un poco de trabajo cuando he visto cómo le partes el cuello a un hombre.

—No soy yo, sino un Supra.

—Los supra están extintos. Una epidemia de malaria acabó con ellos en el 524.

—Sí. Con el que estaba de éste lado, sí. Pero no con el resto.

—¿Eso qué significa?

—Los Supra tienen ciudades ocultas, Allegra. Tu padre descubrió una.

—¿Qué?

—¿Recuerdas la expedición que hizo en Staten Dark?

—Sí.

—En su excavación encontró cuatro marcos de puerta de piedra. Su gente limpió la zona en semanas. Él pasaba mucho tiempo ante ellas, tratando de encontrar un significado concreto a su construcción. Llegó a estudiarlas tan concienzudamente que memorizó cada centímetro de ellas. En todas había un pequeño espacio vacío, con el contorno de una figura humanoide. Ludwig recordó que entre las piezas halladas, había tallas de piedra y madera semejantes a esos vacíos. Las colocó en los lugares correctos y abrió un portal a un mundo oculto. Junto con Matt Simpson exploraron la zona. Encontraron vehículos nuestros, cuerpos, ropa. Tres años antes se había perdido, en esa misma zona, todo un escuadrón de naves que hacían trabajo de reconocimiento. Jamás los encontramos.

—¿Estás diciendo que traspusieron ese portal del que hablas...?

—Y los Supra los descubrieron. Nuestra historia cuenta que a los colonizadores les dieron mucha batalla.

Allegra baja el arma y se sienta en el piso, frente a él.

—¿Por qué mataron a Rocha? —inquire.

—Porque ya saben que estoy aquí. Raka Arut siente un poco de respeto por mí.

—¿Quién es Raka Arut?

—Es el guía de los Supra. El que quiere reconquistar Hawking. También estuve del otro lado, Allegra. Han robado nuestra tecnología por

años. Tal vez siglos y forman un ejército poderoso. Estoy seguro que hay Supras infiltrados en nuestros altos mandos. Todos. Estamos bajo un peligro inminente.

## Capítulo 41

El monorriel entra a la estación y los pasajeros comienzan a bajar.

—Camina tras de mí y no hables, a menos que yo te lo ordene —recomienda Karut—. No intentes escapar. Serás apresada en el acto por la guardia y se te castigará públicamente.

—Tu raza es una raza mala.

—Tenlo presente, ¿quieres? —desliza sus dedos suavemente por su herida en proceso de cicatrización— Vamos.

Descienden del coche. Él camina con porte, atrayendo la mirada de las mujeres Supra. Aria va tras él, casi corriendo pues su tranco es amplio y ligero. Al salir de la estación, la chiquilla se queda pasmada al ver la enorme urbe. De altos edificios, vehículos aéreos como medio de transporte público y personal. El cielo, cubierto de nubes pardas y rosadas en su totalidad, le da un aire sombrío.

—No te quedes atrás —conmina Karut.

Llama un transporte y los traslada por la urbe. Aria no pierde detalle de nada. El vehículo se eleva por encima de la ciudad e incluso de las nubes. Arriba, el cielo es azul. Aria ve el sol en un extremo. En el contrario, aprecia un resplandor similar; pero palpitante.

—¿Qué es eso? —señala.

Karut aprieta su mano en la suya, lastimándola. Aria comprende que debe callar.

Ven formaciones de naves por encima de ellos, practicando maniobras diversas. Luego, a lo lejos vislumbran una gran construcción flotante, con edificaciones, áreas verdes, lagos, animales. El transporte desciende, dejándolos en el edificio principal. Aria camina de nuevo tras Karut. La chiquilla no pierde detalle de las naves sobre sus cabezas; el extraño pulso luminoso y aquella base flotante en la que se encuentran.

Una barrera de guardias les veda el paso.

—Quiero ver a mi tío —dice con autoridad.

—Él no está aquí —le responden.

—¿Salió? ¿Tardará mucho en volver?

—Se encuentra en la ciudad negra desde hace varias semanas. Preparando unos últimos detalles.

—No puede ser —se muestra contrariado y molesto—. ¿Va a volver?

—No hasta que la causa sea nuestra.

—Perfecto —sujeta a Aria del brazo y bajan apresurados.

Llama un transporte y éste los deja en una calle cualquiera de la gran urbe. Karut plasma su puño varias veces con coraje en el muro. Se arranca la chaqueta, las lustradas botas y lo arroja todo al suelo, pateándolo con rabia. Aria lo mira conteniendo el aliento. Por último, el muchacho deshace el perfecto molote sobre su cabeza y el cabello se derrama sobre su rostro congestionado. Aria mira a todos lados. Nadie da cuenta del ataque de cólera del joven, que ha quedado en suelo, sentado sobre sus talones; ligeramente echado hacia atrás, con el rostro vuelto al cielo cubierto de nubarrones. Aria remanga su túnica para ir a su lado, sentándose en una flor de loto. Alarga una mano con la intención de tocar su hombro en leves palmadas, pero se contiene. Su pómulo le duele todavía y quizás él podría lastimarla de nuevo.

—Estoy bien —oye que dice sin abrir los ojos—. Algo molesto y frustrado... pero bien.

—¿Por qué era tan importante ver a tu tío?

—Ya no importa —se levanta y le ofrece su mano.

Toman el monorriel de regreso. Vuelven sobre sus pasos. La noche los sorprende por la selva. Suben a un árbol, donde Karut, con ramas lianas y hierba, arma una especie de nido para los dos.

—Duerme —pide y ella lo intenta, pero no puede.

El viento que corre es húmedo y frío. Aunque se hace ovillo tiembla.

—Ven —él la atrae, abrazándola.

El calor que le irradia la relaja y al pronto se queda dormida. El joven, en cambio no duerme. Tiene demasiadas cosas en la cabeza.

## Capítulo 42

\*\*\*\*\*

\*\*\*\*\*

—Quiero que extremes precauciones —dice Duncan terminando de vestirse—. Tengo la sospecha de que Raka Arut se mueve más cerca de nosotros, tomando la figura de cualquiera.

—¿También la tuya? —inquire desde el lecho.

—También la mía —acepta yendo a ella para besarla—, pero jamás se rebajaría a hacer el amor con una onegi.

—¿Onegi?

—Así nos llaman. Es un gran insulto créeme.

—Duncan, ¿y Aria?

—Estoy convencido que no se encuentra en la ciudad.

—¿Crees que haya vuelto a Open City?

—Haciendo un recuento de los años que llevo tratándola, como mi eficiente empleada; con sus evaluaciones académicas sobresalientes; sus recientes acciones tanto en contra de la autoridad educativa y la materna...

—No está en Open City.

—No.

—¿Y dónde sí? Me preocupa, Duncan.

—A mí también, pero nuestra hija es una chiquilla con muchos recursos. La encontraremos. O mejor aún, tal vez ella nos encuentre.

Con suma delicadeza, Karut toca los labios dormidos de Aria con los suyos. La chiquilla despierta y lo ve apartándose de ella.

—¿Me besaste? —inquire.



—¿Yo? No, ¿para qué lo haría?

—Sentí que tocaste mis labios.

—¡Ah, eso! Tenías un insecto defecando en ellos y te lo quité.

—¿De verdad? —los frota limpiándose.

—Sí —se pone de pie y le tiende su mano.

Apenas encontrar agua limpia, la chiquilla va a ella para lavarse y beber un poco. Entonces ve en su imagen reflejada en el agua, los trazos azules que surcan su rostro.

—¿Por qué tengo éstas líneas en la cara? —las señala.

—Mi abuela las dibujó mientras dormías.

—¿Para qué?

—Para que no cometieras locuras en la gran urbe.

—¿Qué significan?

—Que eres onegi.

—¡Ah! —se molesta y comienza a lavarse, pero aunque se talla, las líneas no desaparecen— ¿Qué pasa?

—Así no se quitan.

—¡Cómo sí! ¡Dilo ya!

—El tiempo las desvanecerá —la esquiva y sigue su camino.

—¡Cuánto tiempo! ¡Cuánto tiempo, Karut!

—No sé. Tal vez seis, siete...

—¿Días?

—Años...

—¡Qué! ¿Tienes idea de lo que has hecho conmigo?

—Soy consciente —acepta.

—¡Seré la burla de todos en la escuela, en la ciudad... en Hawking entero!

—Lo siento.

—¡No te creo! —llora de rabia— ¡Lo hiciste a propósito para golpearme y humillarme ante los tuyos!

—Eso no, Aria. Fue tu carácter el que me obligó a lastimarte. Si fueras más dócil, más sumisa...

—¿Y poder hacer de mí lo que se te dé la gana? ¡Jamás! Llévame ahora mismo a Staten Dark.

—Debemos esperar a Sera.

—¡Pues llámalo! ¡Sera! ¡Sera...! —grita ante el ojo de agua.

De un seto tupido de flores color violeta cercano a él, Karut toma un quinteto de ellas, aplastándolas perfectamente en su palma.

—¡Vamos! —lo encara la chiquilla— ¡Llama a tu estúpido elefante marino!

—Sera no es estúpido.

—¡Y dónde está! ¡Llámalo...!

—Primero deja de gritar —la sorprende cubriendo su nariz con las flores machacadas.

—¡No! —trata de evitarlo.

—¿Sabes que por eso me gustas? —la toma en sus brazos cuando pierde el sentido— Las mujeres Supra obedecen la autoridad. Tú, en cambio, te rebelas a ella. Eso me gusta.

Tras ellos, en una explosión de agua, Sera sale del estanque.

—¡Hola, amigo! —sonríe— Llegas justo a tiempo.

## Capítulo 43

Cuando Aria recupera el sentido, ve el cielo teñido de oscuridad. Está entre los brazos de Karut y por el vaivén reconoce que montan a Sera. Sonríe pues él la lleva de regreso a Staten Dark. Levanta la mirada al joven. Alarga una mano para tocar su rostro. Karut la mira.

—Despertaste —esboza una sonrisa.

—Eres lindo, ¿sabes? —asegura adormilada.

—Tú lo eres más.

—¿Qué me hiciste? Me siento rara.

—Estás drogada.

—¿Qué? Las drogas son malas, Karut. ¿Acaso no lo sabes?

—Sí, cuando abusas de ellas.

—¿Por qué lo hiciste? —llora.

—Sólo inconsciente puedes soportar el trayecto de Shadak a éste lado.

—¿Me protegiste?

—Sí, lo hice.

—¿Te importo entonces?

—Más de lo que te imaginas. Quiero que seas mía.

—¿Como un perro, un gato... o una onegi?

—No, Aria. Como mujer.

—¡Ah! Pero... sólo tengo quince años. Nuestra Constitución no permite noviazgos ni matrimonios antes de los veinte. Asunto... demográfico, ¿sabes? Salvo una fuga, pero nos encontrarían en pleno acto y eso sería muy vergonzoso.

—No para mí.

—Si pasa nos separarán y estaremos incomunicados de todos hasta la

edad precisa. Eso... sería muy triste, ¿no crees?

—Tal vez. En Shadak no habría ese problema.

—¿Y los tatuajes azules?

—Pueden removerse fácilmente, pero el proceso sería peligroso para ti.

—¿Implica desollación?

—No, Aria —aparta de su rostro mechones de cabello—. Punciones dolorosas, sí.

—¿Agujas al rojo vivo?

—Veneno de pulpo.

—¡Ah...! ¿Los pulpos son venenosos?

—Descansa.

—¿Entonces me quieres? —se arrebujó contra su pecho.

—Te quiero —acepta.

## Capítulo 44

Con porte distinguido, Edar Nobel atraviesa el umbral de la oficina de Allegra. Las mujeres con ella dejan su trabajo y admiran su gran atractivo y buen gusto en el vestir. El cabello negro, le cae sobre los anchos hombros en rutilante cascada y luce en el rostro una bien arreglada barba y bigote. Allegra no puede evitar aspirar con fruición la masculina colonia. Se espabila, observando mejor al hombre. Los ojos oscuros son fríos; en las manos fuertes advierte un grotesco anillo de plata, con la forma de un cráneo con pequeños ojos de esmeralda. En su muñeca, descubre también un tatuaje: el busto de la muerte con túnica negra. Recuerda la descripción de Aria del asesino de su padre.

—Agradezco su visita, señor Nobel —le dice, mirándolo de frente.

—Es un placer —esboza una sonrisa—. Aunque me intriga el motivo. Yo... soy hombre de negocios. Soy totalmente ajeno al mundo del crimen.

—Encontramos un cuerpo en nuestras playas de Open City —pone a su alcance fotografías del occiso—. ¿Lo reconoce?

—¡Hum! —toma una imagen para examinarla—En tan relajada posición me es un poco difícil, pero... Sí, creo que lo he visto antes. En alguno de mis antros de la ciudad negra.

—¿La ciudad negra?

—Así llaman a Staten Dark en los bajos fondos. Me parece un nombre acertado. La ciudad negra. Relegada, prácticamente inexistente para nuestro flamante gobernador. Al que no hemos visto por aquí desde su última reelección.

—Eh...

—Simpson. Matt Simpson. Ese era el nombre de su cuerpo en las playas de Open City.

—Mi gente encontró su departamento y al revisarlo, su nombre apareció repetidas veces entre los escritos de Simpson.

—¿Sí? —se muestra confuso e interesado— ¿Cómo en un cuento o novela?

—No. Más bien como en una obsesión.

—¡Vaya! Es perturbador entonces.

—¿Cuál era su nexa con él?

—¿Directamente conmigo? Ninguno. Él... conseguía todo el licor de mis antros a mejores precios. No sólo en Open City. También en otras ciudades importantes del estado.

—¿De contrabando?

—No, señorita —ríe con cierto aire divertido.

—Comandante, Christie.

—Sí. Disculpe. Aunque navegan por la ciudad rumores mal intencionados en mi contra, yo soy un ciudadano correcto; limpio, que jamás ha tenido problema alguno con la autoridad.

—¿Por qué los ha comprado con su dinero, tal vez? —interviene Columbo que hasta el momento sólo era atento escucha.

—Detective —sus labios se alargan en gélida sonrisa—, lo invito a sumergirse en mis asuntos y propiedades en compañía de sus mejores peritos. Si encuentran una sola infracción, yo mismo me entregaré a sus leyes.

—¿Sabe que tenemos la facultad para ello?

—Sí, comandante. Pero en conciencia sana, el miedo no gobierna.

—¡Hum...!

—¿Tienen más preguntas para mí?, o puedo retirarme.

—Es todo —consciente Allegra.

—Por el momento —rubrica Columbo y Nobel lo mira fijo.

Deja su asiento y abandona la oficina, latigueando una vez más, a las mujeres en la pieza, con su varonil aroma.

—Mírelas, jefa —las señala el detective—. Embobadas por completo con él.

—¡Ajá...! —acepta, saboreando aún los viriles efluvios.

## Capítulo 45

Atraída por los divertidos gritos de Karut, Aria llega al río y lo ve jugando con Sera en la corriente. Se sienta a la sombra de un árbol para verlo zambullirse en el agua y ser arrojado por el elefante a unos cuatro metros en el aire y caer, dando volteretas, para entrar al agua en vertical perfecta. Luego, el elefante marino lo monta en su lomo, usando su cola como pala. Karut se abraza a él en total confianza y terminan tumbados en la pedregosa orilla para tomar el sol. Aria se acerca a ellos. Sera la advierte primero y levanta su imponente cuerpo para encararla.

—Tranquilo, Sera —le da de palmadas el joven—. Es Aria. Ya la conoces.

—Me impresiona lo que haces con él —observa la chiquilla—. Los elefantes marinos son salvajes y muy territoriales.

—Por eso busca echarte —acepta, pero no modifica su postura tendida.

—¿Desde cuándo está contigo?

—¡Hum...! Cinco años. Era un cachorro cuando lo encontré.

—¿Cómo lo domaste?

—Jamás hice tal cosa. Lo que pasó es que nos conocimos y nos convertimos en los mejores amigos. ¿Verdad, Sera?

La bestia emite su escalofriante gañido, aceptándolo.

—¿Por qué me trajiste aquí en lugar de llevarme a Staten Dark?

—Porque está de camino. Tenía hambre, sueño y no quiero entrar a la ciudad negra en pleno día.

—¿Por qué?

No contesta fingiendo dormir.

—¡Karut! —manotea el pecho desnudo, llamando su atención.

—¡Auch...!

—¡Por qué!

—¡Por qué tú eres tan preguntona! Ninguna explicación te deja conforme.

—Me confundes. Dices una cosa y haces otra.

—Pero totalmente consciente. Quiero que eso te quede claro. Todos mis pasos los doy en plena conciencia.



## Capítulo 46

Al salir de un callejón, unos patrulleros reconocen a Conan Arthie y van tras él. El hombre regresa sobre sus pasos, corriendo lo más rápido que le es posible. Con sus sirenas a todo volumen, el auto patrulla lo persigue. Sus ocupantes piden apoyo por sus comunicadores y al pronto, un dron ubica desde lo alto al sospechoso. Arthie se mezcla entre el caos vehicular de esa hora. Saca una de sus armas y de un tiro derriba al dron. La policía deja el coche para seguirlo, disparando a discreción. Él responde buscando amedrentarlos. La gente en los vehículos se oculta dentro.

—Necesito tu híbrida —apunta a un motociclista y éste se la cede obligado.

Monta rápidamente, conduciendo con habilidad entre la multitud estancada en la avenida principal. Otro dron logra situarlo.

Desde la pantalla de su oficina, Allegra sigue la persecución.

<<El sospechoso está armado y es peligroso>> —oye la comunicación entre la autoridad y sus agentes—. <<No duden en tirar a matar>>.

—¡No! —espeta Allegra y de inmediato toma su comunicador—. Habla la comandante Allegra Christie. Desechen la orden anterior, ¿me escuchan? No asesinen al sospechoso. Repito, no asesinen al sospechoso. Lo quiero bajo custodia para interrogarlo. ¿Han oído? ¡Respondan!

<<La escuchamos, comandante. Debemos poner bajo custodia al sospechoso>>.

—Sí. Así es.

Los dedos como garras de Edar Nobel se deslizan con agilidad por su teclado y en pocos segundos toma control del dron que sigue a Conan. Lo dirige y dispara contra él un rayo, que de tocarlo podría ser mortal, pero el conductor de la híbrida se desvía para esquivar un coche y en éste es que hace blanco el dron. El estallido del vehículo aumenta el caos; provoca incendios y más explosiones. Al terminar ese día, muchas familias de la ciudad negra habrán perdido a un ser querido.

Allegra da de voces en su comunicador. La autoridad local ha perdido control de su auxiliar aéreo. Nobel se divierte ante la destrucción e irá tras Arthie hasta hacerlo volar en mil pedazos.

Conan esquivo más disparos. Sabe que muchos inocentes están siendo heridos o muertos, así que salta al canal y adopta modo anfibio para tratar de perder el dron. Sin embargo, éste continúa tras él, disparando con el mismo ímpetu.

—¡Detengan ese maldito aparato a como dé lugar! —espeto de tal manera Allegra que sorprende a su gente.

<<¡Alguien más lo está controlando, comandante!>> —le informan.

—¡Rastreen su IP, ya!

La híbrida, por debajo del agua se cimbra cada vez más con los rayos estallando muy cerca. Atraviesa la oscura boca de un túnel y ve venir otra cada veinte o treinta metros. Conan activa el piloto automático y en el siguiente puente, abandona la híbrida, dejándola partir sola.

Edar Nobel centra de nuevo su blanco, dispara y la híbrida vuela en mil pedazos. La escena se repite una y otra vez para que todos la miren.

Gruesas lágrimas escapan de los ojos de Allegra.

Edar Nobel abre su mejor champagne para brindar por su éxito; pero éste se le viene abajo cuando los grupos de rescate no encuentran restos humanos en el área del atentado. Examina sus imágenes satelitales y descubre a Conan, dejando el canal un puente atrás de la detonación.

Allegra recupera su tranquilidad cuando descubren lo mismo.

—Jefa —le alarga un auricular Columbo al verla entrar a la pieza—. Es el gobernador.

—¿Qué? —lo recibe— Señor gobernador... eh, sí... sí, señor. No, es que investigando... sí, señor, pero.... lo sé, pero... sí. Sí, señor. ¿Mañana mismo? Pero... no, señor. Allí estaré.

Devuelve la diadema.

—¿Estaba molesto? —inquire Columbo— Se escuchaba molesto.

—Bastante —acepta.

—¿Y?

—Nos quiere de vuelta en Open City. Ésta misma noche.

—¿Y la investigación?

—En manos del comisionado Zeus Molina.

—Pero el cuerpo...

—El cuerpo no estaba en la ciudad sino prácticamente en las aguas del estrecho. Nada tenemos qué hacer aquí.

—Entonces...

—Recojan todo y prepárense para volver.

—Lo siento, jefa.

—Yo mucho más, Columbo.

Cuidándose de no ser descubierto, Conan atraviesa aquella oscura calle y se interna en el cementerio local. Esquiva cualquier mancha de luz, protegiéndose tras capillas y lápidas del lugar. Llega hasta una tumba vetusta, perdida casi entre la maleza. Quita una losa y descubre un teclado en el que marca algunos números. La lápida se abre. Él se pierde a su interior rápidamente. Al oír la losa quedando en su lugar, el hombre se relaja y respira de nuevo.

## Capítulo 47

Bajo la fresca noche y montados sobre Sera, Karut y Aria se dirigen a Staten Dark.

—Has estado muy callado —dice la chiquilla—. ¿Por qué?

—Porque vamos a separarnos y ya no voy a verte.

—Puedes visitarme en Open City.

—Claro.

—Vivo cerca del muelle. Mi fraccionamiento se llama Cuatro estaciones y mi casa está sobre la calle Vivaldi y Otoño. Es hermosa, rodeada de cerezos...

—Sí... lo sé.

—¿Lo sabes? —lo mira confusa— ¿Cómo que lo sabes?

—En tu mochila tienes todos tus datos.

—Pero... la perdí en Staten Dark, Karut. ¿Cómo...?

—Cuando peleé con los Kuarz. Uno de ellos la tenía, ¿no?

—Sí, pero...

—Allí está la ciudad —la señala.

A través de la gruesa niebla que la cubre, el alumbrado público y los anuncios luminosos apenas son visibles. Sera abandona el canal, moviéndose torpemente por las solitarias calles. En callejones, parquecitos y banquetas, Aria distingue los pequeños cúmulos humanos tapados con cartón y papel. También distingue el anuncio de la pizzería del pequeño César y Sera toma un atajo por su callejón. Aria recuerda lo que el muy alto hombre ciego le recomendará, en caso necesario: <<La losa del escalón puede desprenderse y dentro hay una llave. Es la de mi departamento>>. Aria levanta la mirada y nota la luz que brilla sobre el dintel de una puerta, en la que resplandece una gran rebanada de pizza. Atraviesan la calle; un nuevo corredor oscuro y la jovencita mira confusa atrás.

—¿Por qué en lugar de acercarnos al ruido de la ciudad, nos alejamos

de él?

—Sera no está acostumbrado a ese escándalo. No quiero que se asuste, cometa alguna barbaridad y lo maten.

—¿Por qué no me dejas cerca y yo continúo caminando?

—Hay más estaciones de policía por acá. Quiero verte entrar a la jefatura. Que estés segura.

—Sí —esboza una sonrisa.

## Capítulo 48

Ante un nuevo panel de control, Conan teclea otro código y coloca su huella en la pantalla. El escaneo de la misma rechaza la acción. Él la repite un par de veces más con el mismo resultado.

—¡Por qué! —espeta molesto y recuerda entonces quién es—  
¡Estúpido!

Cambia su figura. Entra de nuevo el código, la huella y la escotilla se abre. Lanza sobre una silla su mochila, yendo a un panel de control que no ha sido usado en diez años. Lo enciende. Las luces del tablero y los monitores parpadean como si un mensaje transmitiera. Duncan da un puñetazo contra la superficie y todo enciende, emitiendo un zumbido que no le inspira nada bueno. Teclea números, letras, frases completas. Sin embargo, no obtiene los resultados deseados. Molesto, hace a un lado la silla y se tiende en el piso para revisar la consola. Busca en la sala la herramienta y la destapa. Al hacerlo, una multitud de arañas ojonas le cae encima.

—¡Ah! —espeta sorprendido, manoteando y arrojándolas lejos—  
¿Cómo demontres entraron ahí?

Libre de los arácnidos, revisa el interior. Las arañas han dañado mucho del cableado y los receptores. Suspira contrariado. Tiene que renovarlos.

Mientras más avanzan por aquella cuadra, Aria se convence que algo no está bien. Karut ha ordenado a Sera volver al canal y ellos caminan por un área que luce desolada. Hay poca iluminación y nula actividad humana. La niebla se ha dispersado lo suficiente para ver los altos muros a la vista.

—¿Qué lugar es ese? —inquieta la joven.

—La mansión de mi tío —responde y la sujeta del brazo con más fuerza de la debida.

—¿Por qué me traes aquí? —se frena un poco— ¿Quieres saludarlo primero?

—No. Hago una entrega inmediata.

—¿Qué?

—No te pongas difícil, ¿de acuerdo? —la atenaza con mayor fuerza.

—Pero...

La arrastra hasta la puerta principal y se planta ante la pantalla en ella.

—Soy Karut —dice—. Traigo el encargo de mi tío.

—¡No...! —Aria forcejea cuando la puerta se abre y él la arrastra dentro.

Lo reciben guardias armados. Uno de ellos se planta ante el joven. Ve a la chiquilla forcejeando, buscando escapar y luego, otra vez a Karut. Con un ligero asentimiento de cabeza le da libre paso por la amplia propiedad.

—¡Suéltame! —Aria quiere golpearlo, pero él la esquivo con gracia, anticipando sus movimientos.

—Nada ha sido improvisado, Aria —le dice, conduciéndola hasta la casa principal—. Te he observado y seguido durante meses.

—¡Qué! ¡Cómo...!

—Sera puede llevarme a través del estrecho más rápido que un bote o una híbrida. Como Supra, yo soy quien quiera ser. Me basta ver a la persona para adoptar su figura, pero si me permite tocarla, no solo me transformo en ella... soy ella totalmente.

Le muestra entonces todos los personajes que fue ante ella sin que lo notara: el guardia de seguridad de su fraccionamiento, los vecinos de enfrente, el controlador de tráfico rumbo a su escuela, la mayor parte de sus maestros; Wagner, Butterfly.

—¡No...! ¿Por qué?

—Quiero ser aceptado por los míos y, eso sólo puedo alcanzarlo conquistando el favor de mi tío. Él es Raka Arut.

Entran en la mansión y en primer plano encuentran a Edar Nobel, al pie de una escalinata. Karut arrastra a la jovencita hasta él y la obliga a inclinarse hasta postrarla ante su presencia.

—Aquí la tienes, tío —sonríe—. Como te la prometí.

El hombre ordena que la levante para verla de frente. Ríe complacido

ante las líneas azules de su rostro.

—¡La marcaste! —aplaude— ¡Bien! ¡Muy bien, Karut!

Llega a ella y la sujeta del rostro para mirarla mejor.

—Eres una niña hermosa —le dice—. Como tu madre.

Aria no duda y le da un puntapié a la entrepierna. Edar Nobel se duele, pero no lo suficiente para doblarlo. Azota el rostro de la chiquilla con su dorso, arrancándola de manos de Karut y cae al piso. Aria se levanta e intenta huir, pero uno de los hombres de Nobel dirige su arma a ella e impacta su espalda con un par de dardos que emiten una fuerte descarga eléctrica.

—¡Ah! —grita, estremeciéndose ante el impacto y pierde el sentido.

—Métela en un cubo —ordena Nobel y el hombre obedece de inmediato.

Karut no lo pierde de vista. Cómo se acerca a la chiquilla, la sujeta de su cinturón y la arrastra fuera de la casa, como un bulto cualquiera. Vuelve su mirada a su tío. El hombre, por primera vez desde que tiene uso de razón, le sonrío y lo mira con aprobación.

—Me siento verdaderamente complacido, Karut.

Todos sus movimientos le parecen surgidos de una irrealidad. Escucha sus palabras, nota sus gestos y ademanes como si los efectuara bajo el agua: lentos, delicados. Edar alarga sus manos a él. Desliza el brazo por su espalda y sujeta el suyo, mientras con la otra da de palmas con beneplácito en el pecho desnudo.

—Conservaba muchas dudas de ti, pero con esto, me has demostrado que realmente es la sangre de tu madre, sangre de Supra la que gobierna en tu corazón y tu mente.

—Estoy dispuesto a todo, tío —asegura.

—Entonces no pierdas tiempo y continúa con lo ya establecido.

—Sí, tío —deja la pieza.

Los guardias a su paso lo saludan con asentimientos de cabeza y él abandona corriendo la propiedad. Mientras más avanza y se acerca al centro de la ciudad, transforma su figura. Al entrar a la comandancia de



policía, no es más Karut, sino Aria Christie.

—Jefa —Columbo se asoma sonriente a la oficina donde Allegra se enfunda una gabardina.

Al mirar, el hombre entra a la pieza con Aria.

—¡Oh, Aria! —le tiende sus brazos con alivio.

—Lo siento, mamá —la abraza también, sollozando.

—¿Estás bien? —la mira fijo, revisándola.

—Sí.

—¿Dónde estabas?

—¡No vas a creérmelo! —espetea con grandes ojos.

—Estamos listos, jefa.

—Sí. Vamos. Cuando estemos en casa me contarás todo.

—¿No vas a castigarme?

—¡Ah, gracias por recordármelo, jovencita! Estás castigada.

—¡Pero, mami...!

## Capítulo 49

En una caja metálica reducida, con ventanillas de firmes barrotes, Aria golpea inútilmente cada pared con sus piernas, buscando abrirla.

—¡Sáquenme de aquí! —grita, sin dejar de golpear— ¡Auxilio! ¡Ayúdenme, por favor!

—Nadie te escucha, chiquilla —un guardia se agacha lo suficiente para verla por una ventanilla.

—¡Qué quieren!

—¿No te lo dijo Karut? No lo creo, sí. Eres la carnada perfecta para atraer a tu padre.

—¿A mi padre? —pega el rostro contra los barrotes— ¿Entonces sí está vivo?

—Pero contigo aquí, no le queda mucho ya. El amo hará que salga de su hoyo, lastimándote.

Aria siente un horrible estremecimiento al oír sus palabras. Levanta un poco la mirada al notar que otro guardia entra a la pieza.

Allegra abraza a su hija con suma tranquilidad y la abriga bien en su cama.

—Perdóname —la toma de sus manos, derramando algunas lágrimas.

—Está bien, cariño —besa su frente—. Lo importante es que estás bien y aquí.

—Sólo quería encontrar a papá.

—Aria...

—El abuelo parecía tan convencido...

—Sí. Es que... él sabía que tu padre está vivo.

—¿Sí? ¿Es cierto entonces? ¡Está vivo, mamá!

—Sí, amor —la abraza de nuevo feliz—. Está vivo. ¡Tu padre está

vivo! Y tú lo conoces bastante bien.

—¿Cómo es eso?

—¡Hum...! —libera un suspiro— ¿Quién piensa en dormir? Ven aquí —la atrae a su regazo—. Es una historia increíble, pero totalmente real.

—Dime, por favor. Quiero saber. Todo, todo...

—¡Sí! —ríe.

A través del espejo en la pared, Edar Nobel ve entrar a uno de sus hombres.

—Trae a la chiquilla, Christie —ordena desvistiéndose—. Drógala con hojas de sumisión.

El sujeto asiente y sale de la pieza.

—Voy a golpearte tan fuerte, teniente coronel —se mira al espejo— que ni siquiera hará falta que use mi cimitarra para matarte.

El nuevo día nace y los primeros rayos rosados del sol tocan las aguas del estrecho y la bahía de Open City. Karut, con la efigie de Aria Christie no deja de mirarse al espejo de cuerpo completo.

—¡Aria! —escucha a su madre llamándola abajo.

Está en la cocina, vestida con su uniforme y un delantal encima. Al bajar, Aria, o más bien Karut emulándola, aspira con fruición todos los aromas que impregnan la zona. Ve cómo Allegra disfruta su taza de café y a ella le sirve tres hot cakes, dejándole al alcance miel, mermelada de arándanos y un gran vaso de leche.

—Yo quiero café —espetá.

—¡Ah no, jovencita! Nada de café hasta dentro de cuatro años.

—Pero el desayuno se disfruta mejor con una taza de café.

—No para una adolescente de quince.

—Por favor, mamá. Sólo por hoy.

—No.

—¿Media taza?

—Dije que no.

—¿Un par de sorbos?

—No, Aria. ¿Qué te pasa? ¿Tomaste café en Staten Dark?

—No.

—¿Por qué esa ansiedad?

—Huele tan bien...

—Y sabe mejor indudablemente, pero eres menor de edad. No serás candidata a consumirlo hasta dentro de cuatro años.

Llaman a la puerta.

—Deben ser Wagner y Butterfly —dice yendo a abrir.

—¿Los invitaste a desayunar? —no le agrada la idea.

—No estés molesta con ellos. Te estiman verdaderamente...

Deja de escucharla unos momentos para luego verla regresar con los dos adolescentes.

—¡Aria!

—¡Hola! —saluda sin emoción.

—Te extrañamos.

—¡Ah! Yo no tuve tiempo para hacerlo.

—Tienes que contarnos todo.

—Claro.

—Desayunen, chicos.

Después de dejarlos en la escuela, ella se dirige a la sede de gobierno.

## Capítulo 50

Luego de trabajar toda la noche en el panel de control, Duncan logra hacer que funcione debidamente la consola. De nuevo carga los códigos y las claves indicadas, logrando acceso a su satélite.

En la sala de espera de las oficinas del gobernador, Allegra revisa los sucesos ocurridos en su ausencia en la ciudad. Nada de peso que sus oficiales no pudiesen controlar.

A través de su satélite, Duncan ubica la mansión de Edar Nobel. Todo se mueve con normalidad entre sus hombres, aunque le parece extraño que sean tan pocos los apostados para la seguridad del supra. Ubica las cámaras y las hackea sin mayor problema.

—¿Dónde estás, bastardo? —pasa de una a otra sin localizarlo.

Luego, tiene acceso a la de su recámara y ve ante sí la ancha espalda del hombre con la muerte tatuada en ella. Sostiene una vigorosa actividad sexual. Nota que su pareja se mantiene exangüe, sin participar en el encuentro. Nobel la mueve de manera que Christie puede verla claramente. Reconoce a Aria.

—No —Duncan tiembla por la rabia—. ¡¡No...!!

Deja la sala con el rostro encendido y bañado de lágrimas. Entra a otra, una armería y de ella toma todo lo que puede cargar. Baja un nivel y monta un vehículo acorazado. Sigue un corredor por un par de kilómetros y luego se abre una rampa en el basurero de la ciudad, partiendo a quema de llanta. El monstruoso vehículo causa pánico y en el acto tiene tras él a toda la corporación activa. Duncan no quiere interrupciones. Libera aceite por la calle, para que las patrullas derrapen y se estrellen con los coches a su paso; tira combustible, encendiéndolo para que el fuego contenga a otro tanto. Derriba todos los drones que envían para situarlo y tratar de frenarlo. Ve cerca la mansión Nobel. Pisa a fondo el acelerador y revienta la gran puerta como si de cartón fuese. Los hombres de Nobel disparan contra él.

Al oír las detonaciones, el Supra deja el lecho con rapidez.

—¿Oyes eso, pequeña? —sonríe, vistiéndose con su batín de seda—

Papi llegó.

La puerta de la casa vuela en pedazos, lo mismo que todo aquel que intenta detenerlo. Revisa toda la casa hasta encontrar la pieza de Nobel.

—Bienvenido, teniente coronel —dice el Supra.

—¡Ah...! —grita Christie, apretando dientes y el gatillo de su arma, pero Nobel no cae ni sus municiones lo tocan.

—Quiero que sepas que disfruté mucho lastimar a tu hija.

—¡Maldito...! —trata de golpearlo, pero aquel es un holograma.

—Temo que no volverá a caminar —la imagen sigue hablando— y cuando los efectos de la droga pasen... tendrá mucho dolor. En verdad... mucho dolor.

—¡Voy a matarte...!

—Yo lo haré primero. No me verás llegar. Lo prometo.

Le guiña un ojo con cinismo y se desvanece. Duncan escucha afuera los motores de una nave y sólo alcanza a ver cómo parte a gran velocidad, sin darle tiempo a nada.

—Aria —va con ella.

La envuelve en las sábanas y sale a toda prisa. Una veintena de patrullas le vedan el paso, sin embargo, para el acorazado son nada y hace surcos entre ellas, hasta llegar al estrecho, donde el vehículo monstruo se transforma en potente bote.

## Capítulo 51

El gobernador recibe a Allegra en su oficina.

—Si mal no recuerdo, existe un tratado entre Open City y Staten Dark, comandante Christie.

—Así es.

—Que dice que nuestra policía no tendrá injerencia alguna en cualquier delito cometido en Staten Dark. ¿O me equivoco?

—No, señor. Es correcto.

—¿Qué sucedió, comandante? ¿Por qué usted, personalmente y varios de sus mejores elementos están de pronto en la ciudad negra?

—Hubo un crimen. El occiso alguna vez fue ciudadano de Open City. Empleado de mi padre...

—Lo conocía entonces.

—No cercanamente, pero lo conocía, sí.

—¿Y en qué momento su investigación saltó de éste homicidio a la persecución de un sospechoso de otro asesinato? ¿Hay algún vínculo?

—Lo suponemos —consiente.

—Según me informan, el sujeto es un tal Conan Arthie, que al parecer tiene una relación sentimental con usted. ¿Es así, comandante?

—¿De dónde sacó esa información?

—¿Éste prófugo de la justicia es su amante, Allegra?

—No. No, señor.

En una momentánea distracción de Wagner y Butterfly, Aria los deja. Sin embargo, al advertirlo los chiquillos la ubican de inmediato y la siguen, confundidos por su actitud evasiva. La ven entrar a uno de los baños. Se encaminan con decisión al sitio y a la entrada se topan con la prefecta.

—¿Por qué no están en clase? —inquire ajustando los anteojos sobre su nariz.

—Venimos al baño, señorita —contesta Butterfly.

—Claro. Disfrútenlo —se aleja apresurada.

Ambos se miran confusos y entran a la habitación. Aria no está en ella. Sólo su mochila.

—¿Segura que la viste entrar? —inquire Wagner.

—¿Tú no?

—¿Y dónde está?

Antes de abandonar la escuela, Karut adopta la figura de dos maestros más y el hombre del aseo, con el que se encuentra a la entrada de la institución. El hombre se queda en su lugar, con un vaso de café en la mano.

—¿Con azúcar? —se lo quita su otro yo y sale tranquilamente, dejándolo pasmado. Convencido de no pasar toda la noche viendo maratones de series antiguas.

Ve que se monta en una plataforma móvil y se aleja rápidamente, disfrutando su café. Después de algunos cambios de apariencia y plataformas, Karut está en la biblioteca central. No pierde de vista a un hombre de vestir distinguido, que jamás se aparta de aquella puerta que veda el paso a personal no autorizado. Sigue el curso de su mirada y ve que sonríe galante a una rubia bella, que responde coqueta a sus gestos. Karut sigue los pasos de la chica. Sale de la biblioteca. El joven sonríe, adopta la figura de la muchacha y se encamina con decisión al guardia. No le es difícil atraerlo a un cubículo privado de estudio.

—¿Te volviste loca? —sonríe el guardia.

—¿Nunca te ha pasado? —ella lo toca constantemente y toma sus manos entre las suyas.

—Si se dan cuenta...

—Tranquilo —asegura al encontrar su arma de electrochoques.

En un rápido movimiento la toma y la coloca al cuello del hombre. Éste cae estremeciéndose hasta quedar inconsciente.



—No vayas a odiarla, ¿de acuerdo? —dice Karut, transformándose en él.

Le quita el collar con su tarjeta de acceso y vuelve a su puesto. Traspone la puerta vedada a todos y se encuentra con un cuarto pequeño, en el que ve estantes y utensilios de limpieza. Frunce el ceño confuso. No era lo que esperaba. Mueve cuanto está en los anaqueles, en busca de un panel de control.

—¡Vamos! —aprieta los dientes, molesto.

Nota entonces la extraña ranura en la base inferior de uno de los estantes. La compara con el borde de la tarjeta del guardia y no duda en pasarla por ella. Entonces se abre una puerta, dándole entrada a un cubículo más amplio. Allí hay un pequeño panel con la misma ranura y una huella digital. De nuevo pasa la tarjeta; mira sus pulgares y sin dudarlo coloca uno. Una luz azul indica que ha sido reconocido. Escucha un ligero zumbido mientras las luces en aquel compartimento palpitan a buen ritmo. En sentido contrario, se abre otra puerta. Ve amplias salas en las que caminan hombres y mujeres de diversas vestimentas. Algunos normales, otros con trajes de marca, con uniforme militar; gente de bata blanca que se mueve a paso veloz o sobre plataformas móviles y manipulan pantallas de tamaños distintos.

—Omar, ¿qué haces aquí? —un hombre vestido igual que él le sale al paso.

—¿Y tú?

—A mí me mandaron llamar.

—A mí también —sigue su camino y el tipo no insiste más, aunque le intriga su presencia.

Cuando se decide ir tras él e interrogarlo, se le pierde entre todos los que caminan por ahí. Karut tiene una nueva figura. Sigue las indicaciones en los muros de cetrión, el material de construcción más resistente de Udar-Gea. Reconoce a la mujer que funge como sub directora de la biblioteca y la sigue de cerca. Cuando entra a una oficina principal, ya es ella y sobresalta al director Rodelo. Al ver a su doble siguiéndola, la señora Lucca grita, pero Karut lo apaga con un certero golpe.

—¿Quién eres? —inquieta Rodelo.

—Un enviado de Raka Arut —responde.

—Identifícate.

—Soy Karut —se muestra tal como es—, su sobrino.

Palpa las ropas del hombre y extrae de ellas una de sus tarjetas.

—¿Podría firmarla y decirle que estuve aquí? —le entrega una pluma.

—Nadie me informó de esto —hace lo que le pide.

—Entonces ya no sería una misión secreta. ¿No cree?

—¿Cuál es el fin de ella?

—Demostrarle a mi tío que soy un Supra en el cual puede confiar.  
Saliendo de aquí, me encargaré de romper la tranquilidad de Open City.

—¿Y el ataque? —lo detiene— ¿Continúa en pie?

—¿Has recibido notificación de lo contrario?

—No. Yo sólo...

—Nada se aplaza. Todo, marcha según la orden de Raka Arut. ¡Larga vida al gran amo!

—¡Larga vida! —toma posición firme y aprieta sus puños a los costados.

Karut deja el lugar sin mayores contratiempos. Roba la híbrida de un chico e irrumpe en un centro comercial con una Century black. Revienta todos los hidrantes con espuma a su paso y provoca cortos circuitos en las plantas de energía. La gente aterrada llena las calles en unos segundos. Él, aún no termina.

## Capítulo 52

Allegra recibe un extraño mensaje, solicitándole ir con urgencia al hospital principal de Open City. Al estar a sus puertas, el sin fin de sirenas y alarmas sonando en la ciudad la sobresalta. Llama a Columbo, entrando al nosocomio.

—¿Qué está pasando? —inquire molesta.

Varios estallidos a lo lejos la inquietan.

—¡Mantenme al tanto! ¿Me oyes? —corta comunicación, presentándose en recepción— Soy Allegra Christie. Me llamaron hace unos momentos con un mensaje.

—Piso once, señora Christie —indica la enfermera.

—¿Piso once? —frunce el ceño, confusa— Es el piso donde atienden las agresiones sexuales. ¿Por qué...?

—Suba, por favor.

La expresión de la enfermera le cimbra todo su ser. Luego, al ver a Duncan en la sala, su sangre se congela.

—¿Qué sucede? —se acerca angustiada.

—Allegra, quiero que seas fuerte.

—¿Por qué dices eso? ¿Qué pasa? ¡Qué pasa!

—Aria...

—¿Qué? ¿Qué tiene mi hija? ¿Está aquí? ¿Por qué? ¡Qué le hicieron, Duncan!

Al ver al médico salir de una habitación, corre a él de inmediato. Dentro de la pieza ve a su hija, con una careta de oxígeno, sondas para transfundirle sangre.

—¡Aria! —va a ella llena de terror.

Open City arde. Desde lo alto de un faro en la bahía, Edar Nobel disfruta la vista.

Con el paso de las horas, los heridos de los diferentes atentados aumentan por cientos y los cuerpos de rescate trabajan como no lo hacían

en años. Karut baja la camilla de la ambulancia y atendiendo las indicaciones de su compañero, entran a la sala de urgencias del hospital principal. Se confunde entre la gente que llena la zona y pronto deja de ser el atento socorrista.

—Detective Columbo —de pronto está ante recepción—. ¿Me informa dónde está la señora Christie?

—Piso once —señala.

—Gracias —dice con aire cansado.

—No entiendo —Allegra llora contra el pecho de Duncan—. Yo misma la dejé en la escuela. ¿Cómo pasó esto, Duncan? ¡Cómo!

—No era ella.

—¡Por qué!

—¿No escuchas ese caos afuera? Es Raka Arut.

—¿Él lastimó a mi bebé? Lo quiero muerto, Duncan.

—Te juro que va a pagarlo.

Los monitores comienzan a alterarse.

—¿Aria? —va a su lado y la chiquilla abre los ojos, hiperventilando—  
Tranquila, amor. Aquí estoy. Todo va a estar bien.

—Ka... —balbucea respirando con dificultad.

—¿Qué?

—Ka... rut. Ka... rut.

—¿Qué dice, Duncan?

—Creo que llama a alguien.

—¿A quién?

—Ka...

—Tranquila, amor.

—¡Ka... rut! ¡Ka... rut!

—No, Aria —la chiquilla convulsiona—. ¡Doctor!

Médicos y enfermeras entran.

—¿Qué pasa? —inquire el galeno al mando.

—¡Es su corazón! —indica otro.

—¡No puede ser!

Los monitores enloquecen marcando cifras nunca antes vistas. El médico ordena masaje directo al corazón y abren el pecho de Aria para hacerlo.

—¡Duncan! —lloran angustiada Allegra.

Él la abraza con fuerza sin perder detalle de los esfuerzos de los médicos. Al cabo de unos minutos, todos los monitores marcan únicamente línea muerta. Aria tiene la vista fija en el blanco techo. Los médicos cierran el pecho y cauterizan con rayo láser.

—Lo siento —espetta turbado el médico—. No me explico. Yo... lo siento.

—No —Allegra toma en sus brazos a su hija—. Mi niña no, por favor. No es verdad. No puede ser cierto.

—Allegra...

—¡No! Vamos, mi amor. Mírame. Mira a mami, por favor. Mírame, Aria.

—Está muerta, Allegra —llora también, cerrando los ojos de su hija.

—¡No! ¡No es cierto, Duncan! ¡Ay...!

—Disculpe, señora Christie. Su hija es donadora de órganos. Tenemos que llevárnosla.

—No —la abraza más.

—Vamos, Allegra —Duncan la aparta de ella—. Hay adolescentes como Aria que necesitan un órgano. Deja que se la lleven.

Consiente. Se abraza a él llorando.

—¡Recontra! —espeta de pronto uno de los enfermeros.

—¡Pero, ¿qué pasa aquí? —inquiére molesto el otro— ¿Es una broma acaso?

—¿Qué pasa? —miran y en el lecho no ven el cuerpo de Aria, sino el de una anciana.

—Nos dijeron que viniéramos por el cadáver de una niña de quince años. ¿Dónde está?

—¿Qué pasa, Duncan? ¿Dónde está mi hija?

El médico a cargo despide a los enfermeros y queda a solas con los padres de Aria. Va cerca del cadáver, lo mira fijo por algunos momentos. Alarga una mano para acariciar las marchitas mejillas.

—Ella era mi abuela —dice—. Zuna Nobel.

—¿Qué? —inquiére Allegra y Duncan la contiene, pidiéndole lo deje hablar.

—Sabíamos lo que podía pasar —continúa, pero ya como Karut—. ¿Verdad, abuela? Pero no tuvo miedo en ningún momento. Ni las otras ancianas que me ayudaron a engañar a mi tío. Las tenían en un sitio apartado. Olvidadas de todos. Y los huérfanos... esperando para siempre el regreso de sus padres.

—¿Dónde está Aria, muchacho?

—Si siguió al pie de la letra las indicaciones de mi abuela... en sitio seguro, señor.

—Llévame con ella, por favor.

Karut planta un beso en la frente de su abuela y consiente a la petición.

## Capítulo 53

Por más que se esfuerza, Aria no puede ver nada a través de aquella ventana. Ha intentado romperla varias veces sin resultado. Va y se tumba en el camastro, con una mano de plátanos en el regazo.

—Pequeño César mentiroso —bufa.

En el lugar no hay más alimento que plátanos y agua embotellada. Mientras come, recuerda lo sucedido en casa de Nobel. Aquel guardia se burlaba de ella; la asustaba y luego, llega ese otro que lo deja inconsciente. Acciona alguna parte del cubo y éste se abre por todos los lados, dejándola libre.

—Tranquila —él la sujeta cuando intenta escapar y de pronto es la abuela de Karut.

—¿Señora Zuna?

—Ven conmigo —de nuevo es el guardia.

La protege con su cuerpo, ocultándola a la vista de los demás; ocultándola de Nobel. La deja ante un boquete en la gran tapia, por el que puede salir con facilidad.

—Tienes en la ciudad un lugar seguro dónde refugiarte —le dice Zuna—. Ve allí y aguarda.

—¿Qué cosa?

—Sólo obedece, niña. No te desvíes ni echés a volar tu imaginación. Anda, date prisa.

—¿Y usted?

—Debo quedarme.

—Pero cuando ese hombre sepa que me ayudó a escapar...

—No lo va a saber. Vete. ¡Ya, ya!

Y desde entonces está allí, alimentándose de plátanos, agua y aburriéndose más que una ostra en el lecho marino. Escucha que manipulan la cerradura y se mueve rápido. Apaga las luces, toma una gran sartén y se oculta. Sin embargo, la luz se enciende en el acto y ve a

Karut entrar. No duda en golpearlo con su arma.

—¡Auch! —se duele el muchacho.

—¿Qué demonios estás haciendo? —espeta molesta.

—Aria —tras él ve entrar a su madre.

—¿Mamá? —suelta la sartén.

—Aria —va a ella entre lágrimas abrazándola.

—¿Por qué lloras, mami? Estoy bien.

—¡Oh, Aria! —ríe entre lágrimas, mirándola y besándola— ¿Y esas rayas en tu rostro?

—¡Él tiene la culpa! —señala al joven supra.

—¿Cómo te atreves a marcar a mi hija como onegi? —Duncan lo sorprende, sujetándolo del cuello para llevarlo contra la pared.

—Tuve que hacerlo —replica forcejeando con él—. Perdóneme, coronel. Desaparecerán con el tiempo.

—¿Coronel? —mira a Duncan fijamente.

—Aria...

—¿Sí es él, mamá? —la ve con apremio.

—Es él, amor —consiente.

La chiquilla corre hacia el hombre, abrazándolo con fuerza. Duncan la estrecha, colmándola de besos.

—Eres más guapo en persona —sonríe, tocando su rostro.

—Debemos irnos.

—Sí.

Karut los conduce por áreas oscuras, en las que no hay cámaras de vigilancia. En Open City, Conan Arthie las lleva a su negocio y oculta en el sótano.



—Esperen nuestro regreso, ¿de acuerdo? —besa la frente de Aria.

—¿A dónde van? —la joven lo detiene.

—A trastornar un poco más a la autoridad —le guiña un ojo.

Los adolescentes quedan solos en aquel lugar atestado de estantería repleta de libros y revistas; juegos y cajas cromadas que por más que las revisan no logran abrirlas.

—Lamento lo de tu abuela —dice Aria con sinceridad.

—Aunque ya era grande —responde—, a ella le quedaba mucho tiempo de vida todavía. Pero estaba consciente de lo que tenía que hacer y sus consecuencias.

—No termino de comprender todo lo que hiciste para llegar aquí.

—Aún no acaba, Aria —no la mira de frente—. Mientras Raka Arut viva... nada termina todavía.

Las primeras claridades de un nuevo día, sorprenden a Duncan y Allegra besándose.

—Cuídate —pide ella, despidiéndolo.

—Ahora más que nunca —consiente, rozando sus mejillas con sus dedos.

La besa de nuevo y levantando el cuello de su abrigo y bajando la gorra para ocultar su rostro, se pierde dentro de un callejón. Allegra también arregla su abrigo. Consulta la hora en su reloj, atravesando la calle para abordar su coche. En unos minutos está en su oficina y Columbo entra tras ella, dándole un amplio informe de los hechos del día anterior.

—Fue un día de locos —le entrega fotografías de personas diferentes, cometiendo diversos delitos contra la ciudad y sus habitantes—. Adolescentes, amas de casa, un oficial del policía, un vendedor de periódicos, dos taxistas, un anciano de noventa y dos años que provocaron incendios, infinidad de cortos circuitos, choques y caos vehicular, rupturas de aparadores, pavor al disparar con una Century black...

—Las usan en las prisiones para controlar motines. Sólo aturden.

—Pero no deja de ser peligrosa en manos de un adolescente.

—¿Ya fueron arrestados?

—Todos —consiente— pero, ¿sabes el común denominador entre ellos, jefa?

—¿Cuál es?

—Todos niegan ser los de las fotografías.

—¿Qué?

—Aseguran que los de las imágenes... ninguno es ellos. Lo más confuso de todo es que a la hora de cada suceso, los sospechosos estaban en puntos diferentes.

—¿Tenemos pruebas?

—Contundentes. ¿Qué está pasando, jefa?

Quiere responder cuando dos hombres de ropas elegantes entran a la oficina.

—Asuntos internos —se identifican—. ¿Quiere acompañarnos, comandante Christie?

## Capítulo 54

El gobernador deja su hermosa casa s. XXI con una taza de café en la mano.

—A la oficina, Marcus —ordena a su chófer y éste sale de la propiedad.

Oprime un botón en la pantalla frente a él y aparecen las noticias matutinas. Saborea su café, pero frunce el ceño cuando el antiguo Rolls Royce desvía su ruta hasta un cercano cementerio. Se da cuenta que está siendo secuestrado. Abre un compartimiento secreto bajo su asiento, pero está vacío.

—¿Buscas esto? —el chófer le muestra el arma que deseaba.

—¿Quién eres?

—¿Tanto así he cambiado, Rahmar?

El hombre presta atención a la voz que escucha.

—¿Duncan? —inquire con reserva.

—¿Señor gobernador? Odiabas la política. ¿Cómo caíste en ella?

—Mi mujer es senadora.

—Laura Gómez.

—Queriendo y no me fui empapando del ambiente y...

—Y aquí estás. Convertido en uno de los mejores gobernantes que ha tenido Open City en los últimos años.

—Sabes que siempre me ha interesado la gente. No lastimaste a Marcus, ¿verdad?

—Cuando despierte tendrá un fuerte dolor de cabeza. Nada más.

—Hablé en tu funeral.

—Lo sé. Gracias por tus palabras.

—Fueron sinceras. ¿Qué pasó, Duncan? ¿Por qué fingir tu muerte?

—Porque la gente con la que tropecé me obligó a ello.

—¿Quiénes?

—Supras.

Al oír mencionarlos, Rahmar echa el cuerpo atrás.

En la pantalla de aquel muro, Allegra se ve salir de su casa en compañía de Conan Arthie. Luego, al bajar en una de las calles más lejanas de la ciudad, ya no es él, sino Duncan Christie.

—¿Cómo explica eso, comandante? —inquire el agente a cargo.

—No puedo —esboza una sonrisa—. Los términos científicos no son mi fuerte.

—¿Quién es el hombre con usted? ¿El prófugo de la justicia, Conan Arthie? O, el teniente coronel Duncan Christie, muerto en acción hace quince años.

—Me siento algo confusa. Perturbada con esas imágenes.

—¿Acaso no las nota cuando está con él?

—Sí, pero en pantalla lucen escalofriantes. Como... las escenas de una película antigua. Thriller creo que las llamaban.

—¿Quién es, comandante? ¿Su esposo o Conan Arthie?

—Mi esposo tiene quince años muerto. Usted acaba de decirlo.

—Entonces es Conan Arthie. Un asesino prófugo de la justicia. Y lo ayudó a huir. ¿Está consciente de ello?

—Sí... pero a la vez no. ¿Ya le he dicho que me encuentro confundida, perturbada por todo esto? Y luego lo que pasó ayer... en unos segundos, Open City se convirtió en un manicomio. La gente que participó en los hechos lo niega rotundamente. Quizás sea algún tipo de psicosis. Ustedes, ¿qué piensan?

Los dos agentes se miran. Ambos concuerdan que el interrogatorio durará más de la cuenta. Aflojan el nudo de su corbata, se quitan el saco y abren los puños de su camisa. En su asiento, Allegra también se relaja.

Después de una reconfortante siesta, Aria despierta. Estira con agrado todo su cuerpo en aquel camastro. Se sienta al no ver a Karut cerca ni escucharlo para nada. Lo busca por todo el sótano sin éxito. Sube hasta la puerta, pero es igual a la del apartamento del pequeño César, aquella puerta no tiene manija interior.

—No es cierto —espeta molesta y golpea la puerta—. ¡Karut! ¡Abre! ¡Abre! ¡iKarut...!!

El muchacho no está en el edificio. Viaja por la ciudad en una plataforma móvil, rumbo al museo arqueológico de Hawking.

## Capítulo 55

El gobernador y Duncan están ante la placa que identifica la tumba de Christie.

—Creo que durante los primeros cinco años de tu muerte, no dejé de preguntarme cada día: ¿Qué pasó? Tú eras el mejor. Bueno... estás aquí, así que lo que sigues siendo.

—Necesito tu ayuda, Rahmar. Quiero acceso a la base.

—Me retiré cuando decidí dedicarme a la política.

—Pero tú conoces adentro a los buenos.

—No he vuelto allá más que un par de veces y muchos de los nuestros, o murieron por diversas causas o fueron transferidos a otras zonas del planeta.

—Los Supra son egocéntricos por naturaleza. Ninguno permanece mucho tiempo en los bajos mandos. Y tú lo sabes.

—Sí, pero no tenemos idea hasta dónde han permeado nuestras filas. No es sencillo identificarlos.

—Pecan de presumidos. Disfrutan humillarnos y son ávidos buscadores de conocimiento. Especialmente de nuestra ciencia y armas.

—Tal vez pueda conseguir una banda de acceso, pero en cuanto la primera cámara capte tu rostro...

—Consigue lo que necesito y yo me encargo del resto.

Aunque no es la primera vez que visita el lugar, Karut recorre todas y cada una de las salas del museo. Dedicó especial tiempo a observar las figurillas con rasgos humanoides que descubriera el profesor Ludwig en su última expedición en Staten Dark. Da un vistazo a todo el edificio. Conoce el lugar exacto de cada cámara de seguridad, a los guardias dentro y fuera del museo. Conoce sus nombres, el de los perros, las rutas de vigilancia e incluso sus descansos. Después del museo va al mercado y como toda una ama de casa compra lo necesario para la semana. Toma otra plataforma móvil, cambia de nuevo su apariencia y al llegar a la calle, en la que se encuentra el edificio de Arthie, es un hombre de sesenta años, dueño del edificio adjunto. El hombre que pule los pisos, manipulando un robot de tercera generación, se ve cruzar la sala y toma

las escaleras hacia el sótano.

—Oye, mujer —llama a su esposa tras recepción.

—¡Hum...! —le contesta ordenando la mensajería de la semana.

—Acabo de verme entrar y bajar al sótano.

—¡Hum...!

—¿No es extraño?

—¿Ibas solo o acompañado?

—Solo.

—¡Ah...!

En el sótano, Karut va directamente al centro de lavado. Entra a una de las secadoras y oprime el botón encima de su cabeza. Una oscura boca se abre en la parte interior y lo hala con potencia.

—¡Ah...! —grita.

Su recorrido es hacia abajo, luego horizontalmente, desviándose ligeramente en diagonal, hacia arriba y de pronto es expulsado contra un muro acojinado.

—¡Ah...! —cae sobre un amplio colchón en el que Aria saltaba antes de su aparición.

La chiquilla va de inmediato al cubo cromado del que acaba de verlo salir volando. Lo examina con interés.

—¿Cómo funciona? —inquire.

—Del otro lado —responde sacudiendo la cabeza para espabilarse.

—¿Y saliste por éste? —toca el otro.

—Sí, pero no te diré cómo. El coronel me lo ordenó. Traje comida.

—¿Más plátanos y agua? —reclama al verlos.

—También estos pastelillos, aceite libre de grasa, algunos filetes de res, pescado...

—¿Y dónde los vamos a cocinar, tonto?

—Eh... —mira entorno— los plátanos son buenos.



## Capítulo 56

Chaves y Kodak, los agentes de asuntos internos, miran con atención a Allegra.

—Recuerdo bien ese verano —ella habla, transportada a ese día en particular—. Llovía como hacía semanas no pasaba. Algunos distritos estabas inundados y hubo que detenerse la navegación en alta mar. Tuve mi primera contracción a las ocho de la mañana. A más de asustarme, me sentí feliz por sentirla. Una extraña sensación interna... como un golpe y a la vez un tirón. Muy fuerte. ¿Conocen la sensación?

Los dos hombres niegan con la cabeza.

—Es maravilloso —sonríe—. Te arranca un gemido de dolor, pero es maravilloso. Para las nueve las contracciones fueron más agudas. Ni mi padre ni mi esposo estaban conmigo. A las diez me hallaba en el hospital, con los ejercicios de respiración y en una tina de parto. ¡Ah, cómo deseé en ese momento que mi esposo estuviera conmigo! Pero se encontraba en misión especial. No me pregunten cuál porque la desconocía. Hoy la desconozco todavía. A las once en punto de ese agosto lluvioso, parí a mi hija, Aria. Mientras los médicos la examinaban, limpiaban y la envolvían en sus ropitas, llegó mi padre... para decirme que Duncan estaba muerto. Mi dicha se fue. De pronto creo que voy a recuperarla, pero... son sólo destellos. Nada concreto. ¿Saben a lo que me refiero?

—Por supuesto —sonríe Chávez—. Me pasó lo mismo cuando murió mi madre. Son pérdidas muy grandes. Uno...

—¡Ajum! —exclama Kodak, reconviniendo a su compañero.

Éste reacciona, recuperando entereza.

—Sin duda alguna su vida es una historia interesante, comandante —dice el hombre, limpiando su nariz—, pero no arroja luz sobre los hechos en los que está implicada.

—Pero, ¿qué hice? ¿Besarme con dos hombres diferentes que al parecer son el mismo? No tengo explicación para ello, agente. Como ya lo he repetido... me confunde y perturba.

—Bien —palmea la mesa, poniéndose de pie—. Haga el favor de entregar su placa y su arma, comandante.

Allegra se pone de pie y así lo hace. Luego, tiende sus manos a los

agentes para ser arrestada también.

—Queda usted suspendida de su cargo —recoge arma y placa— hasta nuevo aviso.

La dejan ir, aunque sabe muy bien que no sola. Abandona el edificio de gobierno y luego va a la cafetería de su preferencia. Identifica a los agentes que enviarán a seguirla. Ella observa a través del ventanal del local, el ir y venir de personas y vehículos. Consulta la hora en su reloj. Luego, pide otro café y otra ración de pastelillos de zanahoria. Momentos después, un camión repartidor de bollos orgánicos se estaciona frente a la cafetería, vedándoles completamente la vista a los agentes. Estos se miran contrariados y juegan disparejo para ver quién deja el auto y entra a la cafetería. El perdedor baja de inmediato, atravesando corriendo la calle; casi al instante está de vuelta: Allegra se ha marchado. Ninguno advierte la cubierta de alcantarilla cerrándose bajo el camión repartidor. Con la ruta previa que le marcara en su comunicador Duncan, Allegra llega rápido al edificio de departamentos y sale justo en el sótano, donde la esposa del dueño la ve; pero nada dice hasta que entra a la secadora.

—Jonás —llama a su esposo que remueve montañas de sábanas.

—¡Hum...! —gruñe.

—Acabo de ver a una mujer salir de la alcantarilla, meterse en la secadora y desaparecer en ella.

—¡Hum! Deja de fumar marihuana.

La mujer medita en ello: saca de los bolsillos de su delantal varios puros: <<Verde vida. Marihuana de excelencia>>. Los desliza bajo su nariz a todo lo largo, respirando su aroma, lo muerde ligeramente y lo enciende. Las alucinaciones están bien.

—¡Ah...! —Allegra sale expelida por el cubo y golpea en el muro acojinado.

—¿Es divertido, mami? —Aria va con ella y la ayuda a enderezarse.

—Si tienes quince —replica— supongo que sí.

Recorre con la mirada toda la pieza.

—¿No ha regresado tu padre?

—No.

—Él va a tardar un poco más —explica Karut.

—¿Cómo lo sabes? ¿A dónde fue?

—No es necesario que lo sepan.

—Karut —la chiquilla le muestra su puño.

—Eso no resulta conmigo, Aria —sonríe—. Yo no soy Wagner.

—¿Mami? —la mira suplicante.

Allegra consiente. Sorprende al muchacho aplicándole un candado al brazo.

—Queremos respuestas —aprieta los dientes.

—Perdón, señora Christie —se disculpa para luego zafarse del candado y derribar con fuerza a la mujer.

—¡Mamá!

—¡Auch!

—Aguarden a que el coronel regrese, ¿quieren?

—¡Bruto!

—Yo simplemente me defendí.

—¿Cómo te atreves a lastimar a mi mamá? —lo manotea enojada.

—¡Ella torció mi brazo! —retrocede jugando con ella— Duele también.

—Pero tú eres hombre. Resistes más. Te odio. ¡Te odio!

Karut lleva sus manos a la espalda y no se detiene, permitiéndole lo golpee hasta quedar satisfecha.

—Ya, Aria —Allegra va a ella y la arrastra de regreso al colchón—. Estoy bien. No pasa nada.

—Es un abusivo —llora—. Me golpeó cuando me llevó a Shadak. Hizo que su abuela me tatuara la cara y las marcas no desaparecen más que con punciones de veneno de pulpo.

—Eso no es del todo cierto —explica con gravedad Karut desde su

lugar—. Se desvanecerán con el paso de los días, solos.

—Tú dijiste...

—Para que no insistieras en el asunto.

—Es un mentiroso. ¿Lo ves?

—Sí, cariño.

—Y lo hace con tanta naturalidad...

—Debía sobrevivir —se justifica el muchacho.

Ve cómo Allegra acuna entre sus brazos a su hija y la mece, consolándola. Él se aparta lo suficiente para no quedar a su vista. Algunas lágrimas inundan sus oscuros ojos. Se da cuenta que con la muerte de su abuela se ha quedado solo. Dos lágrimas escapan de sus ojos y mojan sus manos. Las barre en el acto. Raka Arut le ha arrebatado todo, pero no lo hará más. Con aire decidido sale y sube sobre uno de los cubos cromados. Antes de que Allegra pueda decir algo, el muchacho desaparece en su interior. Sale al otro extremo por la secadora. Los esposos dueños del edificio, cada uno con su puro de mariguana entre los dientes, lo saludan con simpatía.

—No soy real —asegura el joven al reconocer el fétido aroma.

Ellos consienten y continúan con su trabajo. Karut aborda una plataforma móvil. Vuelve al centro. Columbo se ha encargado de todo. La ciudad ha recuperado su normalidad y se remedian los destrozos que hiciera. Según lo acordaron, el joven se encuentra con Christie en una zona en remodelación.

—¿Mi esposa y mi hija? —inquire.

—Siguen en el sótano.

—¿Hicieron preguntas?

—Y no les di respuesta.

—Eres un buen soldado.

—De hecho soy un capitán condecorado —se transforma en su padre—. Poseo todos sus conocimientos, ¿sabe?

—No lo dudo. Movámonos.

—¿Tiene la banda?

Duncan se la muestra y se pierden en la noche.

## Capítulo 57

Edar Nobel, Raka Arut como su pueblo lo aclama, está de vuelta en Shadak. Observa con beneplácito el pulso luminoso que no deja de crecer paulatinamente. Su nave desciende en las pistas de su cuartel general y sus hombres de mayor confianza salen a su encuentro.

—Bienvenido, señor —lo saludan.

—¿Cómo va todo? —no se detiene encaminándose al edificio principal.

—El portal está abierto en un 60%, pero la flota no puede cruzarlo todavía.

—Que inyecten más zuquita al generador.

—No es posible, Raka Arut. Se sobrecalentará y podría estallar.

—Si sucede, tantos años de trabajo se irían al fango.

—¿Cuánto más hay que esperar entonces?

—Setenta y dos horas, cuando mucho.

—Que los científicos lo reduzcan a cuarenta y ocho.

—Pero...

—¿Acaso los crees incapaces, Alker?

—De ninguna manera, señor.

Se separa del grupo para encargarse de ello. Raka Arut y los otros continúan hacia el centro de mando. Allí, pantallas enormes le muestran centenares de naves y millares de soldados listos para matar y morir.

—Quiero hablarles —pide un comunicador.

Se lo entregan. Luego, va y se coloca sobre una placa que proyecta su figura a todo su ejército. Todos dejan lo que hacen para verlo y escucharlo.

—Los minutos de Hawking están contados —anuncia—. Nuestros padres, abuelos y todos nuestros antepasados no podrán ver nuestra victoria. Pero en el futuro, Udar-Gea será lo que antaño. ¡Los dominadores

de la galaxia!

—¡Sí!

—¡Destruiremos las ciudades, los hogares y las vidas de los humanos!

—¡Sí!

—Los sobrevivientes los haremos onegi. Pagarán por el sufrimiento de tantos y tantos que cayeron ante su invasión. ¡Udar-Gea se levantará y aplastará con poder a Hawking!

—¡Sí!

—¡¡Muerte a los invasores!!

—¡¡Muerte a los invasores!!

—¡¡Raka Arut los liberará!!

—¡¡Raka Arut!! ¡¡Raka Arut!!

—¡¡Raka Arut!!

Desde su vehículo, Duncan y Karut observan el edificio del museo. La hora de cerrar y que sus empleados vayan a casa está cerca. Duncan mira al muchacho sentado a su lado.

—Tu padre y yo servimos en la misma base militar siendo más jóvenes —revela.

Karut lo mira.

—Entonces, Allegra era cadete y yo su instructor. Nos gustamos desde el primer momento, pero... yo era tímido con las mujeres.

—¿Lo dice en serio? —sonríe.

—Tu padre me ayudó al respecto. La vida de un militar no es sencilla y ser tímido con las mujeres sólo lo empeora. Eso me enseñó él. Yo no tenía experiencia alguna con las chicas. No tenía idea de cómo acercarme a ellas e interactuar. Alex fue mi guía y entrenador sobre ese sinuoso camino.

Karut consiente, sonriendo.

—Puedo decir que le debo mi felicidad a tu padre. Jamás pude agradecerse. Nos enviaron a diferentes bases y aunque seguimos en contacto gracias a la TECNO, nunca volvimos a vernos. Cuando supe de su desaparición... lo sentí mucho. Ahora que sé de su muerte, te aseguro que lo lamento en el corazón.

—Lo sé, coronel.

Guardan silencio. Karut mira al frente. Se ve reflejado en el espejo y toma por un instante la figura de su padre.

—Me habría gustado más tiempo con él —revela—. Aunque tengo todos sus recuerdos, no es igual a ver interactuado con él. Fue muy corta la etapa juntos. Querría haber crecido bajo su protección y consejos. Aprender de él lo que he tenido que aprender solo...

Duncan consiente. Le toma el hombro con una mano, apretándolo con aire paternal. Él no era el mejor en el oficio. Se había perdido de él durante quince años. No sabía confortarlo debidamente.



## Capítulo 58

Vuelven los ojos al museo y ven al director despedirse del guardia en la entrada. Se miran con aprobación. Aguardan el tiempo prudente y luego se encaminan al edificio. Karut adopta la figura del director y Duncan la de Conan Arthie.

—Buenas noches, Solís —saluda al guardia.

—¿Algún problema, señor? —mira con recelo a Conan, vedándole el paso.

—Creo que olvidé mi comunicador en la oficina. No tardaremos.

—¿Él quién es?

—Un amigo con el que cenaré.

—¿Me permite una identificación, por favor?

—Solís, viene conmigo.

—Lo siento, señor, pero ésta visita se sale del protocolo...

En una ligera distracción del hombre, Conan lo derriba y le rodea el cuello lo necesario para hacerlo perder el conocimiento.

—¡Vamos! —entran apresurados al lugar.

Corren rumbo a la sala que les interesa. A través del sistema de seguridad, los guardias en el lugar notan su extraño comportamiento. Ponen sobre aviso a sus compañeros y estos, con perros entrenados acuden a investigar.

—¿Por dónde, Karut? —inquieta Duncan.

—¡Por acá! —corre.

En el fondo de un pasillo los guardias los descubren. Sueltan a los perros ordenándoles ir tras ellos. Los animales les dan alcance en un momento. Uno salta sobre Duncan, mientras el otro persigue a Karut. El muchacho se desliza por el pulido piso por debajo de una mesa, pero el perro lo persigue. Se frena confuso al no ver más al joven y encuentra en su lugar un pequeño y hermoso gatito de dorado pelaje y muy expresivos ojos. El sabueso lo mira con curiosidad. No recuerda haber visto un felino igual en toda su vida. Lo escucha ronronear. El perro olfatea, acercándose

con precaución.

Duncan por su parte, pelea con el mastín que lo ha derribado. Lo tiene bien sujeto. Al ras del piso, ve a los hombres acercándose para someterlo.

La ley de los hombres apunta que un gato es el enemigo natural de los perros, pero pocas veces entienden que éstos sólo quieren jugar con ellos. El mastín se acerca al hermoso felino con esa única intención: jugar. Apenas estar unos centímetros de él, el gato de dulce expresión emite un rugido portentoso que asusta y sorprende a todos. El perro huye entre lloriqueos y su compañero lo sigue al cruzar ante él. Los guardias que someten a Duncan dejan sus manos a medio esposar, temerosos también del feroz gato. Christie se levanta y saca su arma por si debe defenderse, pero por el pasillo sólo ve a Karut, avanzando y llamándolo a su lado, con aleteo de mano.

—¿Y la bestia? —inquire, revisando su entorno.

—No hay ninguna bestia. Era yo.

—¿Te transformas también en animales?

—Si está vivo y se mueve, puedo hacerlo. Vamos.

Entran a la sala que les interesa. Karut, de nuevo con la efigie del director llega hasta la urna en la que se exhiben las figuras humanoides que Ludwig descubriera. Rompe el recipiente, tomando las figurillas. Salen corriendo. Afuera, se escuchan ya las sirenas de la policía y las diversas patrullas rodeando el edificio; pero al muchacho no le preocupa. Guía a Duncan hacia el sótano.

—Allí —le señala un viejo baúl.

Al moverlo entre ambos descubren un pasaje que baja al drenaje profundo de la ciudad. El joven le señala al hombre por dónde ir. Dejan de escuchar las sirenas y suben por unas escaleras. Salen a un parque, a un par de cuadras del museo. Karut no se detiene, hay un auto a su disposición.

—Pensaste en todo —felicitó Christie.

—No soy un improvisado —asegura sonriendo y abordan.

—Ahora a la base.

## Capítulo 59

Por más que revisan aquel cubo ni Allegra ni Aria encuentran la manera de hacerlo funcionar.

—¡Ah! —Aria se tumba de espaldas sobre el colchón y su madre la imita— ¿Estás feliz, mamá?

—¿Por qué tu padre está vivo y ha vuelto? Mucho, cariño.

—¿Por qué jamás me hablaste de él?

—No podía, Aria. Me dolía demasiado recordar mi vida con él y... y que jamás volvería a verlo ni concretaríamos los planes que habíamos hecho juntos.

—¿Cómo cuáles? ¿Me cuentas?

—Viajar. Aunque nacimos en Hawking, no conocemos mucho de él y nos prometimos hacerlo. Tener nuestra propia granja.

—¿En serio?

—Sí. Nos encantan los caballos, ordeñar vacas, criar gallinas...

—¿Para venderlos y sacrificarlos, mamá?

—No, cariño —ríe— para aprovechar su vida productiva. Luego, pensábamos darte un par de hermanitos...

—¡Hum! ¿Puedo pensar ese punto?

—Es decisión de tu padre y mía.

—Pero seré quince años mayor que ellos. Ya me siento vieja, mamá.

—No aventuremos nada. En estos momentos hay cosas más importantes en qué pensar.

—Sí. ¿Qué crees que estén haciendo ellos?

—No tengo la menor idea, hija.

En una curva oscura, a unos cinco kilómetros de la base militar, Karut

y Duncan observan el área a través de binoculares de visión nocturna.

—Todo luce tranquilo. Si haces lo que te ordené, tan sencillo como entres podrás salir.

El joven consiente. Sube al auto. Deja al padre de Aria en el lugar y él se enfila hacia la base militar. En la pantalla de la computadora del vehículo, ve la fotografía del general a cargo de aquella zona. Al llegar al punto de revisión, se transforma en él.

—¡Atención, soldado! —espeta al acercarse a su coche para revisarlo— ¡Firmes!

—Sí, señor —se cuadra ante él y levanta la palanca para darle entrada.

Un kilómetro más adelante, está el ingreso y los guardias en él lo saludan también con respeto. Karut se estaciona ante el edificio principal, donde militares de alto rango le dan la bienvenida.

—Descansen, soldados —les dice.

—No lo esperábamos sino hasta la próxima semana, señor —le dice alguien.

—¿Y los sorprendo, capitán? —es algo irónico— ¿Acaso ocultan algo?

—Claro que no, señor, pero su operación fue delicada y...

—¡Ah, ya estoy bien!

—Qué bueno, señor.

—¿Alguna novedad? —entra al edificio.

A través de sus potentes binoculares, Duncan puede verlos. Mira la hora en su reloj: casi media noche.

A pesar de sus esfuerzos por permanecer despierta, Aria sucumbe al cansancio y el silencio que la rodea. Allegra vela su sueño, pero no puede evitar preocuparse por su esposo y el muchacho supra.

## Capítulo 60

Karut abandona la oficina del general Batiz. Adopta la figura del capitán que lo recibiera y se encamina con pasos apresurados hacia la zona de hangares y pistas. El vigía de una de las torres lo ve. Le atrae el apremio de su andar. Toma sus binoculares para verlo bien.

—¡Qué diantres...! —espeta y luego mira al interior de la torre donde el mismo capitán inicia una partida de dominó con sus compañeros.

Enfoca mejor al superior, pero lo pierde tras algunos vehículos. No está seguro de lo que ha visto. Revisa de nuevo, pero cuando advierte al hombre aquel, ya no es su capitán sino otro oficial que le es totalmente desconocido. Entra a la torre con una expresión de desconcierto.

—¿Qué tienes? —inquire uno de sus compañeros.

Con sumo cuidado, Karut entra aquel hangar. En él se guarda una media docena de naves, pero no ve la que Duncan le indicara.

—¡Ah! —sonríe al encontrarla.

Se acerca con decisión a ella, pero estando allí se topa con un mecánico que trabaja todavía.

—¡Qué hace aquí! —espeta.

—Capitán Alex Ferrero —se identifica—. ¿Usted quién es, soldado?

—Brígido Peña, ingeniero mecánico.

—¿Está trabajando en el Phantom? —palmea la nave.

—No, señor. En un Harris.

—¿El Phantom está al cien?

—Rara vez da problemas.

—Perfecto —abre su entrada.

—¿Qué hace, capitán?

—No se asuste, soldado. Sé lo que hago.

Entra con rapidez, dejando al hombre boquiabierto. Corre ante los controles y se tumba en el asiento del piloto. Ve que varios uniformados

entran al hangar, con sus armas apuntándolo. Sonríe sin tomarlos en cuenta. Enciende los motores, manipula la palanca de mando, los controles y mueve la nave de su sitio.

12:30 ve Duncan en su reloj. No advierte demasiado movimiento en la base. Quizás él mismo debió ir allá y conseguir la nave deseada. No entendía cómo le había dejado el trabajo a un niño. Él lo había convencido. Era un muchacho persistente y además con sangre supra en sus venas. ¿Realmente lo convenció que podía hacerlo o lo manipuló? Esto último no era nada bueno. Revisa una vez más el área. Advierte al Phantom saliendo del hangar y una docena de soldados tratando de detenerlo. Karut lo lleva por la pista como una oruga sobre una hoja apetitosa.

—¿Qué está haciendo? —se pregunta el coronel.

—¡Wow! —ríe el joven y mira a los militares gritándole que pare y baje— ¡No entiendo! ¡El ruido de las turbinas no me permite escucharlos!

Desliza la nave por la pista unos metros y luego la hace retroceder, llevándolos a todos de regreso al hangar.

—¡Qué haces, Karut! —grita Duncan.

El muchacho lleva al centro del lugar al Phantom y todos creen que se detendrá y bajará.

—Enviaré a ese imbécil al último reducto de Hawking a picar piedra durante el invierno —conmina el capitán.

Pero el Phantom no apaga sus motores. El tren de aterrizaje desaparece, queda flotando y, más rápido que un parpadeo, sale de nuevo del hangar, dejando a todos impávidos. En un segundo, Karut y la nave están sobre Duncan. Un anillo de luz se abre y abduce al coronel.

—Vamos por mi familia —espetea sentándose del lado del copiloto.

Karut asiente. En la base militar, todas las alarmas suenan con estridencia y una multitud de hombres corre preparándose a un ataque.

## Capítulo 61

El Phantom se dirige a la ciudad. En su computadora ubica el edificio de Arthie y el punto exacto en que permanecen Allegra y Aria. Un rayo sónico destruye una parte de la azotea, descendiendo hasta el sótano. Las dos mujeres gritan con sorpresa al abrirse un boquete en el techo. Una nube de polvo lo inunda todo, obligándolas a toser constantemente. De pronto, en medio de un haz de luz, Duncan sale a su encuentro.

—¡De prisa! —las llama a él.

Las envuelve entre sus brazos y al pronto están en el interior del Phantom. Teletransportadas en un flujo de energía.

—¡Ah! —las dos gritan estremeciéndose. La experiencia es nueva para ambas.

—Todo está bien —Duncan sonríe, besándolas.

Las lleva a los asientos laterales, asegurándolas con cinturones.

—Duncan, ¿dónde estabas? —inquire Allegra.

—No es momento de conversar, amor —la besa—. Nos persigue toda la flota.

—¿Qué? ¡Por qué!

—¡Robamos un Phantom, señora Christie! —informa eufórico Karut.

—¡Vámonos! —ordena el coronel, seguro en su asiento.

Con solo oprimir un botón, la nave se aleja del lugar a velocidad exorbitante, pero son seguidos de cerca por naves similares.

—¡Piérdelos!

—En un momento —consiente Karut.

Vuela de forma lateral, luego asciende, baja en giros que lucen incontrolables y desaparecen de todo radar y vista en un solo click. Luego, deja los controles en piloto automático.

—Bien hecho —felicita Duncan.

—Gracias, coronel.

Dejan sus asientos para ir con las mujeres.

—¿Están bien? —indagan.

Ambas permanecen más que sujetas a sus asientos y lucen pálidas.

—Creo que van a vomitar —observa Karut.

—No en mi nave —corre por un par de bolsas.

Apenas tenerlas en sus manos, ambas vuelven el estómago. Los dos varones se miran con un mohín ligero de asco.

—¿A dónde vamos? —Allegra, ya repuesta, quiere saber.

—A un lugar seguro —él besa su frente.

—¿No nos siguen ya?

—No pueden. Estamos en modo fantasma. Ningún radar u ojo humano puede ubicarnos.

—¿Ni siquiera los nuestros?

—Les tomará mucho tiempo y cuando lo hagan, ustedes estarán en sitio seguro y nosotros reventando un ídolo.

Karut se sienta junto a Aria.

—¿Te sientes mejor?

—Sí.

—¿Te traigo algo? ¿Agua?

—No. Creo que mi estómago no toleraría ni eso por el momento.

—Bueno —consiente y ambos quedan en silencio.

Karut mira a los padres de Aria, conversando. Abrazados y dándose tiernos besos, con un toque de vómito.

—Perdóname —dice de pronto el joven—. Por todo. Por tomar la forma de tus amigos, tus maestros y otros conocidos para vigilarte y conocer todos tus pasos. Perdóname por golpearte y llevarte a Shadak con la intención de exhibirte como onegi y a mí como un Supra auténtico.



Por engañarte llevándote de un lado a otro y entregarte finalmente a mi tío. Esa descarga que recibiste debió dolerte y el miedo que pasaste por mi culpa, encerrada en ese cubo, sin saber lo que mi tío planeaba para ti. También por derribar a tu mamá. No fue mi intención lastimarla. Mucho menos a ti. Yo... tú... me gustas mucho.

Aria se vuelve para mirarlo. Él la mira también.

—Quiero que lo sepas porque quizás no volvamos a vernos.

—¿Por qué?

—¿Recuerdas aquel pulso luminoso en el cielo de Shadak?

—Sí.

—Es un portal abriéndose.

—¿Qué?

—Mi tío planea entrar por ahí para éste lado. Con todo su ejército.

—No.

—Si lo logra habrá guerra. Destruirá tu ciudad y todas en las que los humanos habiten. Habrá muchas muertes y los que sobrevivan se convertirán en onegi.

—Debemos evitarlo.

—Lo haremos —sonríe y al alargar su mano, acaricia con ternura la mejilla de la adolescente.

—El abuelo dijo que destruyeran el ídolo. ¡Papá...!

—Lo sabemos —la tomas de las manos—. Lo que tu abuelo llamaba el ídolo es una peña que se levanta sobre las arenas del Huárasa. En su interior está el reactor que alimenta el portal. Destruyéndolo, el portal se cerrará. Igual los otros. Pasarán siglos antes de que mi tío pueda reconstruirlo y abrir un nuevo portal.

—¿Y por qué dices que no te veré más?

—Karut —llama Duncan—. Estamos llegando.

—¿A dónde? —averigua Aria.

El nivel de apertura del portal alcanza el 80%. Toda actividad en Shadak se ha detenido, esperando que el proceso se complete.

## Capítulo 62

Del otro lado, Hawking aprecia un extraño y hermoso fenómeno en el cielo. Un pulso luminoso y de colores se manifiesta, atrayendo la atención de muchos desde las primeras horas del día. Los gobiernos de las distintas ciudades y de la Federación, se reúnen con carácter de urgente en la sede principal de ésta última. El robo de una nave Phantom preocupa demasiado. Ésta, se posa delicadamente sobre una plataforma, que la oculta bajo altas dunas de arena en una isla desierta, perdida en el gran océano del Sur.

—¿Qué lugar es éste, Duncan? —inquire Allegra al dejar la nave.

—Es un antiguo complejo de investigación —explica y los guía por el lugar—. Lo abandonaron hace treinta años, pero está al cuidado de...

—¡Androides! —espeta Aria al verlos surgir de entre las sombras.

—Bienvenidos a Edén IV —dice el bot de apariencia humanoide y construido a base de silicón y circuitos que semejan el sistema circulatorio humano—. Soy Epic 001.

—¡Hola, Epic 001! Soy el teniente coronel Duncan Christie. Ella es mi esposa, Allegra, mi hija Aria y...

—Yo soy Karut —se presenta el muchacho— y puedes llamarme Karut.

—Bienvenido, teniente coronel. Señora Allegra. Señorita Aria y... Karut.

En un momento, los androides los instalan en cómodas habitaciones y trabajan para atenderlos debidamente.

—Éste lugar es hermoso —dice Aria mirando a través de un amplio ventanal la no muy lejana playa.

—Un paraíso —consiente Allegra— como lo dice su nombre.

—¿Cuánto tiempo nos quedaremos aquí?

—El necesario, cariño —dice Duncan—. Los androides las atenderán como merecen. Pidan lo que quieran que el complejo cuenta con todo.

—Sí.

—Estoy enfrente —le guiña un ojo a Allegra.

—De acuerdo —ella le lanza un beso— ¡Pido la regadera primero!

—¡Mamá...!

Karut baja hasta la playa. Un androide lo acompaña a petición suya.

—¿Qué sabes de la zona? —indaga— ¿Hay muchas corrientes marinas?

—Sólo dos importantes, pero lo suficientemente lejanas de la isla por si gustas de nadar y bucear.

—Es muy buena idea. ¿Depredadores peligrosos?

—No en éste tiempo. En el invierno abunda el tiburón tigre y el clava, que es endémico: semejante a los escualos, pero posee tentáculos con ganchos con los que atrapa a sus presas. Es carnívoro y si un buzo se cruza en su camino, fácilmente puede ser confundido como presa de caza.

—Por su visión débil, imagino.

—Si logras verlo antes contén tu respiración y no te muevas. Puedes pasar por sargazo o una esponja vieja.

—Sí —se vuelve para mirar el interior de la isla—. ¿Qué me dices de los mantos acuíferos? ¿Los hay?

Aria entra a la cocina donde varios androides preparan la comida suficiente para sus inesperadas visitas.

—¡Hola! —saluda con simpatía.

—¡Hola! —responden en el mismo tono.

—Huele rico. ¿Puedo ver?

Le muestran lo que preparan: pastas, verduras, carnes y mariscos.

—Yo no como nada que haya estado vivo —protesta.

—Se nos informó —aceptan los androides.

—Para ti preparamos las pastas, las verduras y un cóctel de frutas que te encantará.

—¡Ah, gracias!

Todos se reúnen en el comedor principal y entran a él por diferentes direcciones. Duncan y Allegra juntos, intercambiando besos y caricias. Karut, con el cabello suelto y mojado regresa de fuera y Aria lleva consigo un libro grueso, con fotografías interesantes. Todos se sientan alrededor de una mesa redonda. Los androides entran para servirles.

—A mí no me sirvieron vino —protesta Karut.

—El vino es sólo para los adultos —sonríe Allegra.

—En Shadak, yo ya soy adulto.

—Eso será en Shadak, jovencito —le dice la mujer—. Aquí estás en Hawking y mientras no tengas los veintiuno, eres considerado menor de edad.

—Claro.

—Cómo extrañé momentos así —suspira Duncan—. Juntos a la mesa.

—Brindo para que jamás terminen —Aria levanta su copa con agua y todos hacen lo mismo, riendo.

## Capítulo 63

Disfrutan de sus respectivos alimentos. Karut lo atesora muy dentro de su corazón y mente. Nunca había estado a la mesa de una familia. Menos que lo tomaran en cuenta como parte de ella. Si sus padres vivieran, ambos tendrían la misma edad de Duncan y Allegra. Después de comer dan un paseo por la playa. Duncan y Allegra abrazados del talle conversan. Los más jóvenes recogen piedrecillas y conchas de entre la arena. Karut le arroja un puñado a Aria y ella le responde de igual manera, jugando. Al atardecer, ambos se preparan para regresar al Phantom.

—Quiero ir con ustedes —Aria se presenta ante su padre.

—Gracias por el ofrecimiento, pero no.

—¡Papá...!

—Te quedas aquí con tu madre. Muy lejos del peligro.

—Pero...

—Cuando tengas el entrenamiento adecuado, hasta yo me pondré a tus órdenes. Antes no.

—¿Y por qué Karut sí va? ¿Por qué es hombre? ¿Para poner su vida en peligro no es menor de edad?

—Es hombre, sí, pero sabe a lo que vamos y a dónde ir, que es más importante.

—Por favor, papi, prometo que no estorbaré.

—Dije que no, Aria. No sabemos con qué vamos a encontrarnos allá. Si tengo qué preocuparme por tu seguridad fracasaremos. El futuro de Hawking está en nuestras manos. Cometer un error nos pierde a todos. ¿Entiendes?

—Sí —suspira.

Con aire tímido, Karut se acerca a Allegra en una parte del jardín botánico del completo.

—Eh... —llama su atención— yo... sólo quiero disculparme por derribarla el otro día.

—Disculpa aceptada —sonríe y le alborota un poco más la greña.

—Me gustaría tener más tiempo para conocerla y que me conozca, pero... debemos irnos y no sé qué va a pasar cuando estemos en Shadak...

—Sólo cuídate mucho. Mantente al lado de Duncan y estoy segura que nos veremos otra vez.

Inesperadamente para él, Allegra lo abraza con cariño. Él consiente con un movimiento de cabeza y sonríe también.

Con el ocaso en curso, el Phantom se desprende de la plataforma. Ambos se despiden de Aria y Allegra, que los miran desde el fondo. Luego, la nave desaparece a hipervelocidad. La soledad y el silencio que experimentan las dos les saca algunas lágrimas.

—Tengo miedo, mami.

—Yo también, cariño. Pero debemos confiar en que todo salga bien.

El portal está abierto en un ochenta ocho por ciento. Raka Arut no deja de estimular a su pueblo, en su sed de venganza.

—No habrá misericordia para nadie. Mucho menos para los que se han aliado con los terranos y han puesto toda su confianza en ellos. Traidores. Enemigos de su propia sangre y suelo. Prepárense todos. Hay que derramar toda la sangre posible.

—Noventa por ciento de apertura.

En la asamblea de la Federación, los distintos gobernantes que la conforman dan su punto de opinión.

—¡Ya hemos visto éste fenómeno! ¡Alguien en otra dimensión está abriendo un portal!

Un murmullo general se escucha en la amplia sala. Todos se preguntan quién podría atreverse a ello.

Las fuerzas militares de Hawking se preparan para cualquier contingencia. Grandes acorazados zarpan de los principales puertos cargados con las mejores naves y todo el armamento posible. En las ciudades, por precaución se mantiene un toque de queda global. Butterfly

y Wagner no logran comunicarse con Aria y saber si se encuentra a salvo.

En la oficina principal de Allegra, Columbo no pierde detalle de las transmisiones especiales de los medios. Los científicos hablan de un crecimiento de aquella luminosidad palpitante. Todos aguardan que surjan a través de ella, naves invasoras.



## Capítulo 64

Duncan maniobra el Phantom sobre las ruinas en las que Ludwig descubriera las puertas extrañas que jamás lograron descifrar. Karut desciende. Lleva consigo las figuras. Las pequeñas las coloca en las de los costados y la más grande en la del centro. Un intenso resplandor los ciega momentáneamente.

En la sala de control de Raka Arut, un salto en el porcentaje de energía utilizada alerta a todos.

—¿Qué pasa? ¿Por qué retrocedió el conteo?

—Abrieron un portal secundario, señor.

—Christie —aprieta los dientes—. ¡Búsquenlo y tráiganlo ante mí!  
¡Ahora!

—¡Sí, señor!

Una tercia de naves sale en su persecución.

—Tenemos compañía —anuncia Duncan al detectarlas.

Karut consiente y maniobra para perderlas; sin embargo, los pilotos que los siguen cuentan con la experiencia suficiente, manteniéndose tras ellos. Comienzan a disparar. Karut esquiva el ataque. Duncan prepara armas para responder. Centra en su mira una de las naves y dispara sin titubeo. Su adversario esquiva el proyectil. El coronel no pierde de vista su blanco e insiste en su ataque; dispara de nuevo y ésta vez logra tocar la nave enemiga. La noche se viste de fuego al hacerla estallar.

—¡Sí! —espeto confiado, pero sin perder concentración.

Karut se eleva, mezclándose con un extenso conglomerado de nubes. Sus perseguidores también entran en ellas. Tienen el blanco frente a ellos y de pronto desaparece.

—¿Dónde está?

—¡Allí estaba!

Lo buscan por todas partes: arriba, abajo, a los costados. El Phantom se materializa de nuevo tras ellos. Duncan dispara y derriba otra de las naves. Persiguen a la tercera que huye a gran velocidad. Karut desciende un poco y la adelanta a hipervelocidad. Al no verla tras él, el piloto enemigo cree haberlo perdido, pero de pronto está ante él, a punto de

colisión.

—¡Dispara, coronel! —pide el muchacho.

Así lo hace y la nave estalla casi frente a ellos. Karut evita las partes que salen volando, como ave experimentada. Luego, baja y vuela al ras de la jungla, desapareciendo de cualquier radar.

—Salgan a buscarlos —ordena Raka Arut—. No creo a Christie muerto.

En la gran pantalla, el marcador indica 92%. Sobre las plataformas, su ejército está listo para despegar y atravesar el portal. En el otro extremo, la flota de la Federación se prepara para encarar lo que suceda. El sonoro grito de sirenas llama a cada soldado a su puesto y todo ojo se eleva hacia el cielo en busca de cualquier objeto desconocido.

Desde la azotea del edificio principal de aquel complejo de investigación, Allegra observa la luz en el cielo que asemeja un párpado abriéndose.

—¿Tampoco duermes, mamá? —Aria se le une.

—¿Qué haces aquí?

—No puedo dormir. Estoy preocupada por papá... y también por Karut. ¿Crees que estén bien?

—Tienen que estar bien.

## Capítulo 65

Karut aterriza con facilidad cerca de la casa en el árbol.

—El tío debe estar buscándonos —descienden—. Que lo hagan a ciegas por algunas horas.

—¿Qué lugar es éste? —mira entorno.

—Mi hogar —sonríe—. Aquí nací y viví con mis padres los únicos años felices de mi vida. Cuando derribemos a Raka Arut, traeré a Aria a vivir aquí.

—¿Cómo dijiste? —arruga el ceño.

—Me escuchaste bien, coronel. Quiero a Aria, la haré mi esposa y la traeré a vivir aquí.

—¿Sabes que en nuestra cultura la mujer debe estar de acuerdo para llegar a ello?

—Claro. Conozco su cultura.

—Pero mi hija no conoce la tuya, que según sé, la mujer no tiene mucha relevancia en todos los ámbitos.

—Se encargan del hogar, los hijos y complacer al marido...

—Aria es una niña libre. Una mujer libre, Karut y...

—Seguirá siendo libre, coronel —sonríe radiante—. Me encanta que lo sea. Que me riña, que diga lo que piensa. Voy a cuidarla y hacerla feliz. Te lo prometo.

—¿Aria conoce tus sentimientos? ¿Los comparte?

—Estoy seguro que sí.

—Pero no lo sabes a ciencia cierta. ¿Qué hay de los tuyos? Son muy jóvenes, Karut.

—En mi corazón yo no tengo dudas. Conozco a Aria desde hace meses y he convivido con ella directa e indirectamente.

—¡Ah! Valiéndote de tus dotes supra, imagino.

—¿De qué otra manera? Aria siempre es ella. Eso me encanta.

—¿Crees que ella pueda decir lo mismo de ti? ¿Le has dado la oportunidad de conocer al Karut auténtico?

El muchacho no responde. Permanece pensativo por largo tiempo.

—¿Cómo encontraremos el ídolo? —inquire Duncan— Sé de él por Ludwig, pero jamás supe su ubicación.

—Sé dónde está —palmea su pecho.

—¿Tu tatuaje es un mapa?

—Mis padres lo grabaron para que yo no lo olvidara. La abuela me lo explicó. Sé a dónde ir.

—¿Y qué esperamos?

Vuelven a la nave y reanudan su búsqueda.

El portal está abierto en un 95%. Raka Arut se siente ansioso. Ordena el despegue de todas las naves y se encienden los propulsores de la que él comanda. La mayor de todas. Tan grande como Open City y Staten Dark juntas. El amanecer no está lejos. Todo Shadak sigue, segundo a segundo el curso de su ejército y su líder.

Con timidez, el sol de Hawking asoma sobre las aguas del océano. Allegra lo observa con su hija dormida en su regazo. Levanta la mirada para ver en lo alto y la lejanía, el portal prácticamente abierto.

Las doradas arenas del Huárasa se reflejan en la pulida estructura del Phantom que pilota con destreza Karut. Observa la pantalla inferior y ve cómo atraviesan una masa de agua y luego una reducida área de árboles con hojas como ojos de pavo real.

—¡Allá! —señala Karut y advierten entre una tenue bruma, la masa oscura de una peña con rasgos humanoides.

—¿Es natural o tu gente la talló así?

—Ambas. Descubrieron cavernas y cámaras muy amplias que fueron acondicionando según sus necesidades. Alberga también el manto de zuquita más grande del que se tenga conocimiento hasta nuestros días.

—Una gran fuente de energía.

—Que nada es sin el reactor magno.

—Destruyamos al maldito.

Toma los controles para armar los misiles.

—No, coronel —lo contiene—. No podemos destruir toda la peña. Dejaríamos a Shadak sin energía y mi gente moriría sin oportunidad en el próximo invierno. El magno es el que alimenta y abre el portal. Es el que debemos destruir.

—De acuerdo.

## Capítulo 66

Aterrizan en la plataforma para ello. Al descender de la nave, Karut adopta la forma de Raka Arut. Duncan viste como onegi y camina con la cabeza baja detrás del joven. Entre sus holgadas mangas oculta sus armas. La guardia a su paso se cuadra con respeto, pero confunde un poco la presencia de su líder en el lugar. Toman un ascensor hasta el nivel veinticinco. Allí son recibidos por los altos mandos que protegen la peña y el reactor. Se muestran sorprendidos, pero también honrados por su visita.

—Creíamos que encabezaría la invasión, Raka Arut.

—Así será —observa su alrededor.

Ubica a los científicos y sabe dónde está el reactor. Se encamina a él, seguido de cerca por Duncan y los militares a cargo.

—El reactor está a su máxima capacidad —le informan—. El portal casi está abierto en un 100%.

—Extraordinario —consiente el joven.

Llega hasta la puerta cerrada del importante aparato y ve el panel digital en ella. Mira a Duncan, luego a los oficiales y coloca su mano en la pantalla. Una luz azul la barre a todo lo largo y lo ancho. Luego, parpadea una luz roja que por primera vez le inyecta un poco de tensión. Mira a Duncan de nuevo, pero éste no hace movimiento alguno, aunque pulsa sus armas con mayor firmeza. El color rojo se diluye en naranja, luego en amarillo y el verde le da acceso a la cámara indicada al falso Raka Arut. Al entrar, lo primero que ven es una amplia pantalla con la cara de Edar Nobel en ella.

—Qué —espetan los militares.

Karut y Duncan reaccionan en el acto. Pelean con los hombres disparando sus armas en el momento requerido.

—¡Qué sucede allí! —espeto Nobel desde la pantalla.

—Cambio de planes, basura cósmica —Duncan se quita la capucha.

—Christie —aprieta los dientes—. No es posible. ¡Cómo llegaste hasta allí!

—Gracias a mí —se ve a sí mismo saludándolo con la mano en alto.

—¡Quién eres, maldito traidor!

—¡Adivina y obtendrás un premio!

Amagan a los científicos. Karut manipula el tablero de control.

—¿Qué haces? ¡No!

—¡Sobrecarga el reactor!

—¡Harás que estalle!

—¡Detente, imbécil! —conmina Raka Arut.

—Podría —se mofa—. Pero no quiero.

—¡Los niveles de zuquita son demasiados! —advierten los científicos—  
¡Volaremos!

—¡Salgamos de aquí, Karut! —espeta Duncan.

—¿Karut? —Nobel aprieta los dientes— ¡Eres tú, malnacido!

—¡Soy yo! —acepta recuperando su figura— ¿Realmente te sorprende,  
tío?

—Debí imaginarlo. Mi instinto me decía que no debía confiar en ti.  
Impuro eres y jamás dejarás de serlo. Debí matarte cuando pude.

—Tu oportunidad se fue y tal vez no tengas otra.

—¡Ah! —golpea el tablero y desaparece de pantalla.

—¡Salgamos de aquí! —grita Duncan cuando todas las alarmas  
comienzan a sonar.

## Capítulo 67

Los hombres de ciencia corren despavoridos.

—¡Karut! —lo llama.

—¡Un poco más! —el joven inyecta otra barra del encendido elemento— Para ser contundentes.

—¡Vamos!

Salen del lugar. La peña se estremece. Algunas rocas se desprenden de techos y paredes, causando estragos en la estructura levantada durante siglos por los Supra. Algunos guardias le salen al paso, disparando contra ellos. Duncan le lanza una de sus armas al muchacho para que pueda defenderse. Responden al fuego sin detenerse.

—¡Ah! —grita Karut saltando sobre uno de sus oponentes.

Duncan se despoja de la túnica para pelear también. Ambos son diestros dejando ir los puños contra sus oponentes. El muchacho, además, hace gala de una agilidad que el coronel hace tiempo no tiene. Lo ve trepar muros, desconcertando a los supra y así Christie sorprenderlos a su vez en sendos golpes al rostro y el vientre.

Una nave de combate se desprende de la nave nodriza y toma rumbo opuesto al que siguen las otras. Algunas logran penetrar el portal y atraviesan hacia el otro extremo. La flota de la Federación detecta a los invasores, envía a naves a atajarlas y enfrentarlas si así es necesario.

La temperatura del reactor asciende a marcadores nunca alcanzados. El panel de control revienta en llamas. La pantalla de comunicación se desquebraja y estalla también. Duncan y Karut bajan corriendo por las escaleras; los ascensores explotan sus generadores. El reactor se estremece, la zuquita se derrama y el fuego se esparce rápidamente. Nadie se encuentra ya en aquella plataforma. Todo el personal científico y oficial abandona la peña con premura. Duncan y Karut ven cómo la roca pierde su forma humanoide, estallando. Grandes pedazos de roca vuelan por cientos de metros. Algunos golpean al Phantom.

—¡Vamos! —abordan rápidamente.

Al elevarse otra roca da con fuerza contra la estructura, provocando un orificio, por el cual comienza a escapar el combustible. Desde lo alto ven el humo negro que mana de la peña y el centenar de personas que huyen.



—¡El portal se cierra! —informan a Raka Arut.

—¡Atraviésenlo antes y destruyan todo lo que puedan de Hawking!  
—ordena con rabia.

—¡Sí, señor! —acatan.

Cientos de naves pasan hacia el otro lado y al ver la flota de la Federación, atacan sin dudar.

## Capítulo 68

Edar Nobel ve el humo negro que mancha los cielos de Shadak. El sol que se levanta en el horizonte le muestra un destello metálico.

—¡Allí estás, maldito! —espeto con los dientes apretados.

Sujeta sus controles con odio extremo y va tras ellos.

—Tenemos compañía —Duncan anuncia al detectarlo en el radar.

Karut consiente e intenta perderlo. Raka Arut dispara, pero no hace blanco. Karut maniobra la nave a gran velocidad, sin embargo, Nobel le da alcance pronto sin dejar de disparar. El muchacho lo esquiva con gracia, como si desde siempre hubiese volado una nave igual.

—¡Quédate quieto, imbécil!

Una alarma en su panel de control les indica a ambos que pierden combustible.

—¡Maldición! —espeto Duncan.

—¡Me haré cargo! —dice el joven— ¡Toma el Espectro y vete!

—¡Vamos!

—¡Debo distraer a Raka Arut! ¡No se dará cuenta cuando la bala escape!

—¡Podemos lograrlo!

—¡No juntos, coronel! ¡Vete!

—¡Karut!

—¡Vete que comienzo a perder altura!

Duncan consiente. Oprime su hombro con afecto. Deja su asiento a prisa.

—¡Coronel! —lo detiene— ¡Dile a Aria que la quiero!

Christie asiente y va hasta la zona de eyección. Entra a una cápsula en la que se coloca casco y cinturón.

—¡Estoy listo! —anuncia.

Karut aplasta un botón rojo a su alcance y la nave expulsa un objeto con la forma de una bala de bronce. Karut recupera altura y Raka Arut va tras él, sin advertir el proyectil que de pronto despliega alas y se pierde en el azul del cielo, en un estallido de propulsión. Duncan ve las naves en persecución y cómo una dispara a la otra, pero sin tocarla debido a la destreza del piloto.

—Suerte, Karut —dice maniobrando lejos de ahí.

La nave nodriza comienza a atravesar el portal. Quienes la ven del otro lado se sorprenden y asustan de su gran tamaño. Una diminuta nave la supera en un momento y entonces el portal se cierra, dividiendo la nave colosal. Por ambos lados colapsa de manera dramática: con fuego, humo y cuerpos cayendo al vacío.

## Capítulo 69

Karut ve abajo el área con árboles con hojas como ojos de pavo real. Ajusta el paracaídas a su espalda para luego apretar el botón de eyección y abandonar la nave. Luego, la Phantom cae en picada, estrellándose en la arena.

—No vas a huir de mí, desgraciado —Raka Arut ve el punto exacto en el que el joven cae.

Aterriza y va tras él. Clava una rodilla en la arena para enfocarlo y disparar.

—¡Sí! —espeta al verlo caer.

Corre hacia él. El joven se revuelca en el suelo, sumamente dolido.

—¡Maldito, traidor! —aprieta sus dientes.

Lanza lejos su arma y da de puntapiés al muchacho. Karut detiene la bota y lo derriba sobre la arena. Edar nota que apenas tiene un rozón en el hombro.

—¡Ah! —grita liándose a golpes con él.

—¡Te creíste intocable! ¡Insuperable siempre! ¿Qué crees que pase cuando todos sepan que un muchacho de diecisiete años y además mitad onegi te engañó?

—¡Jamás van a saberlo porque de aquí no sales vivo, traidor!

—¡Hablas de traición! ¡Tú traicionaste primero a tu familia! ¡Nos menospreciaste por poder y prestigio! ¡No te importó obligar a mi madre, tu hermana, al suicidio!

—¡Se entregó al enemigo! ¡A un onegi!

—¡Ellos se amaban!

—¡El deber de un Supra es repudiar la impureza y ese capitán Ferrero volvió impura a mi hermana!

—¡Se amaban, imbécil!

—¡No con un onegi!

Sus puños rompen la piel de sus rostros y sangran. Karut logra empujar a Edar lo necesario y el hombre rueda al fondo de la duna. El joven huye, internándose entre los árboles con hojas como ojos de pavo real. Éstas se agitan y parpadean inquietas ante el apremio con el que corre el muchacho. Raka Arut va tras él. Se frena al oír que el portal se ha cerrado y que la nave ha caído sobre la ciudad, provocando un caos mayúsculo. El hombre grita más enardecido que nunca. De sus ropas saca su daga como cimitarra modificada. Va detrás de su sobrino.

—¡Karut! —lo llama.

No se detiene. El oasis no está lejos. Debe llegar a él.

La batalla no cesa del otro lado. Las fuerzas invasoras hacen blanco en uno de los acorazados, hundiéndolo irremediabilmente. Destruyen también algunas naves y se sienten seguros de tomar el mando, pero en el horizonte surge en el cielo una mancha oscura. Es un bombardero y con él llegan millares de naves. El líder ordena retirada inmediata.

—¡A dónde! —espetan los pilotos.

—¡El portal desapareció!

Huyen con varias naves en su persecución.

## Capítulo 70

Karut mira atrás y ve a Edar saltar sobre él con su arma entre las manos. Las contiene y ambos ruedan por una empinada duna por varios metros. Al detenerse, Nobel ha perdido su daga. La busca por todas partes, pero no logra ubicarla. Karut le da un puntapié al rostro, continuando su huida. Puede ver los reflejos del sol en el agua. Desaparece un poco la fina arena. Brinca unos arbustos pequeños y siente el cambio en el correr del viento, menos caliente. Raka Arut salta de pronto contra él, derribándolo. Lo vuelve sobre su espalda para golpearle el rostro.

—Voy a desterrarte al último reducto de Shadak —asegura, impactándole el puño repetidas veces—. Donde rara vez llueve y para encontrar agua debes cavar metros y más metros. Te colgaré al cuello las cadenas de Zuna. La culpo a ella como a mi hermana por haberte dejado vivir. Será tu única compañía en los páramos de Irasia.

—La abuela ya no existe —le espeta.

—¿Qué dices?

—No soportó el daño que le causaste pensando que lastimabas a la hija del coronel.

—¡Qué! —abre los ojos como platos.

—Era la abuela, Raka Arut y no Aria Christie.

—¡No es cierto! —lo azota contra el suelo.

—Violaste a tu madre, tío.

—¡No! ¡Mientes! ¡Mientes!

Lo arrastra hasta el cercano ojo de agua y lo hunde en ellas para ahogarlo. Karut busca la manera de apartarlo, pero sus esfuerzos son inútiles; golpea sus brazos, encaja sus dedos en ellos. Nada resulta: el tormento que vive Nobel ante las palabras del joven es indescriptible. Su placer al imaginar violentar a la hija del hombre que más odiaba en Udar-Gea, se transforma en dolor lacerante. No ve más el rostro bañado en lágrimas de Aria, la chiquilla, sino el de su madre. Su madre recriminándolo por siempre.

## Capítulo 71

Al ver al Espectro aterrizar en la plataforma de la isla, Allegra y Aria corren con ansiedad a la zona. Los androides reciben al piloto.

—¡Papá! —grita la chiquilla al reconocerlo y aprisa va a su encuentro.

Allegra respira de nuevo. Va también a él.

—Duncan —se abraza a él y a su hija.

—Estoy bien —sonríe repartiendo besos.

—¿Y Karut? —Aria mira hacia la pequeña nave, pero nadie más desciende de ella— ¿Dónde está Karut, papá?

Él niega con la cabeza.

—¿Eso qué significa? —lo mira angustiada— ¿Está... muerto?

—No lo sé, cariño. Perdíamos combustible, una nave nos seguía y disparaba...

—¡Qué pasó!

—Tranquila, Aria...

—¿Lo dejaste solo?

—No. Él me pidió...

—¡Lo dejaste solo, papá!

—Cariño...

Ella corre, alejándose entre lágrimas.

—No lo dejé solo, Allegra. Él sabía lo que hacía...

—Te creo —lo abraza.

Después de asearse y descansar, busca a su hija. La encuentra en la playa, sentada ante la mar tranquila. Va a su lado. Ella lo mira con tristeza.

—¿Crees que esté bien? —inquire.

—Es un muchacho muy capaz —asiente—. Piloto excepcional... estoy seguro que sí.

—El pulso luminoso desapareció.

—Destruimos el ídolo como tu abuelo lo pidió. Era su reactor nuclear. Lo que alimentaba ese portal y los demás que comunicaban nuestros mundos.

—No volveré a verlo, papá.

—Me pidió que te dijera que te quiere mucho.

—Y yo comenzaba a quererlo a él.

Sus ojos se llenan de lágrimas.

—Lo extraño —se lanza a sus brazos llorosa.

—Sí. Creo... que también lo extrañaré.

—Es algo fanfarrón y mandón, pero... simpático.

—Sí —sonríe—. Tiene carisma. Como su padre.

—¿Lo conociste?

—Siendo más jóvenes los dos. Me ayudó acercarme a tu madre.

—¿Qué?

—Yo era muy tímido.

—¿Sí, papá? No puedo creerlo. Eres grande, fuerte, ¿cómo podías ser tímido?

—Pues lo era y Alex Ferrero, el padre de Karut me ayudó a superarlo.



## Capítulo 72

La noche cae. Tanto Allegra como Aria duermen. Duncan se encuentra en el centro de mando del complejo, en conferencia con los miembros de la Federación.

—El gobernador Rhamar nos ha explicado su situación, coronel —dice el presidente—. Su advertencia no fue echada en saco roto y tuvimos el mínimo de bajas. Afortunadamente ninguna nave enemiga logró llegar a la ciudad y, ahora todo está en calma. Hay muchos prisioneros en custodia, pero temo decir que escaparon otros tantos.

—Serán un peligro latente, señor. Pero, sin su cabeza, Raka Arut, pronto cometerán un error y los atraparemos.

—¿Está seguro que Raka Arut quedó preso en el otro lado?

—Totalmente, señor.

—Queremos más detalles de lo ocurrido, así que preséntese lo más pronto posible en la sede de la Federación.

—Así lo haré, señor, pero no tan pronto como ustedes lo quieren. Acabo de recuperar a mi familia y quiero disfrutarla al máximo.

—Por supuesto. Unos días de asueto...

—¿Días? ¡Oh, no, señor! Días no. Semanas... cuando menos.

—Pero...

—Teniente coronel Duncan Christie... fuera.

Corta comunicación y vuelve al lado de su esposa.

—¿Dónde estabas? —se abraza a él somnolienta.

—En la cocina, tomando un poco de agua.

—¡Hum! —talla su rostro contra su pecho.

Él frota su barbilla contra la castaña cabeza. Sonríe enamorado.

Cientos de supras son embarcados y encerrados en prisiones de máxima seguridad, en las que son aislados, hasta controlar o bloquear su

habilidad para transformarse en alguien más.

El Hú es un ave endémica de los desiertos de Shadak. No vuelan y son altas, de fuertes patas y largos cuellos en los que una cabeza desnuda y de curiosa mirada gobierna. Una caravana de comerciantes encuentra un cuerpo en su ruta.

—¿Está muerto? —inquire uno de los jinetes.

Quien lo examina sacude los hombros en respuesta. Vuelve al hombre tendido y se encuentra con el rostro cundido de ampollas y labios resecos de Raka Arut. Gime ligeramente, entreabriendo los oscuros ojos.

—¡A-gua! —balbucea.

—¡Agua! —solicita el viajero.

## Capítulo 73

Pasan casi ocho días desde la destrucción del reactor. Aria camina por la playa, jugando con las olas del mar. Sus padres caminan tras ella, a un par de metros, enlazados por el talle, besándose y charlando.

—¿Cuándo volvemos? —inquire Allegra.

—¿Cuál es la prisa, señora Christie? —él la besa.

—Te recuerdo que soy la jefa del Departamento de policía de Open City.

—¡Hum! Columbo debe estar haciéndose cargo.

—¡Ay...! —suspira.

—Siempre has dicho que es muy competente.

—Sí, Duncan. Pero yo también extraño mi trabajo y mi gente. Además, Aria debe volver a la escuela. Debo entregar la isla de retiro de papá; recoger sus cosas...

—Está bien —la estrecha un poco entre sus brazos—. Respira.

—¡Uf...!

—Démonos un par de semanas más, ¿sí?

—Pero no más.

—No más. Lo prometo.

Aria se adentra un poco en las aguas y de pronto es embestida por una mole oscura que sale del agua.

—¡Aria! —grita aterrada Allegra.

La chiquilla también grita asustada. Duncan busca en su cinturón un arma, pero no lleva ninguna. Aria queda a merced de aquel monstruo, que se yergue imponente en toda su estatura.

—¡Hola a todos! —de pronto ven a Karut sobre el animal.

—¿Karut?

—¡Aria! —salta del lomo de su mascota.

—¡Es Karut! —ríe emocionada y va a él para abrazarlo— ¡Creí que no volvería a verte!

—Por un momento yo también.

—¡Es un elefante marino! —señala Allegra impresionada— ¡Aléjate de él, Aria!

—Es Sera, mamá —ríe divertida—. La mascota de Karut.

—¿Mascota? ¿Quién tiene un elefante marino como mascota?

—Karut —sonríe Duncan—. Bienvenido, muchacho.

Ambos unen sus manos en un sincero apretón. Durante la cena, Karut les cuenta lo sucedido. Él estaba ya vencido por Raka Arut. Sus fuerzas lo habían abandonado. No podía sostener más su respiración bajo el agua. Estaba seguro que él terminaría ahogándolo. Pero entonces, del fondo de aquel ojo de agua en el oasis, surgió Sera y embistió con toda su rabia a su tío.

—Si no intervengo lo habría destrozado.

—Le habrías hecho un gran servicio a toda la humanidad —dice Duncan y da un trago a su copa de vino.

—Sé que sí, coronel. Pero él sigue siendo de mi familia y...

—Entendemos, Karut —sonríe Allegra.

## Capítulo 74

En los días que siguen, el joven se integra a los Christie como uno más de ellos. Cultivan las hortalizas, preparan el almuerzo y hasta juegan, divirtiéndose juntos.

—Me dio mucha tristeza cuando no te vi llegar con papá —confiesa caminando por la playa.

Sera se asolea a la vera de la misma, pero sin perder de vista a su amo.

—¿Qué tanta? —quiere saber.

—Lloré toda la noche en mi habitación sin que mis papás se dieran cuenta.

—¿Creíste que había muerto?

—Lo pensé por un momento —acepta—, pero luego recordé todas tus capacidades y lo fuerte que eres y me dije que no. Que estabas vivo, pero aun así no te volvería a ver. Y de nuevo me puse triste y de nuevo lloré...

—Pues yo no. Sabía que volvería a verte.

—Papá me dio tu mensaje.

—¿Sí? —sonríe con picardía— ¿Qué opinas?

—¿Tú qué crees? —echa a correr por la playa riendo divertida.

Karut va tras ella, riendo también.

Desde la ventana de su alcoba, Allegra y Duncan los miran.

—Jamás vi tan feliz a Aria —asegura con el rostro iluminado.

—Sí.

—Karut será un excelente hermano mayor para ella.

—¿Hermano? —su sonrisa se congela de pronto.

—Voy a darme un baño —lo besa.

Duncan se queda en su lugar un momento, algo pensativo. Ve a los jóvenes divirtiéndose en la playa. Sera rueda con aire lúdico por la

húmeda arena. Karut y Aria se toman de las manos y se miran fijo a los ojos.

—Allegra, cariño —Duncan la sigue al cuarto de baño—. Tenemos que hablar.

Fin.

GRACIAS POR LEER.